

Crímenes enigmáticos  
de la Historia

ASESINAR v. t. Matar. (Diccionario de la Real Academia Española, 1992).  
V. Matar.) | Pto. Causar una aflicción o gran  
disgusto: asesinar a disgusto. | Pto. Traicionar.  
hacer traición. | — Pto. Asesinar.  
ASESINATO m. Crimen cometido con premeditación y alevosía. (878)  
ASESINO, NA adj. y s. m. f. Que asesina.  
haschisch, planta embriagante.  
puñal asesino, castigo a un criminal.  
Criminal, matador, homicida.

# ASESINATOS *MISTERIOSOS*

Aquellos crímenes sobre los que la Historia  
ha mentido o no ha sabido dar respuesta

El arca de papel  Editores

# Asesinatos Misteriosos

## El arca de papel Editores

## El arca de papel Editores

© 2008, José

Antonio Solís

© 2008, El arca de papel Editores, s.l.

Torreiro 13-15, 6º F  
15003 La Coruña - España (Spain) [www.elarcadepapel.com](http://www.elarcadepapel.com)  
Correo Electrónico:  
[info@elarcadepapel.com](mailto:info@elarcadepapel.com)

ISBN: 978-84-9765-446-3

Infografía y Maquetación de la editora Portada: Diseño de la editora

Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro medio, sin el permiso previo de forma escrita de la editorial

## Indice

[Introducción 5](#)

[Asesinato del Conde de Villamediana 6](#)

[General Prim 11](#)

[Jack el Destripador 17](#)

[Belle Gunnes 30](#)

[Fritz Haarmann 33](#)

[Albert Fish 35](#)

[Albert de Salvo 37](#)

[Charles Manson 43](#)

[Carrero Blanco 47](#)

[David Berkowitz 54](#)

[Edmund Kemper 57](#)

[EL crimen de los Urquijo 60](#)

[Jhon Wayne Gacy 68](#)

[Jeffrey Dahmer 76](#)

[Ted Bundy 79](#)

[Henry Lee Lucas y Otis Toole 81](#)

Anatoli Onoprienco 84

[¿Quién eliminó a Lady Di? 87](#)

[Psicópatas a su pesar 94](#)

## **Introducción**

Pocas cosas han cautivado tanto la imaginación (mejor sería decir el morbo) de los lectores como los asesinatos misteriosos. Aquellos en que se ignora el móvil, el autor, o ambas cosas.

Sin embargo en este libro hemos incluido también asesinatos realizados por psicópatas ya que, a nuestro entender, tienen un enigma mucho mayor: ¿Qué lleva al ser humano al asesinato de sus semejantes sin motivo alguno?

Por lo demás, hombres aparentemente serios y cabales esconden a veces un algo de malévola perversidad que hace dudar el si no matarían personalmente... si se atrevieran a hacerlo.

El ejemplo está en uno de los personajes que participaron en los sucesos que rodearon al primer caso que presentamos. El todo poderoso ministro del rey Carlos IV, el Conde-Duque de Olivares, coleccionaba instrumentos de ajusticiamiento con los que se hubiera dado muerte a algún reo.

## **Asesinato del Conde de Villamediana**

Este caso nos pareció muy adecuado para comenzar el presente recorrido por crímenes misteriosos ya que intrigó extraordinariamente a toda su generación de contemporáneos y, aún hoy en día, historiadores y escritores varios no han dejado de opinar sobre el mismo (esta editorial ha publicado: “A capa y espada”, novela en la que se elucubra sobre las razones y consecuencias de este suceso. Su primera edición está agotada, próximamente se realizará una segunda). Realmente hasta el siglo XIX fue el más enigmático (y quizá decisivo en la Historia de nuestro país) de los asesinatos de políticos o personajes influyentes. En este crimen se dan todos los requisitos para una buena novela de intriga: Ambición, maledicencia, intereses políticos, agentes extranjeros, homosexualidad, inquisición, celos, envidias, etc.

D. Juan de Tassis y Peralta (Lisboa, 1582 - Madrid, 1622), Conde de Villamediana y Correo Mayor del Reino, fue muerto en la calle Mayor por un hombre que (declaración de la época): “Con arma terrible de cuchilla, la herida le pasó del costado izquierdo al molledo del brazo derecho, dejando tal batería que aun en un toro diera horror”. Ni sus contemporáneos ni la posteridad han podido averiguar si el asesino, nunca hallado, obraba por cuenta del Rey, celoso de sus galanteos a la Reina; o de los presuntos compañeros de su pretendida sodomía, temerosos de su cercana declaración ante el Tribunal que los juzgaba; de cualquiera de los muchos a quienes injurió en prosa y en verso o de algún enemigo político, ya que pudo estar implicado en las conspiraciones de aquellos años provocadas principalmente por los bandos que luchaban por inclinar la voluntad real a un acuerdo con Francia, unos, o con los rebeldes holandeses, otros. Y que costaron la prisión a Osuna y Quevedo.

La Corte no era una buena escuela de moralidad. Dice Cotarelo que “el reinado del católico Rey D. Felipe era una síntesis de vicio e hipocresía”. El Rey era muy aficionado al juego, a los naipes y el Duque de Lerma era un tahúr. Se gastaban sumas inmensas en toda clase de cosas superfluas, cuando la economía del país y el Erario público estaban exhaustos y el Rey no tenía con qué pagar a los criados.

El Conde de Villamediana había llegado a ser con los naipes un consumado maestro. Cervantes hace alusión a él en *El Quijote* bajo el nombre de Pierres Papin. Fue tan afortunado en el juego que dio motivo para que le expulsaran de la Corte el 19 de enero de 1608 por haber ganado más de 30.000 ducados. Entonces marchó a Valladolid donde tenía amigos y parientes.

Sin embargo regresa pronto a Madrid donde su espíritu inquieto le hace partir para Valencia acompañando al Marqués de Santa Cruz y de allí a Italia donde se instala cerca del Virrey recién nombrado, D. Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos y pronto forma parte de la “Academia de los Ociosos” en la que se reunían poetas y escritores en torno al Mecenas que era Lemos. Entre los que asistieron a esta Academia estuvo D. Francisco de Quevedo. Cervantes quiso ir a Italia, pero no fue invitado. A pesar de ello escribiría aquellos famosos versos del “Viaje al Parnaso” que comienzan: “Tú, el de Villamediana, el más famoso / de cuantos entre griegos y latinos/ alcanzara el lauro venturoso”.

Seis años pasó en Italia, regresando en 1617 a Madrid, quedando asqueado de cuanto vio en la Corte lo que le hizo escribir en sus poemas diatribas contra

muchos, por ejemplo aquella en que citaba al paseo del Prado diciendo: “Qué es pisado, por aquellos que debía ser pacido”, en referencia a los nobles y dignatarios paseantes.

El Duque de Lerma, el privado del Rey, destacaba por su corrupción. El nepotismo y los cargos a sus protegidos eran la regla. Traficaba con los destinos, llegando sólo en “donativos” a obtener una suma de 44.000.000 de ducados. La expulsión de los moriscos le proporcionó enormes beneficios en propiedades y dinero. El oro que venía de Indias pasaba a engrosar en gran parte las arcas del Duque y los suyos. Uno de los que más se distinguió por los abusos cometidos, siguiendo el ejemplo de su protector, fue D. Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias, que era el valido del valido, favorito del favorito, que de simple paje del Duque se había elevado a la Secretaría de Estado. Dice Cotarelo: “Asusta leer la lista de riquezas que sólo en alhajas se le halló cuando la formación de su proceso que precedió a su muerte en la horca”. Aquello que vio Villamediana a su regreso de Italia, era un verdadero saqueo de España. Aunque aquí el historiador se equivoca, Rodrigo Calderón no fue ahorcado, sino degollado. El cuchillo que se usó para el ajusticiamiento acabó después en manos del Conde-Duque de Olivares, coleccionista de macabros instrumentos de ejecución (como indicamos en la introducción de este libro).

Para salvarse de lo que veía venir, el Duque de Lerma pidió al Papa Pablo V el capelo cardenalicio que le fue concedido.

No obstante la privanza y el capelo, el Rey mandó a Lerma a Valladolid, desterrado (4 octubre 1618). Villamediana escribió en aquella ocasión:

*“El mayor ladrón del mundo,  
por no morir ahorcado,  
se vistió de colorado”...*

No dejó títere con cabeza y fue tal la cantidad y la calidad de aquellos a quienes iban dirigidos sus insultos, escritos infamantes, diatribas y sátiras que concitó muchos odios. A tal punto llegó la inquina contra él que el Rey por segunda vez le desterró de Madrid con la prohibición de acercarse a menos de 20 leguas, así como tampoco a las principales ciudades del Reino.

Villamediana era experto alanceador de toros así como corriendo cañas. En una de aquellas fiestas, ya reinando el joven Felipe el cuarto, se presentó con un magnífico terno sobre el que habían sido colocadas en su pecho una serie de monedas recién puestas en circulación, reales de plata, y sobre ellas un lema bordado en oro que decía: “Son mis amores reales”.

La imprudencia de Don Juan fue enseguida observada por toda la Corte y en

especial por el Conde-Duque de Olivares que se lo hizo ver al Rey.

Quevedo no tenía precisamente mucho afecto a Villamediana, por haber escrito el Conde unos versos satíricos contra el Duque de Osuna que era su protector y quizá compañero de conspiración. Sin embargo el ilustre escritor refiere que:

“Habiendo el confesor del Rey y el Conde-Duque, D. Beltrán de Zúñiga como intérprete del Ángel de la Guarda del Conde de Villamediana, D. Juan de Tassis, advertídole que mirara por sí que tenía peligro su vida”, el Conde no le hizo mucho caso. Sigue contando Quevedo: “El Conde, gozoso de haber logrado una malicia en el religioso, se divirtió, de suerte que habiéndose paseado todo el día en su coche con D. Luis de Haro, hermano del Marqués del Carpio gran amigo suyo), a la mano izquierda en la testera, descubierto al estribo del coche, en la calle Mayor donde vivía, salió un hombre del Portal de los Pellejeros, mandó parar el coche so pretexto de dar un recado urgente al Conde y reconocido, le dió tal herida que le partió el corazón. El Conde, animosamente, asistiendo a la venganza más que a la piedad, exclamó “Esto es hecho” y empezando a sacar la espada y quitando el estribo, se arrojó a la calle donde expiró luego, entre la fiereza de este ademán y las pocas palabras referidas. Corrió al arroyo toda su sangre y luego arrebatadamente, fue llevado al portal de su casa, donde concurrió toda la Corte a ver la herida, que cuando a pocos dió compasión, a muchos fue espantosa; la conjetura atribuía a instrumento, no a brazo”.

Otra versión es la de D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, Historiador del Reinado de Felipe IV, que publicó en 1631 una obra en la que narraba cómo fue la muerte de Villamediana:

“Sucedió en el mes de agosto... mas mucho antes prevenido... D. Juan de Tassis, Conde de Villamediana... El 21 de agosto entró en Palacio rodeado de criados... estuvo allí corto tiempo, saliendo con D. Luis de Haro, hijo heredero del De Carpio y menino de la Reina, al cual con ruegos y porfías metió en su coche y le pidió que viniese a pasear...por fatal destino suyo parece que le quiso traer para testigo de su muerte. Iba Don Juan bien descuidado y hablando con su compañero de cosas de gusto y diversión... yendo el Conde al otro estribo recostado, le embistió un hombre y le tiró un solo golpe, mas tan grande que arrebatándole la manga y carne del brazo hasta los huesos, penetró el pecho y corazón y fue a salir a las espaldas juzgaron muchos haber sido hecha con arma artificiosa, para desplazar cualquier defensa”.

En un Códice que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid (F.f.-73) se dice:

“Este año de 1622, a 18 de agosto (fue en realidad el 21), mataron al Correo Mayor, a boca de noche en la calle Mayor, junto a la de los Boteros, yendo en su

coche, un hijo del Marqués de Carpio, y dicen que le mataron con un arma como ballesta al uso de Venecia y que se callase se mandó”.

En versos que corrieron por todo Madrid se le achacó al Conde-Duque de Olivares la muerte del Conde de Villamediana como autor intelectual e inductor. Una nota al margen de un anónimo autor del libelo contra el CondeDuque titulado “La Cueva de Meliso”, se dice:

“Dijeron en el caso del poeta Villamediana, que había muerto por las sátiras que escribió contra Don Gaspar (Conde-Duque de Olivares) y las demostraciones frenéticas que ejecutó por la Reina Isabel. Al que lo mató hizo el Conde-Duque Guarda Mayor de los Reales Bosques, llamado Ignacio Méndez, natural de Illescas. Fue común opinión que murió este asesino envenenado por su mujer, que se llamaba Micaela de la Fuente.”

Otros decían que el matador fue Alonso Mateo, Ballesterero del Rey.

El escribano del Rey, Manuel de Preña certificó y dio fe de que

“Don Juan de Tassis, Conde de Villamediana, Correo Mayor de estos Reinos estaba muerto en su casa de una estocada que le habían dado en la calle Mayor. Y para que conste, etc...21 agosto 1622”.

Depositado el féretro en San Felipe el Real, fue luego conducido a Valladolid y sepultado en la Capilla Mayor del Convento de San Agustín, patronato de la familia. Muchos años después hallaron incorrupto su cadáver, lo cual se atribuyó a la sangre derramada por la ancha herida que le habían causado.

Luis de Góngora y los demás poetas de la época se sintieron obligados a escribir sobre el tema, los suyos son los versos más famosos: “*Mentidero de Madrid, decidnos: ¿Quién mató al Conde?*

*La verdad del caso ha sido  
que el matador fue Bellido  
y el impulso soberano”*

Hoy no parece de momento posible aclarar totalmente esta muerte, aunque yo creo más motivada por motivos políticos (los citados enfrentamientos entre intereses Franceses, Holandeses y otros como los de las comunidades judías, con sus partidarios en España) que por los más aparentes de amores u ofensas.

Lo que sí creo poder aclarar es algo (que no dejará, como veremos, de confirmar lo anterior) pasado por alto. pero que ya intrigó a sus contemporáneos. El instrumento del asesinato.

Se habló de “herida horrible” , otros “estocada”, atribuida “a instrumento, no a brazo”. Desde luego con gran destrozo: “Cayó al arroyo toda su sangre”. En general de herida: “Que aún en un toro diera horror”, efectuada con “ballesta o

ballestilla al estilo veneciano”. Esto no es posible ya que una ballesta hubiera dejado el rastro del virote clavado en alguna parte. Lo decían por no saber el tipo de arma usada, y se hablaba de la ballesta por lo amplio, profundo y circular de la herida. ¿Con qué mataron al Conde?

Hace algún tiempo, viendo una colección privada italiana de armas blancas, me llamó la atención algo semejante a una daga con una extraña e inusual hoja que no era tal, sino un cono afiladísimo en su punta. Hasta su propietario ignoraba el objeto de la extraña arma, poco útil para combate o defensa y de escaso valor como adorno, solamente me informó que el coleccionista anterior, ya fallecido, la había datado como procedente del siglo XVII. Al documentarme para mi novela: “A capa y espada”, me he dado cuenta de que la descripción contemporánea de la herida que causó la muerte de Villamediana coincide con la que haría esa arma manejada por alguien fuerte y de mano firme... un asesino profesional. Ya que un objeto así no podría tener otro uso que el llano y simple de asesinar, por los destrozos que su forma causaba en alguien indefenso o desprevenido, ya que esa misma forma la hacía inadecuada para un combate. Lo lógico es, por tanto, que fuera un asesino profesional italiano (uno de los llamados “bravi” o “bravo”) cuyo desplazamiento indica un plan realizado con tiempo y calma, no una venganza por celos u ofensas.



*Siglo XVII.*

*Puñal cónico italiano.*

## **GENERAL PRIM: Las pautas del magnicidio**

Aquella noche del crudo invierno madrileño de 1870, Juan Prim y Prats, conde de Reus y marqués de los Castillejos, y Presidente provisional del Gobierno a la espera de la proclamación de Amadeo de Saboya, se preparaba para regresar a su casa, el Palacio de Buenavista, donde estaba la sede del Ministerio de la Guerra. Había recibido tres anónimos amenazadores y en el último le advertían, de manera muy clara, que su fin estaba próximo. Atendiendo los desesperados



requerimientos de su esposa, doña Francisca Agüero, que tomaba más en serio las amenazas que el general, Prim se había puesto una cota de malla bajo la ropa, para defenderse de un posible disparo. Pero, en realidad, no acostumbraba a tomarse muy en serio la posibilidad de que atentasen contra él. *“No se ha fundido aún la bala que pueda matarme”*, acostumbraba a decir.

Sin embargo, aquella noche, por primera vez, no las tenía todas consigo. Uno de sus más preciados consejeros, Bernardo García, que era director del periódico “La Discusión”, le había advertido de que existía una conjura contra él; cuestión en la que alarmantemente coincidía con otro de sus amigos, Ricardo Muñiz, que se había referido al mismo tema durante la cena.

La sesión del Congreso duró hasta la noche y cuando se disponía a regresar a su casa, se le acercó un diputado republicano, el Sr. García López, que en voz baja le aconsejó que variara su ruta habitual. Fuera, en la calle, nevaba intensamente y Prim, como si se tratase de una mosca molesta, intentó librarse de un negro presentimiento mientras se le acercaban Sagasta y Herrero de Tejada que conversaron brevemente con él.

Prim había destacado como militar progresista y había sido una de las figuras principales de la Revolución de 1868, también conocida como “la Gloriosa”; el levantamiento revolucionario español que supuso el destronamiento de la reina Isabel II, así como el consiguiente inicio del periodo denominado Sexenio Democrático.

Triunfante el golpe, se había constituido un gobierno provisional, presidido por Francisco Serrano, en el que Prim pasó a desempeñar la cartera de Guerra, desde donde logró que las Cortes Constituyentes reconociesen el carácter monárquico del régimen, lo que obligaba a buscar un monarca que, tras una regencia ostentada por Serrano, y en la que Prim fue jefe del gobierno, recayó, después de intensas negociaciones, en Amadeo de Saboya.

Desde su puesto de presidente del ejecutivo, Prim trató de flexibilizar su política hacia la izquierda con la intención de contener el creciente republicanismo, en tanto que, en política exterior, llegó vislumbrar el problema que se avecinaba en Cuba, propiciando una descolonización con honra que pasaba necesariamente por un entendimiento con Estados Unidos, e, incluso, si fuera necesario, con los propios cabecillas revolucionarios. Pero todas sus previsiones quedarían truncadas aquella noche del 27 de diciembre.

El coche de caballos del Presidente esperaba en la puerta de Congreso, en la calle de Floridablanca. Fue entonces cuando al acercarse a la salida se topó con el diputado Paul y Angulo, que estaba calentándose en una estufa en la Portería del Congreso para quitarse el frío. Paúl y Angulo había sido en tiempos muy amigo de Prim, pero ahora era su mayor enemigo. Era periodista y atacaba al General continuamente en el periódico “El Combate”, llegando incluso a escribir en uno de sus artículos: “Hay que matarle como a un perro”.

El General, a sabiendas de que aquel hombre le odiaba y quizás para demostrarle que no le tenía ningún temor le dijo cordialmente: “*¿Por qué no viene con nosotros a Cartagena para recibir al nuevo Rey?*”. Pero Paul y Angulo no estaba para bromas y con el odio reflejado en sus ojos le espetó: “*Mi General, a cada uno le llega su San Martín*”.

En aquel preciso momento se levantó un tal Montesinos que formaba parte del grupo republicano de las Cortes que dirigía Paul y Angulo y que estaba con éste calentándose, saliendo, acto seguido sin decir palabra hacia la calle del Sordo (hoy calle de Zorrilla).

Al General le acompañaban sus dos ayudantes, Moya y González Nandín que subieron con él al coche. Eran las 7:30 p.m. y, a pesar de las advertencias Prim se empeñó en seguir su ruta acostumbrada. Tampoco hizo ningún comentario sobre lo insólito de que no hubiese un solo policía, de los que tenía para su seguridad, en todo el trayecto.

De la calle del Sordo entraron en la calle del Turco (actualmente Marqués de Cubas), y cuando iban a salir a la calle de Alcalá, el conductor vio que había dos coches que obstruían el paso, lo que le obligó a detenerse. De pronto, surgieron de las sombras dos grupos de hombres cubiertos con largas capas y armados con trabucos que se situaron a ambos lados del coche de Prim. González Nandín que se había dado cuenta de lo que se les venía encima, previno al General, mientras por su parte, el ayudante Moya gritaba aterrado que les estaban disparando.

De pronto estallaron los vidrios de una de las portezuelas y un brazo disparó a quemarropa sobre el General Prim. Había tres hombres por cada lado, y Prim y su gente oyeron una voz que venía del grupo de la derecha, una voz ronca, inconfundible, que Prim reconoció muy bien. Esa voz gritó en la oscuridad: “*¡Fuego, puñeta, fuego!*”. Los asesinos obedecieron y descargaron sus trabucos.

Esta vez y aunque Prim se había replegado en su asiento como buscando protección, la nueva descarga hirió al General en el hombro, en el brazo izquierdo y en la mano derecha. Los asesinos habían disparado ocho tiros desde tan cerca que Prim tenía los granos de pólvora clavados en su carne.

Tratando de escapar del asalto, el conductor había lanzado los caballos contra el obstáculo, derribando a uno de los coches de alquiler que habían traído los asesinos. Atravesó la barrera, dirigiéndose hasta la calle de Barquillo por donde tenía la entrada el Palacio de Buenavista. Mientras tanto, los asaltantes habían huido hacia el Paseo del Prado, donde tenían caballos preparados para la huida.

Prim, desangrándose tuvo aún entereza para subir las escaleras que conducían a su vivienda, agarrándose con la mano herida al pasamanos y dejando un reguero de sangre a su paso. Su esposa, que había percibido las detonaciones en el silencio de la noche, llena de ansiedad, salió a su paso. Moya y González Nandín que habían salido levemente heridos, le acompañaban.

Tendieron al General en un sofá y avisaron con urgencia a un médico. Enseguida aparecieron el Dr. Vicente y el Dr. Losada que le practicaron una cural. “*¡Veo la muerte!*” había contestado Prim ante las preguntas del médico de cómo se sentía.

Las heridas no eran realmente tan graves. Hoy en día Prim se habría recuperado, pero dos días después comenzó una infección con temperatura elevada y delirio. El General había dicho a sus ayudantes: “*¡Aquella voz que ordenó disparar, aquella voz era sin duda la de Paúl y Angulo!*”.

Los dos médicos que le atendían llamaron en consulta al eminente Dr. Federico Rubio, que vino acompañado por el diputado D. Ricardo Muñiz, gran amigo de Prim. El Regente y los Ministros habían acudido en cuanto se enteraron del atentado y pasaron la noche velando al herido.

Los comunicados de prensa, mucha veces contradictorios, señalaban que los proyectiles habían sido extraídos por los médicos y añadían que no había complicaciones. “El Imparcial” decía que Prim había recibido 8 balazos en el hombro de los cuales habían sido extraídos siete. Hubo que amputarle parte de un dedo y seguramente perdería otro dedo.

Mientras tanto, el Almirante Topete se había hecho cargo del Ministerio de Estado y el de Guerra con la Presidencia y el Sr. Ayala del Ministerio de Ultramar.

Al día siguiente le fue levantada la cura asegurando los comunicados de prensa que el estado del herido era satisfactorio. Seguramente la cota de malla debió detener mucha metralla, porque en el coche se podían apreciar 15 orificios y en el gabán que de Prim hasta 12 agujeros. Sin embargo, la agencia de noticias FABRA anunciaba tres días más tarde, el 30 de diciembre, que el estado del General Prim se había agravado y poco después: *“El General Prim ha fallecido esta noche”*.

Antes de morir, el Presidente había dicho a su amigo Montero Ríos con voz débil: *“Me cuesta la vida pero queda el Monarca”*.

Los protagonistas de la conjura

Todas las sospechas recayeron sobre el diputado y periodista José Paúl y Angulo, primero porque era patente para todo el mundo que odiaba a Prim, y luego porque el propio General había declarado reconocer su voz en la ordenaba a los sicarios disparar. Además, como preparando su huída, había pedido previamente su retiro en el periódico “El Combate”. La premeditación era evidente. Y en efecto, después del crimen, huyó a Francia y más tarde se instaló en Perú, para regresar de nuevo a Francia donde el 2 de abril de 1892 murió en circunstancias misteriosas.

En el Sumario hay un desfile de testigos de lo más variado: desde la esposa del Dr. Vélez y su hijo de 10 años que casualmente pasaban en el momento del crimen por la calle de Alcalá cuando iban a cruzar la calle del Turco; una castañera que asaba su mercancía en la esquina de Alcalá; hasta dos conserjes de la Escuela de Ingenieros que entonces estaba situada en la calle del Turco nº 5. Todos vieron lo que sucedió, pero ninguno quiso o pudo precisar quiénes fueron. En lo que sí coinciden claramente es en afirmar que fue un hombre barbudo y de baja estatura quien rompió el cristal de la portezuela e hizo el primer disparo.

Se han dicho muchas cosas, pero algunas de ellas son pura leyenda, como lo referente a que los asesinos habían utilizado un “telégrafo fosfórico”: “Un hombre encapado que estaría en el acceso frente a la salida del Congreso encendería un fósforo al ver partir el coche del General. Por la calle del Sordo al ver esta señal, otro encendería otro fósforo y en la embocadura de la calle del Turco, otro encapado encendería otra cerilla”. Esa serían al parecer las señales por medio de las cuales se avisaban a los grupos preparados para atacar a Prim; pero estudiando detenidamente la situación no eran necesarias tantas precauciones.

Cuando Montesinos sale precipitadamente del Congreso antes que Prim lo hiciera, tuvo tiempo sobrado de avisar a los asesinos y quedarse con el grupo que atacó al General y dirigir los tiros. De todo lo que dice el Sumario se deduce que era un complot en el que intervinieron muchos grupos que deseaban la muerte de Prim y hacía tiempo que lo preparaban. Ninguno de los ayudantes del General vio ninguna de aquellas famosas cerillas. Pero hubo un detalle que olvidan los historiadores. Además de los dos coches que obstaculizaron el paso del coche de Prim obligándole a pararse, lo que facilitó el ataque, hubo un tercer coche que se colocó en la propia calle de Alcalá con cochero y lacayo y otro grupo que le esperaba casi a la puerta del Ministerio, por si fallaban los primeros. Había mucha, demasiada gente, para que fuese cosa de un solo grupo enemigo. Según se comentó, había corrido dinero en abundancia para pagar a aquellos sicarios que habían sido contratados desde lugares diversos y estaban dispuestos a que no fallase el atentado.

Como ya dijimos, Prim no había hecho mucho caso de las advertencias que le indicaban que cambiase su itinerario. Tenía una escolta de hombres decididos y bien preparados para su defensa. Les indicaba por medio de una señal el itinerario que iba a seguir. La señal consistía en que si llevaba el bastón en la mano derecha, seguiría ese camino a la derecha y si lo llevaba en la izquierda era que iba a tirar por la izquierda. La verdad es que no tenía mucho donde elegir desde el Congreso a su casa. No había muchos itinerarios. Y se podían haber colocado en los dos posibles itinerarios esperando su paso. Preocupado o distraído llevó el bastón en la derecha y dejó al cochero que tirase por donde quisiera y la ronda de guardaespaldas dejó sin protección la calle del Turco. Esto lo debían de saber sus enemigos y de todas formas debió haber otros grupos que si hubiera marchado por otra ruta estarían preparados para actuar de la misma forma.

Lo cierto es que tanto José Paúl y Angulo como Montesinos aparecen en primer plano aquella noche y se sabe también que intervinieron Paco Huertas, Ramón Armella y Adrián Ubillos. Todos estos sujetos desaparecieron consiguiendo ayuda para escapar a América; pero, misteriosamente, casi todos murieron en extrañas circunstancias.

¿A quién beneficiaba más inmediatamente la muerte de Prim?

Tal vez la mecha estuviese en una frase pronunciada por Prim al representante de la República francesa, Emile Keratry, cuando le propuso a Prim ayuda militar y

económica, asegurándole la posesión de Cuba y que él sería el Presidente: “*No habrá república en España mientras yo viva*” contestó el General a sus proposiciones y el francés, entonces, pronunció aquella frase tan sibilina: “*Acaso tenga V.E. que lamentar esta actitud*”.

Del Sumario se deduce que los más beneficiados de su muerte eran los partidos más cercanos al poder: el partido Republicano, el partido del Duque de Montpensier y el partido del General Serrano. El partido Republicano había sacado después del monárquico el mayor número de votos. Y en efecto, tras la muerte de Prim, el partido republicano subió al poder. Montpensier estaba movido por ambiciones personales. En cuanto a Serrano, Duque de la Torre, tras la muerte de Prim fue Presidente del Consejo y con la Restauración, Jefe del poder Ejecutivo, que era lo mismo que Jefe de Estado. Todos ellos salieron ganando con la muerte de Prim.

Cuando Amadeo de Saboya llegó a España, visitó a la esposa de Prim para darle el pésame y le dijo: “*Buscaré a los asesinos del General*”. La respuesta de la dama fue: “*Pues no tendrá V.M. más que buscar a su alrededor*”.

Paul y Angulo, junto con Montesinos y el resto de sus secuaces, fueron los autores materiales, pero detrás de ellos hubo alguien, el Coronel Solís ayudante del Duque de Montpensier, y mucho dinero por medio, para pagar a los asesinos, facilitar su fuga a América, mantenerlos allí callados por muchos años y eliminar a algunos de forma misteriosa, incluyendo a testigos de cargo.

Otras pistas nos llevan a José María Pastor, Jefe de la escolta del General Serrano, Duque de la Torre. Contrató a dos riojanos, dos vascos, algunos de Ceuta y otros más con la decisión de asesinar a Prim. Un cabo de nombre José Ciprés Janini a quien le fue propuesta esta infamia, no estuvo conforme con ella y avisó personalmente a Prim de lo que se tramaba contra él. Prim según su costumbre no le puso mucha atención.

Lo cierto es que siguiendo el modelo de otros magnicidios no se castigó a los culpables; el Sumario quedó incompleto y además se sustrajeron documentos; los Jueces actuaron como si tuviesen miedo; se asesinó a testigos de cargo y los autores materiales huyeron al extranjero para no volver más.



*Retrato del General Prim.*

*Sofá donde estuvo depositado el cuerpo del general, para recibir las primeras curas en el Palacio de Buenavista*



*Mausoléo del general Prim en Tarrasa.*



## **JACK EL DESTRIPIADOR: el incógnito rostro del Mal**

Puede que no exista en el mundo otro asesino que haya acumulado más toneladas de papel dedicadas a su persona. Y no solamente eso: películas,



programas de radio y documentales de televisión, nos devuelven cada cierto tiempo su presencia difusa, exponiendo las últimas teorías sobre una identidad que se nos escurre entre los dedos y que no parece dispuesta a dejarse atrapar cuando ya ha transcurrido más de un siglo de sus escalofrantes hazañas.

Su leyenda se fraguó tan velozmente que cualquiera podría pensar que la Historia del Crimen le había reservado un espacio mucho antes de su silueta se deslizase por las oscuras callejuelas de Londres; un lugar que ejemplificaría como ningún otro en la categoría de lo que empezó a conocerse como “asesino patológico”.

Apenas el corto espacio que media entre el mes de agosto y el de noviembre del año 1888 necesitó Jack el Destripador para dejarnos su recuerdo imborrable y convertirse en el mayor símbolo de la frustración policial. Jack es el asesino nunca capturado, el malhechor que no duda en burlarse de sus perseguidores enviando notas al propio jefe de la policía londinense para decirle dónde y cuándo va a atacar, y pese a todo hasta la fecha nadie ha sido capaz identificarle de forma precisa entre la poblada penumbra de sospechosos. Su sombra, en cambio, se alarga hasta el siglo XXI y todavía perdura en el misterio.

No fue el primer asesino en serie de la historia pero sí el primero en aparecer en una gran metrópoli, justo en el momento en el que la literatura y la prensa comenzaban a ejercer su influencia en la sociedad. Cada día, las actividades del destripador eran relatadas en los periódicos, así como los resultados de las investigaciones realizadas por la policía. Los temores y ansiedad de los habitantes del East End, descritos en los diarios londinenses, y las columnas de destacados periodistas interesados en el tema acapararon las primeras páginas de diarios nacionales e internacionales. Fue precisamente esta cobertura periodística del caso lo que transformó los asesinatos de Whitechapel en algo nuevo, nunca antes conocido.

Durante más de cien años, todo tipo de investigadores, detectives, policías y muchos curiosos (entre los que se encontraron escritores como Jack London o Sir Arthur Conan Doyle) han tratado de establecer un perfil psicológico que ayudase a determinar la personalidad o el nombre del asesino, pero hasta ahora solo se han podido identificar los nombres de unos posibles sospechosos. Tal vez por ese motivo Jack el Destripador se ha convertido en el asesino en serie más conocido de la historia. Su nombre nos evoca una silueta entre la niebla del Londres Victoriano, una sombra con capa y sombrero negros que ataca a sus

víctimas y desaparece para siempre de la escena del crimen.

En un tiempo anterior a la ciencia forense y a las huellas digitales, el único modo de probar que alguien había cometido un crimen era cogerle “in fraganti” o conseguir que el sospechoso declarase su crimen. Ninguna de ambas circunstancias tuvieron lugar en los asesinatos de Whitechapel. La policía no pudo inculpar a ninguno de los sospechosos al no tener pruebas suficientes como para llevarle ante un tribunal. Tan sólo se contaba con los informes de los cirujanos forenses y los testimonios de las personas que habían visto por última vez con vida a las víctimas. A partir de ambas fuentes se elaboró un perfil con las principales características que debía tener el asesino. Se trataba de un hombre blanco, de altura media, entre los 20 y los 40 años de edad. Su forma de vestir le diferenciaba de los trabajadores o indigentes que frecuentaban la zona. Tenía algún tipo de alojamiento en el East End londinense y podía ser extranjero. Disfrutaba de un trabajo regular, puesto que todos los asesinatos ocurrieron en fin de semana y parecía disponer de cierta formación médica. Ya que sólo desde un conocimiento preciso de la anatomía humana podían explicarse determinadas acciones, como por ejemplo, el hecho de que extirpase un riñón a una de las víctimas sin dañar ninguno de los órganos circundantes o la extracción de los órganos sexuales de otro de los cadáveres con tan sólo un movimiento limpio de cuchillo. Dadas las circunstancias en las que se producían los crímenes, donde el asesino debía realizar todas estas operaciones en condiciones de visibilidad mínimas y con apremio de tiempo para no ser descubierto, parece bastante evidente que su manejo del cuchillo era el de un especialista.

### Las víctimas

En el año 1888, Whitechapel era uno de los distritos más infames de todo Londres. En las calles, hombres, mujeres y niños llevaban una vida miserable en la que la delincuencia era a veces el único método para conseguir unos cuantos tragos de alcohol barato y un infecto jergón donde caer sin sentido, olvidando el injusto mundo que les había tocado vivir. Los callejones oscuros desembocaban en bares mugrientos y burdeles miserables en los que algunas mujeres se ganaban la vida prostituyendo sus cuerpos por unos pocos peniques. Fue precisamente aquí, en el East End londinense, donde tuvo lugar el breve reinado de terror del temido descuartizador que firmaba sus crímenes como “Jack el Destripador”.

Su bautizo de fuego, por así decirlo, aquel que le atribuyen con seguridad todas

las crónicas, tuvo lugar el 31 de agosto de 1888; aunque algunos investigadores no dudan en atribuirle por lo menos dos asesinatos anteriores, que si bien no tenían las mismas características podrían haberse tratado de los primeros ensayos del asesino.

Aquella madrugada del viernes, las calles estaban todavía a oscuras cuando el estibador George Gross se dirigía al mercado de Spitalfields a comenzar su dura jornada. Al enfilarse por la calle Buck's Row tropezó con el cuerpo de una mujer tendido en el suelo. Pensó que estaba borracha, cosa nada extraordinaria en aquel vecindario. Dio la vuelta al cuerpo para tratar de ayudarla, y fue entonces cuando observó que unas terribles heridas la habían casi decapitado. Horrorizado por la visión, el estibador Gross, salió corriendo dando voces llamando al policía que hacía su ronda por el barrio. El policía se hizo acompañar de un médico de la zona quien distinguió, bajo la luz de una linterna, que a la pobre mujer la muerte le había sido provocada por dos incisiones profundas con arma blanca que le habían seccionado la tráquea y el esófago. La temperatura todavía tibia del cuerpo indicaba que el momento del crimen no podía exceder de más de media hora antes de haberse encontrado el cuerpo. Tras un examen más detallado en la sala de autopsias, descubrirían además que había sido brutalmente golpeada en la mandíbula inferior izquierda y que su abdomen había sido mutilado. Por lo demás, el asesino no había dejado otras pistas tras de sí, ni testigos, ni el arma homicida. Ninguno de los vecinos oyó nada.

La identificación de la víctima no fue tarea fácil, aunque unos días después su padre y su ex marido identificaron el cuerpo de una mujer de 42 años, prostituta, llamada Anne Mary Nichols, conocida como Polly. Al parecer, Polly había estado casada y tenía cinco niños, pero su adicción al alcohol había hecho que su matrimonio se rompiera. Desde entonces, en la más absoluta soledad, procuraba subsistir ejerciendo la prostitución.

Varias semanas antes del crimen de Anne Mary Nichols, el lunes 6 de agosto, una prostituta de 39 años, Marta Tabram, había sido hallada muerta con 39 puñaladas; y algunos meses antes, Emma Smith, una prostituta de 45 años, había sido agredida salvajemente en la cabeza y le habían introducido un objeto en la vagina. Aunque ninguno de los dos crímenes coincidían con el modus operandi más sofisticado y ritualista del asesino de Buck's Row, todos los habitantes del distrito londinense no tardaron en atribuírselos, generándose un ambiente de pánico que no estaba muy lejos de ser justificado.

Pero el asesino sólo acababa de empezar a jugar su maléfico juego. Annie Chapman era una mujer sin hogar propio que vivía en pensiones comunes, cuando disponía de dinero para el alojamiento de una noche, y cuando no era así, se dedicaba a vagar por las calles en busca de clientes que le proporcionasen alguna moneda para bebida, refugio y alimento. No siempre había sido así, unos años antes estaba casada y con tres niños, pero todos habían fallecido, unos por enfermedad y otros por accidente. Aquello debió ser excesivo para su corazón de madre y no tardaría en entrar en un estado de depresión permanente que la llevaría a la bebida para sobrellevar su soledad. Pero había alguien que había decidido dar otra vuelta de tuerca a su desgraciada vida, otorgándole un final si cabe más miserable todavía.

Su cuerpo sería hallado el 8 de septiembre, en la calle del Mercado de Spitalfields, a las 6 de la mañana, terriblemente mutilado. Su intestino estaba en el suelo entre un gran charco de sangre y una profunda incisión cruzaba su cuello de lado a lado.

Una señora de nombre Elizabeth Long que se dirigía al mercado esa mañana, pudo aportar un testimonio valioso: a las cinco y media de la madrugada había visto a un hombre conversando con una prostituta que identificó como Annie Chapman. Lamentablemente el hombre estaba de espaldas y no pudo ver su rostro, pero sí pudo distinguir que la silueta correspondía a un hombre de unos 40 años, elegante, que portaba un sombrero y abrigo oscuros. La hora de la muerte se estimó entonces entre las cinco y media y las seis de la mañana, hora en la que fue descubierto el cadáver, lo que significaba que el asesino actuaba rápidamente y con gran precisión.

Todo parecía indicar que Annie Chapman había sido asesinada en ese mismo sitio. No había señales de defensa por parte de la víctima, y lo curioso es que cerca de su cadáver se encontraron un pequeño pañuelo, un peine y un cepillo de dientes, que parecían haber sido colocados en un orden concreto por el asesino con un propósito que podía estar cargado de significado para su mente desquiciada.

Tras inspeccionar el cadáver, el médico forense dedujo el asesino había agarrado a Annie por la barbilla y la había degollado por la espalda de izquierda a derecha, provocándole la muerte instantánea. Por la profundidad del corte y la fuerza empleada, parece deducirse que tenía la intención de decapitarla. Las otras heridas infligidas y las mutilaciones abdominales habían sido realizadas

post mortem: el abdomen había sido abierto para extraer la vagina, el útero y la vejiga, que nunca fueron encontrados. Las incisiones eran limpias, como si se tratase del trabajo de un cirujano, o por lo menos el de alguien con los conocimientos anatómicos y la habilidad suficiente para poder abrir el cuerpo y extraer los órganos con el cuidado preciso para no dañar otras partes internas. El instrumento utilizado parecía ser un cuchillo estrecho con lámina fina y muy afilada, la clase de cuchillo que utilizaban los cirujanos.

Pese a todo, la falta de indicios hacía que la investigación avanzase lentamente. Todo el mundo había relacionado las muertes entre ellas, y a pesar de que la policía se mantenía en el más absoluto de los silencios, los periódicos no dejaban de alimentar cada rumor escuchado, lo que servía para aumentar la cólera y el miedo de los vecinos. Desde Scotland Yard se llegó a ofrecer una recompensa a quien aportase algún dato válido sobre la identidad del asesino, pero lo único que consiguieron fue que las comisarías se convirtiesen en un circo donde los vecinos limaban sus diferencias denunciándose entre ellos, y todos los excéntricos y locos de la ciudad afirmaban ser el descuartizador de prostitutas. Incluso muchos sospechosos tuvieron que ser finalmente descartados por su falta de habilidades médicas.

Los inspectores del Scotland Yard se encontraban desorientados, ansiosos por encontrar algo que les marcara, aunque fuese muy débilmente, una dirección en la que buscar, un perfil de aquel criminal sádico y perverso. Sus deseos estaban a punto de verse realizados: El 27 de septiembre, la Agencia Estatal de Noticias recibió una nota escrita y firmada por el propio Jack el Destripador cuyo contenido decía:

*“Querido Jefe, desde hace días oigo que la policía me ha cogido, pero en realidad todavía no me han pescado. No soporto a cierto tipo de mujeres y no dejaré de destriparlas hasta que haya terminado con ellas. El último es un magnífico trabajo, a la dama en cuestión no le dio tiempo a chillar. Me gusta mi trabajo y estoy ansioso de empezar de nuevo, pronto tendrá noticias mías y de mi gracioso jueguecito...*

*Firmado: Jack el Destripador, desde el Infierno.”.*

El mensaje, escrito con sangre, venía a decir que continuaría matando ramera. Aseguraba que a la próxima le cortarían las orejas, y se mofaba de los titulares que aparecían en la prensa anunciando su pronta detención. Asimismo, se burlaba de la pista definitiva que la policía aseguraba tener y que, a bombo y platillo, ocupaba las primeras páginas de los diarios.

Para terminar la misiva, Jack “the Ripper” elogiaba su último trabajo e informaba de las siguientes brutalidades que iba a causar a su siguiente víctima, a la que ya tenía fichada.

A partir de ese momento, Jack, el asesino de prostitutas, comenzaría a mantener una amplia correspondencia de cartas y poemas destinados al jefe de la policía londinense jactándose de su habilidad para escabullirse en la oscuridad de las calles y evitar ser atrapado por la multitud que le perseguía, o haciendo alarde de la perfección de sus crímenes y anticipando otros nuevos ataques, siempre seguro de sí.

Tres días después, el 30 de septiembre, se recibió otra carta sellada y fechada en Liverpool. “*Estén atentos. Me pondré en acción entre la primera y la segunda de las calles Minories, a la medianoche en punto. Ofrezco otra buena ocasión a las autoridades, pues nunca hay ningún policía cuando estoy actuando. Jack el Destripador*”. La desfachatez del asesino llegaba a un grado de soberbia que la policía londinense, inmersa en esa cruel ridiculización, ya no podía soportar y destinó todos los medios posibles a controlar las calles de Londres. Pero tal vez el asesino tuviese su parte de razón cuando insinuaba que el terror también se había apoderado de los defensores de la ley, ya que nunca había ningún policía cuando él actuaba...

El lugar designado por el asesino se situaba al norte del edificio de la Torre de Londres, y era así llamado por el monasterio de la orden de los Mínimos que se construyó en el año 1300. Fiel a su promesa, el criminal se cegó en una orgía de sangre, una verdadera carnicería perpetrada en el cuerpo de Elizabeth Stride, apodada la Larga y no lejos de ella, el cuerpo de Catherina Eddowes. ¡Dos crímenes horripilantes en la misma noche, pese al control de la policía! La ciudad de Londres permaneció insomne durante toda la semana. Nadie se atrevía a pisar la calle desde el preciso momento en que los rayos del sol empezaban a declinar anunciando la noche. Se reforzaban cerraduras de las puertas y postigos de las ventanas. Y en muchas familias, algún miembro permanecía toda la noche de guardia.

El primer cadáver se descubría en la calle Berner sobre la una de la mañana. Tras pedir ayuda a la policía, vieron que se trataba de una mujer, cuyas faldas habían sido levantadas por encima de sus rodillas. Un forense llegó a la escena del crimen con su ayudante un cuarto de hora más tarde. Entre los dos detallaron sus conclusiones de la exploración:

*“ La difunta yace sobre su lado izquierdo, su cara mira hacia la pared derecha. Sus piernas han sido separadas, y algunos miembros están todavía calientes. La mano derecha está abierta sobre el pecho y cubierta de sangre, y la izquierda está parcialmente cerrada sobre el suelo. El aspecto de la cara era bastante apacible, la boca ligeramente abierta. En el cuello hay una larga incisión que comienza sobre el lado izquierdo, 2 pulgadas y media por debajo del ángulo de la mandíbula casi en línea recta, seccionando la tráquea completamente en dos, y terminándose sobre el lado contrario... “.*

El asesino no se había ensañado tanto esta vez como en las anteriores. Posiblemente había sido interrumpido mientras la degollaba y se había visto obligado a alejarse antes de completar su ritual.

La joven prostituta sería identificada como Elizabeth Stride, de origen sueco, que había venido a Inglaterra para ganarse la vida tras el fallecimiento de su marido y sus dos hijos en un accidente marítimo.

Esta vez, varios testigos declararon haberla visto momentos antes de su muerte acompañada por un hombre de unos treinta años con pelo y bigote negros, vestido con un abrigo negro y un sombrero alto, que portaba un bulto, como un maletín.

Mientras la policía se enfrentaba al hallazgo de este nuevo cadáver, a pocas calles allí un guarda nocturno descubría el cuerpo de otra víctima degollada. Su abdomen había sido abierto y los intestinos se encontraban en el suelo, además tenía varias heridas por todo el cuerpo. Los miembros estaban todavía calientes, la hora de la muerte no debía de exceder la media hora desde el descubrimiento del cadáver.

En la pared, junto al cadáver, habían escrito una frase con tiza blanca que decía: “No hay porque culpar a los judíos”, supuestamente obra del asesino. Antes de que la inscripción pudiese ser fotografiada, el Comisario de la Policía londinense, Charles Warren, ordenó que fuese borrada; según él porque se trataba de una falsa pista del criminal tratando de culpabilizar a la comunidad judía, y si algún londinense lo leía, podía provocar una revuelta contra ellos.

La víctima era Kate Eddowes, quien como las demás, tenía por oficio el de la prostitución y como afición, la bebida. Sus padres habían muerto cuando ella era joven y a los 16 años se fue a vivir con un hombre, con quién tendría tres hijos.

Los malos tratos por parte de éste obligaron a que se fuera de casa, y su adicción al alcohol la obligó a alquilar su cuerpo en las calles.

Como en las muertes de Polly Nichols y Annie Chapman, la garganta de Kate había sido degollada de izquierda a derecha, le habían seccionado el vientre y extraído algunos órganos, entre ellos uno de los riñones.

Después de esto, las cosas parecieron volver a la normalidad en Whitechapel. No hubo ningún otro asesinato durante un mes y las prostitutas regresaron a las calles más tranquilas. Desgraciadamente, la paz duró poco, pues el 9 de noviembre, otra mujer apareció salvajemente asesinada.

El 9 de noviembre de 1888, Londres se preparaba para una gran fiesta. Era el cumpleaños del príncipe de Gales. La artillería de la Torre de Londres disparó las salvas de rigor por la onomástica del futuro Eduardo VII. La espectacular carroza dorada atravesaba las calles de la ciudad un día frío, bajo un cielo oscuro y amenazador. Pero Jack el Destripador había decidido arruinar la onomástica con el descuartizamiento de Marie Kelly, también prostituta y alcohólica, que apareció muerta en su habitación alquilada en la calle Miller's Court nº 13 de Whitechapel. Esa mañana, el arrendador subió a la habitación de Mary para cobrar el alquiler mensual, pero nadie contestó a su llamada. Decidió abrir la puerta él mismo, horrorizándose por lo que descubrió...

La descripción de la carnicería fue espeluznante. El asesino le había cortado la nariz, y las orejas y se las había colocado en el rostro, en diferente sitio, lo que daba al cadáver un aspecto terrorífico, se había ensañado con ella. El vientre había sido rajado con un cuchillo finísimo, o un bisturí, y estaba abierto de par en par. El hígado había sido extraído y colocado sobre su muslo derecho. Los genitales, el corazón, los senos de la desdichada, los riñones, estaban sobre la almohada, como expuestos en un escaparate.

Sin duda era el crimen más violento de Jack el Destripador. El cadáver estaba tumbado sobre la cama con múltiples heridas de arma blanca, completamente mutilado y con la arteria carótida seccionada. La ferocidad empleada con la víctima asombró a los cirujanos veteranos de la policía. El médico forense necesitó varias páginas para redactar el informe de las lesiones y órganos extraídos.

Este asesinato creó el pánico absoluto en el barrio, haciendo estallar episodios



esporádicos de violencia en la muchedumbre. La actividad policial era frenética, cada rincón fue registrado, cada sospechoso detenido e interrogado a fondo, pero no por eso la policía dejaba de ser duramente criticada. Nunca más se volvió a saber del asesino. No hubo más cartas ni más crímenes, parecía que Jack el Destripador hubiese abandonado la escena del crimen para siempre, y finalmente el caso fue cerrado en 1892, el mismo año en que el Inspector encargado del caso se retiró.

### Las teorías sobre su identidad

Como era de esperar ante un caso de tal trascendencia, en el que Scotland Yard mantenía silencio absoluto, se fundaron todo tipo de suposiciones: desde que Jack el Destripador era una mujer obsesionada por las prostitutas porque una de ellas había contagiado una enfermedad a su hijo, un puritano furioso por el vicio de la capital, un agente secreto ruso que quería dejar en ridículo a la policía inglesa y así, hasta una larga lista de sospechosos con las motivaciones más variopintas.

### Montague John Druitt

Uno de los nombres que más se mencionó fue el de Montague John Druitt, un abogado de 40 años hijo de un cirujano de muy buena familia, que desapareció justo tras el crimen de Mary Kelly y cuyo cuerpo fue hallado un mes después flotando sin vida en el Támesis.

Al parecer, su madre había sido ingresada en un psiquiátrico poco antes de que él se suicidara, y en su familia había otros antecedentes de enfermos mentales. En la nota de suicidio que encontró su hermano, decía que sentía como poco a poco padecería lo mismo que su madre y que lo mejor para no seguir ensuciando el nombre de la familia era morir.

La sospecha hacia John Druitt parte de unas investigaciones realizadas años después de que el caso fuese cerrado por el jefe de policía de Scotland Yard, Sir Macnaghten. No hay evidencia sobre por qué Macnaghten lo consideró un sospechoso serio porque el expediente del caso sigue cerrado a día de hoy, y sus únicas declaraciones públicas habían sido que no sólo él sospechaba de la culpabilidad de Druitt porque era “sexualmente insano”, sino que además su propia familia creía que él había sido al asesino.

A parte de Macnaghten, pocas personas más creían que Druitt era el Destripador

(aunque casualmente, las iniciales J. D., sean las mismas en ambos). Él no vivió, ni frecuentaba el barrio de los muelles en Londres, y no había ningún servicio de tren entre su alojamiento en Blackheath y Londres que le permitiese cometer los asesinatos y volver a casa sin levantar sospechas. Además, contaba con una buena coartada el día de la muerte de Annie Chapman, que recordamos se había estimado sobre las 5:30 de la mañana. Habría sido muy improbable que Druitt hubiese cometido el crimen, se hubiese cambiado la ropa ensangrentada y hubiese regresado a Blackheath para jugar un partido de cricket a las 11:30 de la mañana, según las investigaciones realizadas.

### Aarón Kosminski

Otro de los sospechosos de Macnaghten fue Aarón Kosminski, un judío polaco residente en Whitechapel que sentía un odio más patológico que visceral hacia las mujeres y que fue ingresado en un hospital psiquiátrico en marzo de 1889 por sus tendencias homicidas.

El Doctor Houchin, quién certificó la locura de Kosminski, describía así su comportamiento: “declaraba que es dirigido y que sus movimientos son controlados por un instinto que informa su mente; dice que conoce las actividades de toda la humanidad y rechaza casi todos los alimentos porque su instinto le dice que no lo haga”.

En los registros del hospital sólo se ha encontrado una mención de comportamiento agresivo por parte de Kosminski, si bien su estado mental parecía deteriorarse con el tiempo: “incoherente; de vez en cuando excitado y violento. Hace unos días se subió una silla, e intentó golpear al asistente”.

Durante el tiempo que permaneció recluido, había sido diagnosticado como “... enfermo crónico inofensivo, de vez en cuando molesto, pero no violento, que se recluye cada vez más en su propio mundo hasta el punto de no saber su edad o cuanto tiempo ha estado interno”.

Por los síntomas, alucinaciones visuales y auditivas, esta claro que este hombre padecía una esquizofrenia paranoide, y analizando su personalidad, es poco probable que Kosminski fuese nuestro Destripador. Jack podía tener una mente enferma, pero en tal caso, esa mente estaría más cerca de la psicopatía que de la esquizofrenia. Aunque sus crímenes y mutilaciones fuesen propios de un asesino en serie desorganizado, hay cierta organización en cada uno, o por lo menos,

premeditación.

## Michael Ostrog

Michael Ostrog era un médico ruso que además se dedicaba a la estafa, por lo que pasó una gran parte de su vida en la cárcel. No era un delincuente ordinario, era muy inteligente, tenía buena educación, y en algunas ocasiones durante los juicios por sus delitos, su astucia le había llevado a simular que sufría un trastorno mental, lo que le había salvado de la cárcel en más de una ocasión.

No se sabe a ciencia cierta porqué figura entre la lista de los sospechosos del Destripador, pues no hay indicios de que haya asaltado a ninguna mujer, y con sesenta y pico años que debía tener en 1888, parecen demasiados para encajar en las descripciones del asesino.

## El diario de James Maybrick

En 1992 surgió una nueva teoría que causó sensación por lo evidente que parecía. Michael Barrett, un distribuidor de chatarra de Liverpool, presentó un diario escrito por un hombre llamado James Maybrick en 1889, que confiesa ser el mismo Jack el Destripador.

James Maybrick era un comerciante de algodón que comenzó su negocio en Londres, viajó a los Estados Unidos para abrir una oficina en Virginia y volvió varios años más tarde. Había contraído la malaria en EE UU y tomaba una combinación de arsénico y estricnina para poder llevar sin dolor la enfermedad. La medicación era adictiva y él siguió tomando arsénico hasta que falleció, en 1989.

Nunca sospecharon de él hasta la aparición del diario, en el que Maybrick se autodenominaba Jack, y daba a entender que era el asesino de las prostitutas con hechos concretos: contando con detalle cada uno de los crímenes, hablando del placer que le producía el haberlos cometido, e incluso se burlaba de los esfuerzos vanos de la policía por encontrarlo. La caligrafía del texto ha sido sometida al análisis de diferentes expertos, pero no se han puesto de acuerdo sobre si es o no auténtico, aunque en 1995 varios expertos han etiquetado el diario como falso porque aseguran que la tinta con la que se había escrito es moderna. En cualquier caso, el análisis grafológico muestra el perfil de una persona con grandes desequilibrios psicológicos y con trastornos de doble personalidad.

## La conspiración Real

También la nobleza se vio afectada por esta serie de crímenes. Uno de los principales sospechosos fue el Duque de Clarence, el príncipe Alberto Victor Christian Eduardo, hijo del Rey Eduardo VII y nieto de la Reina Victoria. Tenía 28 años en el momento de los crímenes y murió poco después en una clínica privada por enfermedad. Según parece, el joven príncipe era un apasionado de la caza con todo su ritual y crueldad, aunque nunca se le consideró como un hombre violento, y era un asiduo de los prostíbulos. La causa oficial de su muerte fue una neumonía producida por una epidemia de gripe, aunque se sospecha que falleció a causa de la sífilis, que probablemente le habría transmitido una prostituta.

La primera mención de que él era un posible sospechoso fue hecha pública en 1962 en el libro de Phillippe Jullien, “Edouard VII”. Más tarde, el Doctor Thomas Stowell publicó un artículo en 1970 acusando al príncipe Alberto de ser a Jack el Destripador, basando su teoría sobre algunos documentos de su médico personal, Guillermo Gull, quién le estaría tratando la enfermedad. En ellos narra que su paciente sufría una grave inestabilidad emocional por sus tendencias homosexuales y que se estaba volviendo loco, por eso, con la intención de vengarse, habría cometido los asesinatos de Withechapel.

Ninguno de estas declaraciones han podido ser probadas, porque Stowell murió poco después de que su libro fuese publicado, y sus notas no han sido halladas.

Como era de esperar, muchos eruditos han arremetido contra esta teoría y la han desacreditado por completo, argumentando que el Príncipe Alberto no estaba en Londres en las fechas de los asesinatos más importantes, sino en Escocia. Aunque era de buena cuna, tampoco destacaba como un hombre de inteligencia especialmente brillante, y no tenía los conocimientos médicos para mutilar como hizo el Destripador.

La teoría de que toda una Conspiración Real de silencio estaba detrás de los asesinatos es tal vez la más popular. No sólo es la teoría en la que se inspira la reciente película “From Hell” (Desde el Infierno), protagonizada por Johnny Depp y Heather Graham, sino que ya antes había dado lugar a gran cantidad de documentales, artículos y libros.

Uno de estos libros, escrito por Stephen Knight y publicado en 1976 bajo el

título “Jack the Ripper, the final solution”, aseguraba haber recogido las notas de un hombre llamado Joseph Sickert, el hijo de Walter Sickert, un pintor impresionista que decía haber conocido a Jack el Destripador y que le habría confesado quién era el asesino en su lecho de muerte.

La teoría que plantea Kinght es que Sickert padre daba clases de pintura al Príncipe Alberto y que éste conoció a una modelo que posaba para el pintor llamada Annie Crook. El príncipe se enamoró de la joven, y desatendiendo sus obligaciones como heredero de la corona, se casó con ella en secreto cuando ésta se quedó embarazada de una niña a la que llamarían Alice.

Si el pueblo londinense llegaba a conocer la unión del príncipe heredero con una mujer de clase baja, supondría un escándalo público y una grave deshonra para la Familia Real inglesa, por ese motivo la Reina Victoria se habría empeñado en resolver el problema antes de que comenzasen a correr los rumores de la boda, delegando la tarea de resolver el problema al médico de la Casa Real, el doctor Guillermo Gull.

El Doctor Gull actuó entonces secuestrando a Annie e internándola en un hospital psiquiátrico tras declararla demente, en donde fue obligada a vivir por el resto de sus días, mientras que el Príncipe Alberto fue llevado al palacio de Buckingham y se le prohibió salir de allí, haciendo correr el rumor de que estaba gravemente enfermo.

Cuando Annie fue secuestrada, Mary Kelly, la última víctima del Destripador, se ocupaba por ese entonces del bebé. Tanto ella como el resto de las jóvenes prostitutas asesinadas conocían la relación secreta entre el príncipe y su compañera, y sabían que tras la desaparición de Annie, también sus vidas corrían peligro, por lo que decidieron guardar el secreto. Aun así se llevaron a cabo los asesinatos para impedir que las jóvenes hablasen del matrimonio entre la plebeya y el heredero, y se creó la imagen de un sanguinario psicópata con conocimientos en cirugía.

El cochero de la Casa Real, John Nestley, se encargó de localizar una a una a las chicas y de convencerlas para que subiesen al carruaje diciéndoles que una persona importante había solicitado sus servicios. Entonces, el Doctor Gull, oculto en los callejones, asesinaba a cada mujer y las mutilaba salvajemente para hacer creer que el asesino era un sádico obsesionado con las prostitutas.

Esta teoría es una de las preferidas porque es la que mejor se adaptaría al silencio de Scotland Yard sobre los crímenes. Qué mejor razón para acallar un asunto que el proteger el honor de la Familia Real. Sin embargo, no hay ninguna evidencia que apoye esta teoría, aunque tampoco hay nada que la desmienta.

Es cierto que en Whitechapel existió una mujer llamada Annie Crook que tenía una hija ilegítima llamada Alice, pero no hay nada que pruebe que mantuvo una relación con el Duque de Clarence. (Hay quién asegura que esta teoría es falsa porque las tendencias del Príncipe Alberto se inclinaban más hacia los hombres que hacia las mujeres).

Tampoco hay nada que pruebe que las jóvenes prostitutas asesinadas se conocían entre sí, porque si esto hubiese sido cierto, habría sido descubierto en las entrevistas con las familias y los amigos de cada víctima.

En cuanto a la capacidad del Doctor Gull para ser a Jack el Destripador, se dice que en 1887 sufrió un ataque de parálisis severo que le impedía realizar prácticas médicas, por lo que se dedicaba exclusivamente a la enseñanza. Gull fallecería en su casa en 1890 después de otro ataque que le dejaría mudo.

¿Quién era entonces Jack el Destripador? Se han desarrollado tantas teorías sobre su identidad que llega un momento en que podríamos tender a pensar que se trata únicamente de un personaje de ficción. Pero Jack de Ripper, como él mismo se bautizó al firmar su primera carta, fue un personaje real, tan real como escalofriante.



*Patio trasero de 29 Hanbury street.*



*Habitación de Mary Kelly.*

## VICTIMAS ESTABLECIDAS DE JACK THE RIPPER



Mary Ann Nichols  
August 31, 1888



Annie Chapman  
September 8, 1888



Elizabeth Stride  
September 30, 1888



Catherine Eddowes  
September 30, 1888



Mary Jane Kelly  
November 9, 1888

*Retrato de las víctimas de Jack el Destripador a lo largo de su macabra carrera.*

25 Sept. 1888.

Dear Boss

I keep on hearing the police have caught me. but they wont fix me just yet. I have laughed when they look so clever and talk about being on the right track. That joke about Leather Apron gave me real fits. I am down on whores and I shant quit ripping them till I do get buckled. Grand work the last job was. I gave the lady no time to squeal. How can they catch me now. I love my work and want to start again. You will soon hear of me with my gunny little games. I saved some of the proper red stuff in a ginger beer bottle over the last job to write with but it went thick like glue and I cant use it. Red ink is fit enough I hope ha ha. The next job I do I shall clip the lady's ears off and send to the

Primera página del diario de



## VICTIMAS ATRIBUIDAS A JACK THE RIPPER



"Fairy Fay"  
December 26, 1887



Annie Millwood  
February 25, 1888



Ada Wilson  
March 28, 1888



Emma Smith  
April 3, 1888



Martha Tabram  
August 7, 1888



The Whitehall Mystery  
October 3, 1888



Annie Farmer  
November 20, 1888



Rose Mylett  
December 20, 1888



Elizabeth Jackson  
June, 1889



Alice McKenzie  
July 17, 1889



The Pinchin St. Murder  
September 10, 1889



Frances Coles  
February 13, 1891

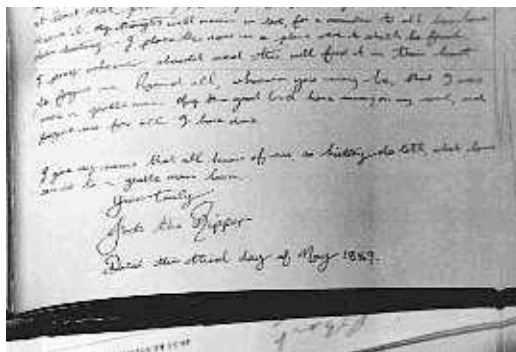


Carrie Brown  
April 24, 1891

Jack el



Reproducción de la época del misterio *Destripador*. de Whitehall.



*Diario Maybrick.*

## Belle Gunness: la viuda negra

Nacida en 1859 en Trondhjem, Noruega, Belle Gunness se ganó a pulso la reputación de ser la asesina más peligrosa de los Estados Unidos. A las 24 años se trasladó desde el país nórdico a la ciudad de Chicago donde se casaría al poco tiempo. Ocho años después de la boda, en 1900, fallecía su marido, Max Sorensen, dejándole en herencia la bonita suma de 100 dólares del seguro, además de la suma conseguida por la venta de la granja en dónde residían. Con esa honorable cantidad, Belle adquirió un pequeño hotelito, con tan mala suerte que se incendió al poco tiempo, dejando a la “pobre” viuda con el único consuelo de la póliza de seguros que había tenido la precaución de contratar un poco antes.

Lejos de mostrar resentimiento alguno, con una presencia de ánimo digna de admiración, Belle volvía a invertir todos sus ahorros en una pastelería, un negocio que parecía prosperar hasta que de nuevo, la negra sombra de la fortuna que parecía perseguir a la viuda, provocó que el fuego consumiera el local en una sola noche.

Como la compañía aseguradora empezaba a sospechar que los incendios eran provocados, la viuda cambió de aires y decidió instalarse en el Este. Se fue a Indiana, en dónde se casó por segunda vez con el hombre que le cedería su apellido, Peter Gunness.

Como suele pasar en los matrimonios dónde anda de por medio una “viuda negra”, Peter no pudo disfrutar mucho tiempo de su nueva condición de casado. De forma “accidental” resbaló en un estanque, propinándose un golpe mortal en la cabeza. A la viuda Gunness no le quedó otro remedio que consolarse con el dinero del seguro de su marido.

Después de esta tragedia y sin confiar ya en su capacidad para estafar a las aseguradoras con los incendios, Belle decidió probar otros métodos para conseguir dinero fácilmente, como poner anuncios en la sección de contactos de los periódicos. El matrimonio sí que podía llegar a ser dinero fácil, ya lo había comprobado: “Viuda rica, atractiva, joven, propietaria de una granja, desea entrar en contacto con caballero acomodado de gustos cultivados con el objeto de contraer matrimonio”.

A este anuncio contestaron numerosos pretendientes y, finalmente, entre la gran variedad de cartas que recibió en respuesta, Belle seleccionó los que le parecieron más adecuados y les envió a cada uno una carta idéntica en tono abiertamente comercial describiéndole sus posesiones: “Su respuesta me ha llenado de alegría, pues tengo la seguridad de que es el hombre ideal para mí. Estoy convencida de que sabrá hacer que tanto yo como mis niños seamos felices, y que puedo confiarle cuanto poseo en este mundo. Pero voy a ser sincera con usted y le describiré mi situación actual. No debe haber engaños ni disimulos por cualquiera de las dos partes. En la granja hay setenta y cinco acres de tierra y la cosecha es muy variada. Todo esto ya está casi pagado. Tengo tres hijos pequeños, dos niñas y un niño. Perdí a mi esposo en un accidente hace cinco años y he descubierto que ocuparme de la granja y cuidar de los niños queda más allá de mis fuerzas. Mi idea es encontrar un compañero a quién pueda confiárselo todo. He decidido que cada candidato que ha merecido mi consideración favorable debe hacer un depósito satisfactorio en efectivo o acciones. Creo que es la mejor forma de mantener alejados a los timadores que siempre andan buscando una oportunidad de ganar dinero fácil. Valgo un mínimo de 20.000 dólares, y si usted puede traer consigo la suma de 5.000 dólares para demostrar que se toma el asunto en serio, hablaremos del futuro”.

No se sabe a ciencia cierta cuantos hombres respondieron a las cartas y llamaron a la puerta de Belle, aunque se estiman más de catorce, pero lo que sí es seguro es que ninguno de ellos vivió para contarlo.

Este juego mortal iba de maravilla para la viuda Gunness, hasta que un descuido acabó con todo. A pesar de que trataba de elegir siempre a aquellos candidatos que no tuviesen amigos íntimos o familia, cuando contactó con Andrew Holdgren no se dio cuenta de que éste tenía un hermano y que además era muy curioso.

Habían pasado varios meses desde que Andrew se había marchado hacia

Indiana, y como éste todavía no había dado señales de vida, su hermano decidió escribir una carta a la prometida pidiéndole alguna noticia. En respuesta obtuvo una carta desesperada de la mujer: “Haría cualquier cosa por encontrarle. Salió de mi casa un día de enero y daba la impresión de ser muy feliz, pero no he vuelto a verle desde entonces. Iría hasta el fin del mundo para reunirme con él”.

El 28 de abril de 1908 la mala suerte llamó de nuevo a la puerta de la mujer. Un gran fuego hizo arder la granja hasta los cimientos y lo más misterioso es que ella no vivió para contarlo; ni siquiera el dinero del seguro. Cuando llegó la policía se encontró con cuatro cuerpos calcinados: el mayor fue identificado como perteneciente a Belle, y los tres pequeños, a sus hijos.

Un mes después comparecía ante un jurado por cuatro cargos de asesinato e incendio premeditado Roy Lamphere, uno de los amantes de Belle, y empleado ocasional en las tareas de la granja. Finalmente sólo fue acusado por el incendio, y pasó 21 años en prisión.

Mientras, la policía continuaron con su investigación en la granja. A los pocos días hallaron el cuerpo desmembrado de Andrew Holdgren envuelto en una tela y otros nueve cadáveres más, todos ellos despedazados y envueltos en sus respectivas telas.

Lo cierto es que los crímenes aportaron numerosos quebraderos de cabeza a las autoridades; hasta el punto que nunca pudieron desvelar el enigma. ¿Quién era el verdadero asesino, Belle Gunness o Roy Lamphere? ¿Estaba realmente muerta la viuda o había escapado al incendio?.

Años más tarde, cuando la granja se había convertido en un espectáculo morboso que visitaban miles de curiosos, el amante de Belle, acusado del incendio, sorprendió a todo el mundo con una nueva declaración en la que confesaba los crímenes de la viuda y cómo él mismo le había ayudado a ocultar varios cadáveres. Además, reveló que el cuerpo calcinado que creían que correspondía al de Belle Gunness, en realidad no pertenecía a ella, sino al de una vagabunda que había sido atraída a la granja.

El misterio intrigó durante muchas décadas a la población de Indiana, y cuando Belle era ya un tenue recuerdo, los avances de la medicina y la antropología forense consiguieron certificar que el cadáver pertenecía a Belle. Contrariamente a lo esperado, la confirmación planteó más misterios de los que pretendía

resolver ¿Por qué habría mentido el amante de Belle? ¿Qué otras mentiras habrá contado a la policía? ¿Realmente provocó el acusado el terrible incendio?, ¿Para qué? ¿Lo habría provocado Belle Guinness para suicidarse dentro o fue un accidente en una nueva tentativa de fraude para cobrar otro seguro? ¿A quién pertenecían los otros nueve cadáveres? Fallecidos tanto Belle Guinness como su amante Roy Lamphere la incógnita sigue abierta. Y no lleva muchas trazas de resolverse.



*Belle Guinness.*



*Belle Guinness y sus hijos.*

## **Fritz Haarmann: El carnicero de Hannover**

Fritz Haarmann era un homosexual de 45 años con un historial delictivo importante en el cual se incluían los abusos deshonestos y varias condenas. El

día de su juicio se le acusó de 27 homicidios. La lista víctimas, todas ellas muchachos entre los 12 y 18 años era tan larga que cuando se la leyeron a Haarmann se vio obligado a decir: “Podría ser” o “No estoy seguro de ese”. De echo el calculo de víctimas efectuado por el propio prisionero era mucho más elevado: “Puede que fuesen unas 40. La verdad es que no consigo recordar el número exacto”.

En 1918, con casi cuarenta años y tras haber sido detenido en diversas ocasiones acusado de robo, Fritz se había unido a un grupo de estraperlistas que comerciaban con carne. Había terminado la I Guerra Mundial, Alemania había sido derrotada, el hambre causaba estragos, el dinero era inexistente y escaseaban los alimentos.

Haarmann se empezó a enriquecer en el mercado negro con la venta de carne. Por si esto fuera poco, el carnicero estraperlista se convirtió en confidente de la policía, lo que le permitía obrar con mayor impunidad.

Con dinero en el bolsillo, bien vestido y perfumado, en aquellos tiempos de miseria, el indeseable Fritz se apostaba en la estación de tren de Hannover, de madrugada, donde acudían en masa niños que habían perdido sus raíces y jóvenes que huían de hogares destrozados por la guerra. Allí abordaba a los adolescentes que llegaban, solos, indefensos, procedentes de algún tren de refugiados. Esos seres humanos se convirtieron en la presa natural de Haarmann a quien le bastaba con unas palabras amables y una comida caliente para atraerlos a su guarida y matarlos de un mordisco en la garganta; después separaba la carne de los huesos y vendía la tierna mercancía en el mercado negro para consumo humano.

Así, de esta manera, engatusó a la primera de sus víctimas, Friedel Rothe, de diecisiete años. En Hannover empezaron a desaparecer muchachos. Por extraño que parezca, no se empezó a sospechar de Haarmann hasta 1924, pese a que, siguiendo diversas pistas tras la desaparición de algunas de sus víctimas, la policía incluso llegó a registrar su casa. En una ocasión la policía hizo un examen tan penoso que se les pasó por alto la cabeza envuelta en papel de periódico, del joven Fridel Rothe, que estaba detrás de la cocina.

Mientras, el negocio de la carne de estraperlo iba viento en popa, Fritz se asoció en sus correrías con Hans Grans, que se convirtió en su amante. A partir de ese momento la forma de seleccionar a las víctimas era que no les gustase su camisa

o los pantalones que llevaban puestos. Luego los llevaban a su cuarto y después de violarlos Hans, Fritz los mataba, cuando no los volvían a violar después de muertos.

Finalmente las sospechas de los vecinos que veían entrar cantidad de muchachos de su casa pero que no volvían a salir, llevó a la policía a investigar la casa de Fritz otra vez. En esta ocasión se encontraron con un montón de objetos personales de gente que se consideraba desconocida y algo mucho más acusador: las paredes estaban cubiertas de sangre. Fritz atribuyó la sangre a su oficio de carnicero y la presencia de relojes, pulseras y demás objetos personales, a que era una forma de pago de la gente por la carne y que luego recuperaban los objetos cuando por fin conseguían el dinero. Arman se había librado otra vez, pero no por mucho tiempo.

En mayo de aquel mismo año, unos muchachos jugaban a orillas del río Leine, que recorre la ciudad de Hannover. De súbito, se tropezaron con un cráneo humano. Unos días más tarde, aparecieron dos cráneos más. Un mes después, tuvo lugar un macabro hallazgo: un saco lleno de huesos humanos.

Los rumores recorrieron la ciudad. Rumores tétricos, espeluznantes, terribles. Muchos jóvenes habían desaparecido sin dejar rastro y se decía que en el mercado negro se vendía carne humana. La policía mandó dragar el río Leine y en un solo día se extrajeron más de quinientos huesos humanos que pertenecían a veintidós cuerpos de adolescentes. Casualmente, un policía reparó que los primeros cráneos habían aparecido muy cerca de la casa de un próspero carnicero que ya había sido investigado...

La noche del 22 de junio Haarmann era detenido. El carnicero de Hannover, se le empezó a llamar. El juicio comenzó el 4 de diciembre de 1924, duró catorce días y prestaron declaración más de 130 testigos. Haarmann confesó haber utilizado la carne de sus víctimas para el estraperlo y para consumo propio. A la población de Hannover se le heló la sangre al saber lo que muchos de ellos habían estado comiendo.

Fritz Haarmann fue acusado de la muerte de veinticuatro adolescentes, aunque era muy probable que hubiera asesinado a más de cincuenta. Ni él mismo pudo decir con exactitud cuántos habían sido. A principios de 1925 fue decapitado, y su cómplice, Hans Grans, condenado a cadena perpetua, que se le conmutó por doce años de prisión.



34

## **Albert Fish: la fascinación por el dolor**

El 11 de Noviembre de 1934 la señora Budd recibió una carta cuyo contenido la dejó de una sola pieza:

“Querida señora Budd:

Hace algunas años, mi amigo el capitán John Davis, zarpó de California hacia Hong-Kong, que por aquel entonces estaba sufriendo los problemas del hambre. Las calles se habían vuelto muy peligrosas para los niños menores de 12 años, pues existía la costumbre de matarlos, cortarlos en pedazos y vender su carne como alimento. Antes de partir a New York mi amigo capturó a dos niños (6 y 11 años respectivamente), los mató, guisó su carne y se la comió.

Esa es la razón de que hace unos años yo acudiera a su casa el 3 de Junio de 1928 y, con el pretexto de acompañarla a una fiesta infantil que iba a dar mi hermana, me llevara a su hija Gracie hasta una casa abandonada de Westcher County, Worthington, donde la estrangulé, la corté en pedazos y comí parte de su carne. Murió siendo virgen”.

La señora Budd sufrió un terrible shock al recibir aquella carta que parecía firmada por el asesino de su hija desaparecida hacía seis años, un agradable anciano a quien ellos habían conocido como Frank Howard y que también había desaparecido el mismo día. Una vez recuperada se puso inmediatamente en contacto con la policía, que tras una férrea investigación, lograron determinar la procedencia de la carta. Siguió la pista de Albert Fish hasta una mísera pensión de la calle 52 donde fue arrestado el 13 de Diciembre. Entre las pertenencias que se hallaron en su casa se destacaron los recortes de periódico



donde se narraban los crímenes de Fritz Haarmann, “el Carnicero de Hannover”. En su declaración, Fish afirmó que en 1928 sintió la necesidad de calmar su “sed de sangre y de degollar”. Fish había comprado herramientas que necesitaría para asesinar y mutilar a niños: una navaja, una sierra y un cuchillo de carnicero. Envolvió estas herramientas en periódicos antes de ir a la casa de los Budd. Pero fue Gracie Budd la que le provocó unas ansias locas de degollar.

Con la ingenua Gracie en su poder tomó un tren al Bronx. En la estación en Worthington, Fish estaba tan ensimismado en su plan monstruoso que a punto estuvo de olvidar el mortal paquete, sino fuese porque, irónicamente, Gracie se lo recuerda. Caminan a lo largo de un camino apartado hasta llegar a una construcción desmantelada llamada Wisteria



Cottage en la mitad de una área boscosa.

Mientras Gracie jugaba afuera con flores silvestres, Fish en el segundo piso, en su alcoba, preparaba sus herramientas y se desnudaba, para llamar a Gracie. Cuando Gracie vio al anciano, empezó a gritar llamando a su madre e intentando escapar. Pero Fish la agarró por la garganta y la estranguló hasta matarla; este acto lo satisfacía sexualmente. Luego apoyó su cabeza en suelo para decapitarla y partió su cuerpo en dos con una sierra a la altura del ombligo. Escondió la mayor parte del cuerpo en el lugar del crimen y se llevó consigo cierta cantidad de carne, que cocinó de varias formas (con zanahorias, cebollas y con tiras de beacon), y que consumió durante el curso de las semanas siguientes.

Finalizada su confesión, el detective King tenía una pregunta final: ¿Qué le induce a hacer estas cosas tan horrendas? Fish contestó: “Jamás me di cuenta de que lo fueran”. El detective no quiso tocar el tema del canibalismo que había mencionado Fish, para que la defensa no lo utilizara para alegar demencia.

Mientras era sometido a exámenes psiquiátricos, Fish confesó que se sentía obligado a torturar y matar niños, y que solía actuar siguiendo ordenes divinas de

Dios, cuya voz oía frecuentemente. En cuanto a la canibalización, Fish contó que esos actos le provocaban un estado de éxtasis sexual muy prolongado.

En el juicio se demostró que no hubo ninguna perversión que no practicara, y con frecuencia. Fish admitió haber abusado de al menos 100 niños y haber asesinado otros 15. Sus perversiones no se limitaban a otras personas ya que también gustaba de practicarse dolor a si mismo. Uno de sus sistemas favoritos era clavarse agujas alrededor de los genitales. Una radiografía descubrió un total de 29 agujas en el interior de su cuerpo (algunas con tanto tiempo que habían empezado a oxidarse).

En otras ocasiones había intentado introducirse agujas debajo de las uñas, pero no tardó en renunciar a ello cuando el dolor se hizo insoportable. También confesó las emociones que experimentaba al comerse sus propios excrementos, y el obsceno placer que le producía introducirse trozos de algodón empapado en alcohol dentro del recto y prenderles fuego. Los propios hijos de Fish contaron como habían visto a su padre golpeándose el cuerpo desnudo con tablones claveteados hasta hacer brotar sangre.

Finalmente fue condenado a la silla eléctrica el 16 de Enero de 1936 en lo que fue la experiencia más agradable y afrodisíaca que jamás experimentó Albert Fish (acudió a su ejecución entusiasmado en busca de nuevas experiencias).

## **ALBERT DE SALVO: ¿El estrangulador de Boston?**

En enero de 1967, Albert de Salvo, un padre de familia normal y corriente, empleado en una fábrica de caucho, era acusado de la violación y asesinato de 13 mujeres con edades comprendidas entre los 19 y los 85 años. Presionados por la población que exigía un culpable, la justicia americana lo condenó basándose en un supuesto desequilibrio mental y las declaraciones de un médium, a ser internado perpetuamente en un hospital prisión, pero nunca se probó su plena culpabilidad. Allí comenzó a escribir poesía, pero moriría apuñalado por otro recluso.

Boston, capital del estado de Massachussets, vivió entre el 14 de junio de 1962 y el 4 de enero de 1964, uno de los períodos más terroríficos de su historia, ya de por sí jalonada con suficientes actos violentos. Durante ese intervalo de dos años, se cometieron en la ciudad trece asesinatos por estrangulamiento. Las víctimas, todas mujeres, casi siempre mostraban haber sido violadas reiteradamente. Seis de entre ellas tenían entre 55 y 75 años. Las otras cinco tenían entre 19 y 23. Además, aparecieron otras dos víctimas de 85 y 69 años de edad, aunque nunca se pudo demostrar que fuese el mismo asesino.

La primera de una larga serie de víctimas sería Anna Alesers, de 55 años. Fue hallada por su hijo, estrangulada con el cordón de su bata. Su vagina mostraba evidencias de un ataque sexual con un objeto desconocido. Su apartamento mostraba indicios de haber sido saqueado. O más bien como si el agresor se hubiese esforzado en hacer que la escena pareciese de un robo.

A las dos semanas fue asesinada Nina Nichols, de 68 años. La mujer había sido estrangulada con sus medias y tenía síntomas de haber sido asaltada sexualmente. El lugar del crimen presentaba un aspecto similar al de la primera víctima: cada cajón estaba revuelto y todas las cosas esparcidas por el suelo a modo de robo, pero la policía encontró varios dólares y algunos objetos de valor en el suelo, que el intruso no se había molestado en llevar.

Ese muy mismo día, a unas quince millas, Helen Blake, de 65 años, encontró una muerte similar. Su apartamento también había sido “saqueado”. La policía hizo sonar la alarma advirtiendo a todas las mujeres en el área de Boston que cerraran con llave todas las puertas y fuesen extremadamente cautas con los extraños, mientras se daba comienzo a la investigación.

Los detectives comenzaron a interrogar a todos los hombres con antecedentes en el ámbito sexual: exhibicionistas, violadores, agresores, mirones. Lo que buscaban era una persona con trastornos mentales, posiblemente con un complejo de Edipo o que odiase a su madre, y que por sus agresiones a hembras de edad avanzada tratase de borrar la imagen de esa madre temida.

Mientras la investigación se llevaba a cabo, siguieron apareciendo más cadáveres, todos ellos estrangulados y con salvajes muestras de violación. Pero no todas las víctimas eran mujeres blancas de edad avanzada. Las siguientes víctimas eran estudiantes de 20 y 30 años, entre las cuales también se hallaba una chica de color. En esta ocasión, el asesino dejó restos de semen en una alfombra cerca del cuerpo, y una vecina afirmó haber visto un hombre extraño en el edificio, que describió como de unos 30 años, estatura media, pelo ondulado, chaqueta oscura y pantalón verde oscuro de trabajo.

No mucho después, la policía encontraba un nuevo cadáver con 22 puñaladas, además del estrangulamiento típico, pero no mostraba signos de violación. El cuchillo de la agresión fue hallado en la cocina.

Los meses pasaban y la policía de Boston comenzaba a desesperarse. El asesino

no parecía seguir un patrón muy definido y no dejaba pistas considerables para poder atraparlo. Todas las muertes resultaban similares: el asesino se presentaba en casa de la víctima haciéndose pasar por fontanero o empleado de la compañía telefónica, se ganaba su confianza y, una vez dentro, cometía la agresión. Utilizaba una media o un pañuelo para el estrangulamiento, que dejaba en torno al cuello, anudado con un gran lazo. Entre los dedos de los pies de Mary Sullivan, la última víctima, había colocado una felicitación de Año Nuevo.

Mientras los investigadores se decantaban por la tesis de que se trataba de un solo asesino, los psiquiatras afirmaban que podría tratarse de dos o más asesinos. La policía basaba su teoría sobre el hecho de que todas las muertes se habían producido en circunstancias similares: ningún rastro de violencia en los domicilios y las víctimas habían sido estranguladas con alguna prenda íntima de su pertenencia, sobre todo sus medias de nylon. Pero además existía el temor de que la abundante publicidad dada a los crímenes, con la profusión de detalles difundidos por los medios de comunicación, podría haber inducido a uno o más psicópatas a imitar al estrangulador original.

El fiscal general estaba tan desesperado que incluso acudió a Peter Hurkos, un sensitivo con capacidades de videncia para pedir su colaboración en la búsqueda del escurridizo Estrangulador de Boston.

Para cuando Hurkos se unió a la policía, “el estrangulador” ya se había cobrado 11 de sus 13 víctimas. La policía entregó al “detective psíquico” las medias y pañuelos con doble nudo que “el estrangulador” utilizaba para asesinar a sus víctimas. Además facilitaron a Hurkos más de 300 fotografías de las víctimas y el lugar de los crímenes.

Hay que reconocer que Hurkos consiguió sorprender a los agentes, al facilitar datos concretos sobre algunos de los crímenes, que no se habían filtrado a la prensa ni teóricamente Hurkos podía conocer. De hecho Hurkos tocaba las fotografías por el reverso, y era capaz de describir las escenas que recogían sin verlas. Más aún, llegó a identificar una foto que no tenía relación con el caso, y que la policía había colocado entre las demás para sondear la autenticidad o falsedad de sus poderes.

Así que, tras ganarse la confianza de los investigadores, no les faltó tiempo para proceder a una detención cuando el vidente apuntó a un fetichista, Thomas O'Brian, como el presunto homicida múltiple. No deja de ser interesante, desde

el punto de vista criminológico, que la policía se decida a ejecutar una detención basada en el testimonio de un vidente. Esto es relativamente comprensible si analizamos en detalle el informe de Hurkos sobre O'Brian (en realidad un nombre falso facilitado por la policía para proteger la identidad del detenido). Es cierto que los datos aportados por Hurkos sobre Thomas O'Brian resultaron absolutamente precisos. Lamentablemente no se trataba del asesino. Al menos no para la policía de Boston.

Un día, una mujer dio la alerta a la policía que patrullaba por una de las calles bostonianas. Un hombre acababa de entrar en su casa y al ver que su marido también se encontraba allí, había huido corriendo. La descripción coincidía con el hombre que buscaban, y al poco tiempo Albert de Salvo fue detenido.

De Salvo era un hombre casado, con dos hijos y trabajaba como empleado en una fábrica de caucho. Natural de Chelsea, Massachussets, sus padres, Frank y Charlotte tenían otros cinco niños. Su padre era un hombre violento que regularmente maltrataba a su esposa y a los hijos. Pronto Albert se convirtió en un pequeño delincuente, y fue arrestado en más de una ocasión. Su madre volvió a casarse y prefirió dejar al joven delincuente de lado para no tener problemas en su nueva relación.

Cuando estuvo en edad, Albert se alistó en el ejército, y en Alemania conoció a su esposa, Irmgard Beck, una mujer atractiva de una familia respetable. Cuando tuvieron su primer hijo, la mujer tuvo tantos problemas en el parto que le aterraban las relaciones sexuales, cosa que enojaba a De Salvo, cuyo apetito sexual era anormalmente voraz y solicitaba sexo muchas veces al día.

Confesó que no recordaba haber cometido ningún crimen, que sólo recordaba como iba a trabajar y volvía rápidamente a casa para jugar con sus hijos antes de que fueran a dormir. Además, se sentía muy disgustado por los crímenes que le contaba la policía.

De la compulsión de los registros de maníacos sexuales, así como de las declaraciones tomadas a centenares de sospechosos, quedó como principal sospechoso Albert Hemy De Salvo, de 35 años de edad, ex policía militar, ex campeón de boxeo del Ejército, que había recibido una condena por asalto a mano armada y ofensas sexuales contra cuatro mujeres.

Al escarbar en los archivos, aparecieron más de 300 casos de ataques suyos a

mujeres solas. Los psiquiatras y psicoanalistas que lo examinaron dedujeron inmediatamente que padecía una psicosis sexual extrema, aunque en esos antecedentes no se descubrieron ninguno de los elementos de sadismo que eran la seña de identidad del estrangulador de Boston.

No parecía haber dudas acerca de su culpabilidad, tanto más cuanto que en los interrogatorios De Salvo llegó a proporcionar detalles de algunos de los crímenes que sólo estaban en conocimiento de la Policía. Ningún medio de comunicación los había difundido.

Claro que, en el momento de su detención, medio Bostón estaba movilizado en la captura de quien tenía aterrorizada a la ciudad, por cuya razón no era difícil que esos secretos hubiesen trascendido más allá de lo aconsejable. El caso es que hubo al menos otros cuatro sospechosos que conocían tales detalles y uno de ellos había sido su compañero de celda en el hospital-prisión de Bridgewater.

Se llamaba George Nassar y su perfil psicológico y sus antecedentes también encajaban perfectamente en el marco psíquico y social del estrangulador, elaborado por los investigadores. Otro era Thomas O'Brien, al que había acusado el vidente Peter Hurkos, y en cuyo poder se encontró un manual de yoga donde había marcado con tinta 11 ilustraciones de mujeres en distintas posiciones, similares a las que fueron colocadas las víctimas. Además, se daba la casualidad que cuando se le intervino el manual, el estrangulador llevaba exactamente 11 crímenes.

Aún así, De Salvo continuó siendo el principal sospechoso y, finalmente, fue formalmente acusado y enviado a juicio. Su abogado ensayó una táctica audaz: le hizo confesarse autor de los 13 crímenes, con la esperanza de que el jurado considerase que solamente un desequilibrado podría haber perpetrado esa serie terrible. Pero fracasó y De Salvo fue condenado a reclusión de por vida.

Los crímenes cesaron, pero esto no fue considerado por algunos de los policías como una coincidencia concluyente. No todos los investigadores de Bostón estaban convencidos de la culpabilidad de De Salvo en todos los crímenes y después de cerrado el caso, siguieron investigando.

Hasta lograron que la NASA les facilitase sus gigantescos ordenadores para procesar los datos de más de seis mil individuos fichados como delincuentes sexuales en Massachussets y estados vecinos. Pero no se logró identificar a

ningún otro maniaco asesino.

Un psiquiatra que colaboraba con la policía, James a. Brussels, llegó a hablar de personalidad múltiple, para luego determinar que era muy extraño que De Salvo, si tenía personalidad múltiple no las mostrase en el curso de los exámenes psiquiátricos. Concluyó que en su caso, la causa de perturbación que le llevaba a olvidar lo que había hecho anteriormente era sin duda debido a una esquizofrenia. No un desdoblamiento, pero sí una ruptura de la personalidad. De Salvo fue considerado demente, pero fue condenado a cadena perpetua en 1966 en la cárcel de máxima seguridad de Walpole, Massachusetts.

Durante su permanencia en esa institución se dedicó a la poesía, pero su carrera fue trágicamente interrumpida el 25 de noviembre de 1973, a la edad de 42 años, cuando murió apuñalado por un compañero de celda.

En realidad, nadie acusó nunca a De Salvo de ser el Estrangulador de Boston, salvo él mismo. Un año después de su detención, cuando permanecía en el Hospital Estatal de Boston, se le diagnosticó esquizofrenia, a la espera de varios juicios por violación, anunció a su abogado que él era el autor de todas las muertes. El propio abogado, Lee Bailey, creyó que la confesión era falsa y que De Salvo sólo pretendía reforzar la impresión de que estaba loco y escribir una autobiografía del Estrangulador de Boston con la que ganar dinero para su familia. Ninguna prueba le ligaba a los crímenes y no se le juzgó por ellos.

Tras su asesinato en la cárcel, el caso quedó cerrado. Hasta que Casey Sherman, sobrino de Mary Sullivan, la última víctima, leyó en 1995 el libro “Los estranguladores de Boston”, de Susan Kelly. El libro sostenía que no hubo un solo asesino, sino varios que se imitaron recíprocamente.

Sherman preguntó a su madre, y ella le confesó su convicción de que De Salvo no era el hombre que había asesinado a su hermana. Sherman pidió entonces las grabaciones de la confesión de De Salvo y descubrió que su descripción de los asesinatos no se ajustaba a lo establecido por las autopsias. Sherman, aliado con Richard De Salvo, el hermano de Albert, pidió que se reabriera el caso.

El febrero del año 2000, el fiscal general de Massachusetts, Thomas Reilly, anunció que se había hallado material genético (no especificó cual) relacionado con el asesinato de Mary Sullivan y que se intentaría realizar la prueba del ADN.

El cadáver de la víctima fue exhumado, se recogieron muestras y la familia De

Salvo aportó restos del presunto asesino. Aún no es seguro que la prueba genética pueda arrojar resultados concluyentes, dada la antigüedad de las muestras.

Casey Sherman había repasado la lista de personas que investigaba la policía de Boston antes de la confesión de De Salvo. En el caso de su tía, el principal sospechoso era el novio de una de las compañeras de piso de Mary Sullivan, que fue visto por un testigo en las cercanías de la vivienda hacia la hora en que debió cometerse el asesinato. El sospechoso fue sometido en 1964 al detector de mentiras y, según el poco fiable sistema poligráfico, su coartada era falsa. Como todas las muertes acabaron cargándose en el expediente de De Salvo, la policía dejó de investigar a ese sospechoso.

Sherman le localizó en su actual residencia, en Nueva Inglaterra, y le propuso que se sometiera a la prueba del ADN para despejar dudas. El sospechoso se negó.

## **CHARLES MANSON: el Anticristo**

Por muchos es considerado como el Anticristo y el mayor manipulador entre todos los criminales de Estados Unidos; pero para otras personas es un individuo de aplastante carisma y lo han elevado a nivel de leyenda viviente. En el fondo, no es más que el producto de una infancia torturada que brotó en un momento de la sociedad norteamericana de finales de los años sesenta y principios de los setenta muy propicio para todo tipo de enajenación.

Era hijo de Kathleen Maddox, quien lo tuvo con apenas 17 años, Charles Milles Manson nació en Ohio (Estados Unidos) el 12 de noviembre de 1934. Aunque se desconoce quién era su verdadero padre el hombre que compartió la vida con Kathleen, el General Scott, fue su progenitor, y el hecho de que la propia chica presentara una demanda de paternidad parece reafirmar la historia. Pero Manson ya definía a su madre como prostituta, de modo que ni él estaba seguro.

La joven madre terminó cumpliendo una condena por robo y agresión durante cinco años, y cuando Charles tenía 8 años volvieron a vivir juntos. Para mal de males, el tiempo en que le había faltado su madre, Manson vivió con su tía, una mujer que vivía la religión desde el más puro fanatismo.

Siguiendo los pasos de su madre, convertida en una completa alcohólica, el



joven Manson robó en una tienda de comida y se pagó su huida del hogar materno. Para ir tirando y no morir de hambre se dedicó a robar y a los 14 años la policía le detuvo por primera vez.

Charles Manson pasó tantos años entrando y saliendo de las cárceles que no era de extrañar que hubiera hecho de todo: se fugó varias veces, robó y agredió, e incluso violó a un compañero.

A los 19 años se casó con una enfermera de 17, llamada Jean Willis. Inexperto con las mujeres, Manson sólo había mantenido relaciones homosexuales, sin embargo Jean le dio un hijo y más tarde se divorciaron. Su siguiente matrimonio fue con una prostituta llamada Candy Stevens, conocida como la “Leona”, pero no se casó por amor, sino para evitar que la mujer declarara contra él en un juicio. Candy le dio su segundo hijo.

Volvió a ingresar en la cárcel y comenzó a interesarse por temas místicos, budismo, esoterismo, etc. Fue entonces cuando se declaró adepto a la Iglesia de la Cienciología y escribió su propia versión del Apocalipsis, un libro titulado “Helter skelter”. El título del libro se debió a una mala interpretación de Manson de la famosa canción de los Beatles “Helter Skelter”, nombre sacado de un tobogán en espiral que se puede encontrar en las ferias británicas.

Al salir de la cárcel en 1967, se trasladó a San Francisco. Era el verano del amor, miles de jóvenes experimentaban con las drogas y creían en el poder de las flores, el Amor y Paz. Las calles estaban llenas de adolescentes e inadaptados que buscaban respuestas en el LSD. Detrás de ellos había una red subterránea de embaucadores que se autodenominaban gurus y que no eran otra cosa que fanáticos religiosos, tratantes de blancas, pandilleros y demás fauna nociva, todos ellos tratando de sacar el mejor provecho personal a la denominada Era de Acuario.

Charles Manson desarrolló un carisma muy especial, que atrajo a jóvenes incomprensidos de ambos sexos, representantes de todos los estratos sociales donde creó la que fue conocida bautizada por la policía como “La familia”. Con esta pseudo-organización se creó fama de líder y hubo muchos jóvenes que obedecían sus órdenes sin hacer preguntas.

El 13 de Octubre de 1968 dos mujeres aparecieron golpeadas y estranguladas cerca de California: Nancy Warren que era esposa de un oficial de policía y

estaba embarazada y la abuela de la misma que tenía 64 años; los homicidios tenían características rituales y varios miembros de la Familia Manson estaban en ese condado.

Dos meses y pico después, Marina Hate, de 17 años de edad, que había sido secuestrada afuera de su casa en West Hollywood el 13 de septiembre de 1968, aparecía por fin. Su cuerpo fue encontrado el 1 de enero con múltiples puñaladas en el cuello y tórax. Las investigaciones demostraron que Marina sostenía relaciones con miembros de la Familia de Charles Manson.

En mayo de 1969 el señor Darwin Scott, de 64 años y supuesto tío de Charles Manson, fue golpeado hasta la muerte en su departamento de Kentuchy, y clavado al piso con un gran cuchillo. No se le ha podido imputar nada con respecto a ese crimen a Charles Manson, pero en las mismas fecha su supervisor de libertad condicional no supo nada de él.

Julio 17 de 1969. Marck Watts, un adolescente de 17 años desaparece al ir a pescar. Su cuerpo apareció cerca del cañón de Topanga, con signos de haber sido golpeado y con tres disparos; al parecer también fue arrollado por un coche. Watts solía relacionarse con los seguidores de Manson en el rancho "Spawn", llamado así por su propietario George Spawn, un rancho abandonado y utilizado como escenario de películas western que les servía de escondite.

El 8 de agosto de 1969 Manson llevaría a cabo la operación delictiva que le hizo famoso en el mundo entero: ordenó la ejecución de todas las personas que se encontrasen en el 10.050 de Cielo Drive (Los Angeles), la casa del director de cine Roman Polanski donde vivía con su mujer, la actriz, embarazada de ocho meses, Sharon Tate.

Cuatro seguidores de Manson (Susan Atkins, Charles Tex Watson, Linda Kasabian y Patricia Krenwinkel) se dirigieron al hogar de Polanski y asesinaron a su esposa embarazada y a todos los invitados que pasaban allí el día.

El 9 de agosto de 1969, la criada de los Polanski, Winny Chapman, descubría los cuerpos asesinados brutalmente de Sharon Tate, el matrimonio Jay y Gibby Folger, y Wojtek Frykowski. Polanski llevaba un tiempo recibiendo anónimos en la Paramount durante el rodaje de "La semilla del diablo" con frases como "Vas a pagarlo muy caro". Los anónimos los escribieron diversas sectas satánicas que actuaban en aquellos tiempos en California, pero quienes llevaron a cabo el

brutal asesinato fueron “La familia” de Charles Manson.

Los comentarios que desencadenó un crimen tan atroz fueron de todo tipo, hasta llegar a insinuar que había sido el propio Diablo quien había ordenado a Manson el crimen, para vengarse de Polanski por su éxito cinematográfico “La semilla del diablo” (Rosemary’s baby), donde se suponía que había desvelado que el culto a Satán existía realmente en nuestro planeta.

También fueron sospechosos de la masacre Robert Beausoleil, Bruce Davis y Steven Grogan, otros componentes de “La familia”. Más tarde se sabría que Manson había estado en la casa de Polanski anteriormente al menos dos veces.

Hay otras muertes relacionadas con la familia Manson pero hasta la fecha la fiscalía no ha podido comprobar la autoría intelectual y material de esos homicidios.

Sin embargo, la maldición de Charles Manson no se había terminado con su encierro en prisión. Con su líder puesto fuera de circulación, la Familia quedó a cargo de Lynette Fromme, quien mantuvo correspondencia con Manson y siguió propagando su visión apocalíptica, acumulando más adeptos, gracias a sus alianzas con grupos racistas y cultos oscuros. En 1975, Lynette Fromme junto a Sandra Good intentaron asesinar al presidente Gerald Ford, pero el seguro de su pistola se atoró, siendo capturadas y sentenciadas a cadena perpetua.

Hoy en día el rastro de las actividades de la Familia Manson está relacionado con el narcotráfico, la pornografía infantil, los abusos sexuales, y hay hasta rumores de sacrificios humanos. Se sabe de la existencia de 2 CD con música y palabras de Charles Manson, uno de ellos contiene temas del “Demo-Tape” que fue rechazado por varias compañías discográficas, y también temas grabados en prisión. Otro Compacto contiene temas grabados por Manson en la Prisión de San Quintín, en el año de 1984, detrás de su voz y su guitarra se pueden escuchar los sonidos habituales de prisión, barrotes golpeados, agua corriendo e insultos. En ellos aparece “Look at your game girl”, canción que incluyó el grupo Guns n’ Roses en uno de sus últimos trabajos. Se rumorea de la aparición de otro compacto bajo el sello “White Devil Records” del cual solo se imprimieron 10.000 copias, pero parece ser una versión aumentada del segundo. También está preparándose otro compacto con el nombre “MANSON’S SPEECHS” (Manson Habla).

A finales de los 80, un miembro de la secta Hare Krishna de 36 años llamado Jan Holmstron, residente de la misma cárcel donde Manson pasaba sus días, trató de quemarlo vivo lanzándole un bote de pintura y encendiéndolo. Sólo consiguió producirle heridas leves.

A la mayoría de los componentes de “La familia” se les supone otros asesinatos, todos ellos fueron encarcelados y posteriormente escribieron sus autobiografías. Algunos se convirtieron al catolicismo, tal vez por temor a un infierno que ellos conocían demasiado bien.



MANSON, Charles Milles  
CII 966 856



Charles Manson.

Miembros de la familia de

## Carrero Blanco: El hombre que nadie quería

Estocada fatal al franquismo

A primera hora del día 20 de Diciembre de 1973, el almirante Luis Carrero Blanco, que llevaba medio año desempeñando el puesto de presidente del gobierno en el régimen franquista, regresaba a su casa después de oír misa en la iglesia de San Francisco de Borja, en la calle Serrano de Madrid. Le acompañaban en el vehículo, —un Dodge 3700 sin ningún tipo de blindaje—, su chófer José Luis Pérez Mojena y el policía escolta Juan Blanco Fernández.

Tal vez un exceso de confianza y la confirmación recibida de los encargados de su seguridad, (al frente de quienes estaba, nada más y nada menos, que su Ministro de Gobernación, don Carlos Arias Navarro) de que “todo estaba controlado”, provocaron que el almirante comenzase sus actividades diarias sin apenas preocuparse de cambiar su horario y recorrido. Pero desde hacía doce

meses ese itinerario se lo conocían al milímetro los casi 20 miembros de ETA que participaron directa o indirectamente en el atentado.

Meses antes, uno de ellos, Javier Maria Larreategi, alias «Atxulo», provisto de un DNI falsificado, había adquirido un semisótano en el número 104 de la calle Claudio Coello. Se había identificado como escultor, la excusa perfecta para que nadie sospechase de los ruidos causados por la construcción de un túnel que llegaría, bajo tierra, hasta la mitad de la calzada. Allí introducirían los 100 kilogramos de Goma-2 destinados a terminar con la vida del, considerado por todos, sucesor de Franco.

Después de girar la manzana por Juan Bravo, el coche avanzó lentamente por la calle no demasiado ancha de Claudio Coello. A la altura del número 104, rebasada la esquina con Maldonado, justo detrás de la iglesia, un turismo aparcado intencionalmente en doble fila por los terroristas, obliga al coche del almirante a avanzar por el medio de la calle, justo enfrente de donde días antes, José Miguel Beñaran, alias “Argala”, había pintado una raya roja de un metro de altura para utilizarla de referencia.

Fue entonces cuando los terroristas accionaron el dispositivo que hizo explotar la carga de dinamita. La forma en que estaba excavado el túnel y la profundidad a la que estaba colocada la carga, provocaron, (según la versión oficial), que la onda expansiva subiera totalmente en vertical, abriendo un enorme socavón en la calle y ocasionando varios desperfectos en los edificios cercanos. Esta circunstancia, junto con la temprana hora del atentado, con poca gente por la calle, evitó que se hubiese convertido en una auténtica carnicería. El coche de Carrero Blanco, con más de una tonelada de peso, fue impulsado verticalmente hasta más de 20 metros de altura, chocando con la cornisa del colegio “Mater Amabilis” de los jesuitas, dando una vuelta de campana sobre el tejado y cayendo después al patio interior del edificio.

En los primeros momentos, después del atentado, los avisos dados a las patrullas de policía más cercanas, hablaban de una posible explosión de gas. Pero nadie se preocupaba realmente por el paradero del almirante. Otro coche de policía que seguía como escolta discreta al del presidente, se limitaba a informar que tras la explosión, se habían visto obligados a parar y que el coche del presidente no aparecía por ningún lado, por donde suponían que había seguido su marcha. Poco tiempo después se llevarían una trágica sorpresa.

La explosión había levantado al coche justo a su paso, impactando sobre todo en la parte trasera. Cuando uno de los sacerdotes del colegio, sin salir de su asombro, se acercó corriendo para ayudar a los heridos el intermitente del coche todavía señalaba su giro a la izquierda. El policía estaba muerto y el almirante sólo aguantó unos minutos. El chófer, fallecería horas después en el hospital.

Durante una buena temporada, y sin la más mínima delicadeza, Chrysler España aprovechó el incidente para resaltar que el coche permaneció entero, a pesar de la tremenda explosión y el impacto posterior contra el suelo del patio. Querían aprovecharse de la publicidad gratuita del magnicidio, mostrando el ejemplo de uno de sus coches, que sin blindaje de ningún tipo había aguantado sin romperse. Sólo les faltó utilizar el slogan: “¡A prueba de bombas!”. Y así era, porque lo cierto es que los daños más visibles del coche eran el aplastamiento del morro; un impacto profundo en la aleta izquierda; desaparición de la parte delantera del techo; rotura de todos los cristales, excepto el posterior que sólo tenía un agujero; las ruedas reventadas; los asientos del interior destrozados por completo; y el maletero plegado en forma de “uve” y doblado hacia arriba.

El almirante tenía 70 años y con su muerte se iban al traste las esperanzas de que el régimen perviviera después de la muerte del Generalísimo.

### El síndrome de Pilatos

Conocida la noticia, los estudios de Prado del Rey vivían un auténtico trasiego de coches oficiales, llamadas telefónicas y nervios en los pasillos. Durante toda la mañana Televisión Española mantuvo la habitual carta de ajuste como si nada hubiera ocurrido. En el Telediario de las 15:00 horas se emitió un reportaje filmado en el lugar del atentado, pero se mantuvo la versión ambigua sobre una posible explosión de gas. Hasta la noche, Televisión Española (la única que emitía en España)) no hablaría abiertamente de atentado y sería entonces cuando el vicepresidente del Gobierno, Torcuato Fernández Miranda, aparecería condenando la acción terrorista.

El pánico se extendió de golpe por los círculos oficiales. Gracias a su atentado, minuciosamente preparado, ETA parecía haber roto definitivamente los planes del régimen de prolongarse en el futuro, para lo que el Caudillo contaba con un hombre, ultracatólico y seguidor acérrimo de las doctrinas del Movimiento, encargado de tutelar con mano férrea al príncipe heredero y futuro rey español, don Juan Carlos.

Tal como afirmaron los autores del atentado en sus declaraciones a Eva Forest, autora del libro “Operación Ogro” (un best seller ilegal, con informes de primera mano sobre el atentado, cuyas fotocopias mientras estuvo prohibido circulaban de mano en mano como el más preciado documento), el asesinato de Carrero Blanco estaba dirigido a intensificar las veladas divisiones entre las fuerzas del régimen. En el comunicado de ETA, donde la organización reivindicaba la muerte del almirante, la banda dejaba bien claro las intenciones de su sangrienta acción: *“Luis Carrero Blanco, hombre duro y violento en sus actitudes represivas, era la clave que garantizaba la estabilidad y continuidad del sistema franquista. Es seguro que sin él las tensiones en el Gobierno entre la Falange y el Opus Dei se intensificarán.”* Si Carrero tenía esa capacidad o no de atajar los enfrentamientos entre los nostálgicos proclives a una política reaccionaria y los partidarios de una España con una economía más abierta y moderna, es algo que nunca sabremos. Lo que sí es bien cierto es que no habría que esperar mucho a que esos enfrentamientos se materializaran.

Tras el atentado la calma fue sólo aparente. Tiempo después se supo que el director de la Guardia Civil, general Iniesta Cano, indignado por el atentado, ordenó a los comandantes locales que tomaran las capitales de provincias y que disparasen contra los “rojos” a la menor señal de manifestaciones. Sólo la intercesión del jefe del Estado Mayor, general Manuel Díez Alegría, un hombre menos fanático, y del ministro de gobernación, Carlos Arias Navarro, evitó que en aquellos momentos hubiéramos asistido a una auténtica escabechina amparada en la venganza.

Sería interesante medir la perplejidad de muchos afectos al régimen ante el comportamiento de los más altos cargos del gobierno, de los que todos esperaban una reacción rápida y tajante en los minutos que sucedieron al atentado. ¿Por qué nadie estableció controles en el aeropuerto de Barajas o en las carreteras de salida de Madrid durante las cinco horas siguientes a la explosión? En bares, cuarteles y comisarías, el comentario era unánime: ¿Cómo era posible que una obra de la envergadura necesaria para disponer los explosivos bajo Claudio Coello no hubiese despertado las suspicacias de ningún servicio de seguridad y más cuando toda la zona estaba plagada de edificios oficiales? Pero junto a este comentario, otro rumor recorría todas las reuniones: ¿Con todos sus aparatos de medición, con la tecnología más avanzada del mundo, con más espías que nadie, cómo era posible que desde la Embajada de Estados Unidos no hubiesen detectado nada?. Y más sabiendo que el día anterior habían recibido en sus instalaciones la visita de uno de los hombres más principales de su país: el asesor

personal del presidente Nixon, Henry Kissinger.

Poco después, otra noticia vino a acumular aún más desconcierto. Nadie entendía cómo Franco podía nombrar como sucesor de Carrero en la presidencia al hombre responsable de aquel fracaso de seguridad, Arias Navarro. Muchos evocaban los tiempos del imperio romano, donde se utilizaba cualquier medio para sacarse de encima a los competidores. Pero lo que más desconcertó a todo el mundo fue aquella frase que Franco pronunció en su mensaje de Fin de Año: *“No hay mal que por bien no venga”*. ¿A qué se refería exactamente? Algunos opinan que el atentado de ETA fue considerado por el dictador como la mejor excusa para endurecer su política contra la oposición (ya de por sí bastante severa, como se pudo comprobar con las acusaciones de un juicio, con gran repercusión internacional, que había comenzado quince minutos antes del atentado a Carrero Blanco: el Proceso 1001 contra diez miembros del sindicato CC.OO., por asociación ilícita) y, de paso, sacarse de encima a los sectores del Opus Dei que hablaban de la necesidad de una cierta apertura.

Probablemente, el nombramiento de Arias se debió en parte a su amistad personal con Franco y con su mujer y, sobre todo, al hecho de que el periódico “La Vanguardia” lo hubiese calificado como el hombre más duro del anterior gobierno. No olvidemos su amplia experiencia en los juicios sumarísimos que se llevaron a cabo en los primeros años de la posguerra, por los que se le conocía como “el Carnicero de Málaga”. Sus logros en el ministerio de Gobernación, golpeando con dureza a ETA y el PCE, le habían granjeado aún más si cabía esa fama de hombre duro que Franco creía necesitar en aquellos momentos de desmoronamiento. Su error garrafal, si es que existió como tal fallo, de no evitar el atentado contra Carrero, pareció quedar en segundo plano tras la rapidez con que forzó al general Iniesta Cano a renunciar al envío de un telegrama a los mandos de la Guardia Civil en provincias y a la forma en que obligó a Blas Piñar a mantener a sus hombres fuera de las calles.

Su nombramiento no dejaba dudas sobre las intenciones del último dictador de Europa en ejercicio: quería dejar todo atado y bien atado. A pesar de que, a la manera de Alejandro el Magno, ETA o los que fuesen le habían dado un duro tajo al nudo, Franco estaba dispuesto a atarlo cuantas veces hubiera que hacerlo.

¿Por qué molestaba tanto Carrero Blanco?

Nacido en Santoña (Santander) en 1904, Luis Carrero Blanco se convertiría en



uno de los protagonistas indiscutibles de la dictadura de Franco, pese a no participar en la conspiración previa al conflicto. Criado en el seno de una familia de militares, vivió en un ambiente de integrismo religioso que marcaría profundamente su personalidad.

Poco después de la guerra, Franco comenzó a cansarse de la parafernalia del partido único fascista, representada como nadie por el “cuñadísimo”, Ramón Serrano Súñer, ideólogo principal del “Movimiento nacional”. En realidad, le atraía bastante más una dictadura burocrática, profundamente inmersa en principios del nacional-catolicismo y lejos de las quimeras que albergaban las peroratas revolucionarias de su germanófilo pariente. En 1942, con la adopción de la neutralidad, Franco se lo quitó de encima.

Fue ahí donde entró Carrero, como consejero, pero fundamentalmente, en los muchos años en que se mantuvo esta relación, como una especie de gemelo de Franco, más que secretario pero menos que amigo. Sería exagerado atribuirle la cualidad de un *alter ego*, pero en muchos períodos no puede distinguirse con facilidad si quien gobierna es uno u otro.

Se formaba así una extraña pareja, compuesta por Franco, un político hábil y prosaico, fiero cuando la ocasión lo requiriera, y Carrero, un hombre planificador y más aferrado a los ideales, que procuraba dotar a sus decisiones de una perspectiva de futuro.

Cuando, por fin, Franco otorgó a Carrero su mayor puesto de responsabilidad y, por tanto, su mayor cota de poder; el almirante empezó a comprobar que dentro del propio régimen no todos compartían tan fervorosamente su intolerancia. Daba la sensación de que tanto Franco como Carrero habían perdido la perspectiva, viviendo ajenos a un mundo que pugnaba en manifestarse bajo sus pies. La España de la posguerra, era un viejo recuerdo que sólo pervivía en el Pardo, mientras por las calles afloraban aquellos “maricas y melenudos” que tanta repulsión le causaban al almirante.

Inmerso en un ambiente de presiones políticas interiores y exteriores; rodeado por camarillas de conspiradores que proliferaban en todas partes, al decir de Carmen Polo, la enajenada esposa del dictador, que veía traidores hasta en el Consejo de ministros; el almirante Carrero seguía sacando tiempo para sus obligaciones religiosas, como fiel seguidor de las reglas del Opus. ¿Qué pasaba por la cabeza de este hombre en sus solitarios momentos de reflexión? Su

famosa fórmula, tantas veces repetida: “*¡Orden, unidad y aguantar!*”, parecía que ya no daba los resultados de antes. Mientras, él permanecía impertérrito. Y su mujer, Carmen Pichot, se dedicaba a prohibirle todo: libros, películas, espectáculos de teatro, y todo con la aprobación del presidente.

¿Tenía de verdad tantos enemigos Carrero como parece? ¿Estaban tan interesados en sacárselo de encima como para mirar para otro lado? ETA no había hecho antes atentados fuera del País Vasco y poca gente se explica tantas facilidades. ¿Cuál era ese comando que estaba perfectamente controlado, según palabras del coronel Quintero, asiduo colaborador de la CIA? ¿Si no era el mismo comando que asesinó al almirante, pues estaba bajo control, qué pasó con ellos, se los tragó la tierra? Nadie volvió a referirse a él, tras el atentado.

Muchas fueron las especulaciones a las que dio lugar el asesinato del almirante; como muchos fueron los extraños movimientos en un régimen acostumbrado a hacer las cosas a paso lento. No es de extrañar que todo el mundo se sorprendiese ante el cambio tan rápido de algunos miembros que componían el gobierno, para meter a más de un aperturista. ¿A qué venían esas prisas por sacar de sus puestos a un grupo de hombres que hasta el día anterior eran válidos?

¿Era en realidad tan molesto Carrero Blanco? Muchos dicen que como principal tutelador del príncipe, llegado el momento, se hubiese quitado de en medio; pero, en realidad, hay que reconocer que su muerte le dejó mucha más libertad al futuro regente. Uno de los primeros movimientos de Juan Carlos I fue, como jefe de Estado en funciones, firmar una declaración de principios como paso previo a la renovación del Acuerdo de Amistad y Cooperación con los EE.UU de 1970. Aquella firma se plegaba a las exigencias de Kissinger, que en su visita de Diciembre del 1973 había intentado convencer a Carrero de ceder en sus exigencias de elevar el acuerdo a la categoría de tratado, lo cual hubiese requerido su aprobación por el Senado norteamericano.

Precisamente, Henry Kissinger, ese negociador americano que no sentía mucha simpatía ante aquel militar antisemita, a su salida de las negociaciones el día anterior al atentado, lo definió con las siguientes palabras, “*Carrero era más franquista que Franco*“. Las oportunas balas de ETA, que llevaban otra intención completamente diferente, (reivindicar a sus presos y potenciarse a sí misma con un atentado de gran relevancia), quitaron de en medio a un posible escollo en la conducción de España al lugar que la estrategia de EE UU había designado.

¿Quién estaba detrás de todo ello? Los componentes del comando que todavía viven, son reacios a hablar del tema. Ni siquiera José Antonio Bengoetxea, alias “Josu Ternera”, que permanece ligado a las actividades de ETA como parlamentario de Batasuna o Jesús María Zabarte, preso por pertenecer a ETA militar, han querido realizar ningún comentario sobre él mismo. Pero ninguno puede negar que fue un atentado demasiado fácil, tan fácil que nadie se cree que lo hiciesen sin ayuda.



## **DAVID BERKOWITZ: el Hijo de Sam**

Abandonado por su verdadera madre, Betty Broder, David Berkowitz nació en junio de 1953 y fue adoptado, por el matrimonio Nat y Pearl Berkowitz, quienes le dieron su apellido. Era un niño tímido y con baja autoestima y trataba de proyectar una apariencia autosuficiente, mintiendo y causando problemas. Su madre adoptiva murió en 1967, cuando él tenía 14 años, y fue lo peor que le pudo pasar. Al no tener suerte con las mujeres, fue alimentando su odio contra ellas; además, el recuerdo de su verdadera madre y lo que hizo con él confirmaba este odio.

El 29 de julio de 1976, en el barrio del Bronx, en New York., Donna Lauria de 18 años y su amiga Jody Valenti de 19, conversaban en el coche de Jody, en frente de casa de Donna. Era cerca de la una de la noche cuando un hombre se acercó les acercó y sin pronunciar palabra, disparo cinco veces, matando a las dos Muchachas.

El 23 de octubre, Carl Denaro de 20 años, estaba en una fiesta con su amiga Rosemary Keenan. A las dos y media él se ofreció para llevarla a su casa, ya que era muy tarde. Se estacionaron frente a la casa de Rosemary y comenzaron a conversar; de repente, un hombre se acercó al coche y disparo cinco veces, pero solamente hirió a Carl en la cabeza; Rosemary consiguió arrancar a toda velocidad y buscar ayuda. Aunque Carl no murió quedó dañado para el resto de su vida.

Un poco más de un mes de que ocurriera el último ataque; el 26 de noviembre, Donna de Massi de 16 años, y su amiga Joanne Lomino de 18, regresaban del cine por la noche. Caminaban a casa de Joanne, cuando se dieron cuenta de que un hombre las seguía, así que apuraron el paso. El hombre les preguntó “Sabes en donde está...”, pero antes de terminar la pregunta la emprendió a tiros con ellas. Las dos chicas resultaron heridas. Donna estaría bien, pero Joanne quedó parapléjica.

Las cosas permanecieron tranquilas durante dos meses, hasta que el 30 de enero de 1977, cuando Christine Freuna y su prometido John Diel, regresaban de una galería en Queens a media noche. No se dieron cuenta que un hombre los estaba observando y se acercaba al coche, el hombre disparó dos veces, y los dos disparos dieron en la cabeza de Christine; su novio salió corriendo buscando ayuda, pero los vecinos ya habían llamado a la policía.

La investigación del detective Joe Coffey, descubrió que este asesinato coincidía con los de Donna Lauria y de Donna Lamassi y Joanne Lomino. Ahora se daban cuenta que tenían frente a ellos a un psicópata con un revolver calibre 44; un arma poco usual. Otro problema era que no se podía encontrar relación entre las víctimas.

El 8 de marzo de 1977, una joven llamada Virginia Voskerichian, regresaba de clases por la noche, cuando un hombre se la acercó y sacó una revolver calibre 44 y le apuntó a la cara. Virginia se cubrió con sus libros, pero una sola bala bastó para matarla. Un hombre presenció todo, pero cuando el asesino pasó frente a él sólo le dijo “buenas noches”.

Como los investigadores temían, el nuevo ataque no se haría esperar. El 17 de abril, Valentina Surani y su novio Alexander Esau, se besaban dentro de un automóvil. Eran alrededor de la tres de la noche y un hombre se les acercó y les disparó dos veces a cada uno. Los dos murieron. Las evidencias decían que se trataba del mismo asesino, pero esta vez, el asesino había dejado una carta en la que se autodenominaba “El Hijo de Sam” (Son of Sam). La carta estaba dirigida al capitán Joseph Borrelli, que era uno de los principales integrantes de la operación Omega, montada para la captura del asesino del revolver calibre 44. En ella afirmaba que mataba por orden de su padre y “Soy un monstruo, soy el hijo de Sam, ...adoro la caza”.

La carta no fue de mucha ayuda, porque no tenía huellas digitales reconocibles,

y el sobre había sido manejado por tantas personas, que era inútil tratar de identificar las huellas.

Dos días después del último asesinato; un trabajador retirado llamado Sam Carr, que vivía en Yonkers, NY. con su familia, recibió una carta anónima acerca de su perro labrador negro llamado Harvey. En ella se le amenazaba con matar a su perro porque según el remitente los aullidos del animal estaba destrozándole la vida de su familia.

El señor Carr llamó a la policía, pero no hicieron mucho caso. Diez días después, escuchó un disparo y encontró a su perro herido en el patio. Esta vez la policía intervino, y comenzaron a analizar las cartas para la investigación.

La ciudad estaba paralizada por el miedo que infundía “Son of Sam”. Toda la policía de NY, estaba al acecho, y no sólo ellos, sino toda la ciudad. El Dr. Martin Lubin, psiquiatra, elaboró el perfil del asesino; así la policía sabía que buscaba a un paranoico, que quizá se consideraba poseído por fuerzas diabólicas y lo más probable era que también tuviera problemas para relacionarse, especialmente con las mujeres.

El 29 de julio de 1976, fue la fecha del primer asesinato, así que la policía temía que el 29 de julio de 1977 se volviera a repetir la historia. A pesar del temor de la policía y de la población entera, ese día pasó sin contratiempo, pero el 31 de julio de 1977, una joven llamada Stacy Moskowitz y su novio Bobby Violante, regresaban de ver una película, y se detuvieron en el coche cerca de un parque. Bobby convenció a Stacy de que se bajaran a caminar, pero ella no parecía muy convencida, así que regresaron al automóvil. En ese momento un hombre se les acercó y les disparó; Bobby recibió dos disparos en la cara y Stacy uno en la cabeza. Horas después, Stacy murió, Bobby perdió el ojo izquierdo y sólo lograron salvarle el 20% de visibilidad en el derecho. Ese fue el último ataque de “Son of Sam”.

El 3 de agosto de 1977, dos policías comenzaron a interesarse por las cartas que recibió Sam Carr. Encontraron que las había enviado David Berkowitz, que vivía en unos apartamentos a espaldas de casa de Carr. Fueron con el dueño del apartamento, y les dijo que él no sabía nada de David, sólo que siempre pagaba a tiempo la renta. También averiguaron que había trabajado como oficial de seguridad, pero renunció en julio de 1976 (mes en el que sucedió el primer ataque), diciendo que iba a trabajar como conductor de taxi, pero al revisar todas

las empresas de taxis, no lo tenían registrado en ninguna. Además, un Ford Galaxy que pertenecía a Berkowitz tenía varias multas en los días de los asesinatos, por los lugares en los que estos habían ocurrido.

El 10 de agosto de 1977, tenían pruebas suficientes para detener a David Berkowitz. A las 7:30 de la tarde un hombre salió del edificio donde vivía Berkowitz, con una bolsa de papel en la mano. Se aproximó al Ford y fue el momento de la detención. Le ordenaron detenerse. El oficial preguntó: “Ahora que te tengo; dime, ¿a quién tengo?”. “ya lo sabes sabes”, dijo el hombre sonriendo, “Soy Sam, David Berkowitz”.

Berkowitz declaró haber cometido todos los crímenes de los que se le inculpaba. Al principio alegó demencia, diciendo que el perro del vecino (Harvey), le ordenaba salir a matar, pero la corte lo halló culpable sin problemas mentales y apto para estar en una cárcel de máxima seguridad.



## **EDMUND KEMPER: el gigante que coleccionaba cabezas**

La historia de Edmund Emil Kemper es el perfecto ejemplo del formidable asesino de estudiantes con un elevadísimo coeficiente intelectual. Cuando era pequeño su madre lo obligaba a dormir en el sótano y lo encerraba con llave para que se endureciera y se hiciera un hombre.

Nadie toma en serio sus fantasías morbosas, ni siquiera cuando a los ocho años juega a la silla eléctrica o a la cámara de gas con su hermana, desempeñando él papel de víctima mientras su hermana hacía de verdugo y lo ejecutaba.

Su primera víctima es el gato de la familia. Le entierra vivo al animal, y le corta la cabeza, la cual lleva orgullo a casa, donde la exhibe en su cuarto como un trofeo. Es incapaz de expresar cualquier sentimiento de afecto y sus compañeros evitan su presencia, pues les asusta la manera en la que Kemper les mira fijamente, sin pronunciar palabra.

A los 13 años que mata a su segunda víctima de sus experimentos, otro gato. Mata al animal a machetazos y su madre descubre los restos del animal ocultos en el armario. Le había cortado el cráneo para exponer el cerebro y luego lo apuñaló innumerables veces.

Su madre le manda a pasar el verano de 1964 a casa de sus abuelos. Éstos tenían un temperamento despótico y Ed, que en aquellos años contaba con 16 años de edad, los mató a tiros con una escopeta. Fue ingresado en un hospital psiquiátrico, del que saldría cinco años después porque los doctores lo consideraban ya curado. Tenía 21 años y para aquel entonces ya medía 2,05 metros de estatura y pesaba unos 135 kilos.

¿Pero qué significaba exactamente estar curado en este caso? ¿Cómo se cura uno de su pasado o de su manera de ser? Al salir del psiquiátrico bajo la custodia de su madre, que vivía sola, Kemper empezó a recorrer carreteras donde recogía a jóvenes autostopistas y las mataba. Mientras, su madre iniciaba una campaña para borrar del historial de su hijo los antecedentes.

Ed Kemper solía visitar a su madre con el cadáver de la última víctima en el maletero del coche. Llegó a subir el cuerpo hasta la habitación, metiéndolo en el armario, antes de bajar a tomar el té. Su madre, ignorante de los hechos, consiguió que borrasen oficialmente del historial de su hijo los asesinatos que le habían llevado al manicomio. Ese día, Kemper se compró un revólver y devolvió el arma que había utilizado hasta entonces, prestada por un amigo. La compra, no obstante, despertó las sospechas del sheriff y Kemper, cuando intuyó que iba a ser detenido, se apresuró a hacer lo que, inconscientemente siempre quiso hacer. Mató a su madre a martillazos mientras dormía, antes de decapitarla y de violar su cadáver. Más tarde puso la cabeza de la víctima sobre la repisa de la chimenea, mientras le lanzaba flechitas y la insultaba. Luego confesó que aquello había representado para él un gran alivio.

Esa misma noche telefona a una amiga de su madre y la invita a cenar. Tan pronto como se sienta la golpea, la estrangula y la decapita. Al día siguiente

decide entregarse a la policía. El objetivo principal había desaparecido, dijo más tarde a la policía intentando explicar su decisión por entregarse.

En sus confesiones posteriores reconoció que lo que más deseaba era saborear su propio triunfo sobre la muerte de los demás. Él vencía a la muerte y vivía mientras los demás morían. Esto actuaba sobre él como una droga, empujándolo a querer cada día más gloria en su victoria personal a la muerte.

Un psicópata actúa como un niño. Está dispuesto a todo con tal de atraer la atención, no se aviene a razones y estalla. Para evitar el sufrimiento que sus problemas internos le comportan, cierra las puertas de la introspección y se desahoga en la acción. Pensar en los motivos y consecuencias de sus actos le produce ansiedad, se limita a un tipo de reflexión concreta, práctica, que propicia la acción. No dudará en perjudicar a quien sea con tal de obtener sus objetivos, ya sean económicos o puramente hedonistas. Actúa y, en el fondo de su actuación perversa hay un gran deseo, una gran necesidad, de llamar la atención. Esta necesidad viene recompensada por la resonancia que los crímenes tienen en la prensa diaria.

### Entrevista con el Diablo

En 1978, Robert Ressler (psicólogo y criminólogo que acuñó el término de “serial killer”), y John Douglas (Jefe de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI), decidieron interrogar a Kemper en su celda de California, en dónde se encontraba cumpliendo varias condenas de cadena perpetua. Ed aceptó entusiasmado la entrevista.

Los dos especialistas, tras entregar sus armas y firmar un documento que eximía de toda responsabilidad a las autoridades carcelarias de lo que pudiera suceder en el interior, encontraron cara a cara con aquel feroz asesino de talla descomunal y tupido bigote.

Ed poseía un coeficiente intelectual tan alto como su talla: 145; así que su conversación utilizaba para explicar su caso los mismos términos clínicos que hubieran empleado los doctores. Allí les comentó que su madre siempre le había odiado, pues desde niño él se parecía a su padre. Cuando cumplió 10 años ya era un gigante para su edad, y como su madre temía que pudiera abusar sexualmente de su hermana, lo hacía dormir en un sótano que no tenía ventanas. Recluido como un preso y obligado a sentirse culpable y peligroso cuando no había hecho



nada malo, se fue obsesionando con la idea de matar.

Durante las tres entrevistas que mantuvieron, Kemper se comportó en todo momento como un conversador agudo y eficaz, controlando la situación hasta tal punto que parecían ser los investigadores y no él los objetos del análisis. Pero no iba a permitir que los investigadores se marchasen sin demostrarles quién era el amo, quién “dominaba a la muerte”.

El último día sólo acudió el psicólogo Robert Ressler y al final de la entrevista apretó el timbre para llamar al guardia. Nervioso porque el vigilante no acudía, llegó a pulsar el timbre hasta tres veces en un cuarto de hora (más hubiera delatado su inferioridad a Kemper). Pero el asesino, con tranquilidad, advirtió a su entrevistador de que no servía de nada ponerse nervioso, pues es la hora del relevo y de la comida de los condenados a muerte, agregando que nadie iba a contestar a la llamada antes de otro cuarto de hora por lo menos. Luego, mirando muy fijamente al psicólogo del FBI le dijo: “Y si de repente me vuelvo majareta, vaya problema que tendrías, ¿verdad? Podría desenroscarte la cabeza y ponerla encima de la mesa para darle la bienvenida al guardia”.

Angustiado, pero tratando de controlar la situación, Ressler le recordó que eso no volvería más fácil su estancia en la cárcel. Pero Kemper le responde que tratar así a un agente del FBI provocaría, al contrario, un enorme respeto entre los demás prisioneros. “No te imagines que he venido aquí sin medios de defensa”, le contestó el psicólogo. “Sabes tan bien como yo que está prohibido a los visitantes llevar armas”, respondió Kemper, mofándose.

Tratando de disimular su pánico y aprovechando al máximo sus conocimientos de las técnicas de negociación Ressler intentó ganar tiempo hasta que, finalmente, el guardia apareció y abrió la puerta. Al salir de la sala de entrevistas, Kemper le hizo un guiño y poniéndole el brazo sobre el hombro, le dijo sonriendo: “Ya sabes que sólo bromeaba, ¿no?”.



## **EL CRIMEN DE LOS URQUIJO: La historia incompleta**

*El 27 de Julio de 1988, el principal acusado por el asesinato de los marqueses de Urquijo, Rafael Escobedo, aparecía ahorcado en su celda del penal de El Dueso, donde cumplía una condena de 53 años por el asesinato de sus suegros, cometido en 1980. Su muerte dejaba sin posible solución muchas de las incógnitas que rodearon a uno de los crímenes más oscuros de nuestra historia reciente.*

El asesinato de los marqueses de Urquijo corrió de boca en boca no sólo por la capital, donde había tenido lugar, sino por toda España. El periódico El Caso, a la mañana siguiente de los hechos, ofrecía un buen número de páginas dedicadas al crimen que tenía, sin duda alguna, todos los ingredientes de una novela policíaca: pasión, ambición, celos, disputas y personajes de alcurnia que habían sido asesinados con una pistola del calibre 22.

Manuel de la Sierra y Torres había nacido en Barcelona el 21 de diciembre de 1925. Estudió Ingeniería en la Universidad de Washington y también terminó la carrera de Derecho en la Universidad de Salamanca. Era presidente del consejo de administración del Banco Urquijo y varias empresas más, así como vicepresidente de Galerías Preciados y de la compañía aseguradora La Estrella, además de consejero de varias sociedades. Manuel de la Sierra estaba próximo a UCD, era abogado de profesión y caballero de la Orden de Malta, del Santo Sepulcro y del Santo Cáliz de Valencia.

María Lourdes Urquijo Morenés era marquesa de Urquijo, marquesa de Lorianá y de Villar del Águila. Mujer tímida y muy religiosa, pero de fuerte carácter,

padecía una enfermedad nerviosa que le provocaba intensos dolores de cabeza. Se casó con Manuel de la Sierra en contra de la voluntad de su padre, pues si bien pertenecían a la misma clase social la diferencia económica era grande. María Lourdes era heredera de una gran fortuna.

Los marqueses de Urquijo tenían dos hijos, Juan y Miriam de la Sierra. El primero, soltero, se encontraba en Londres realizando un cursillo de banca el día de autos. Su hermana, que había almorzado con sus padres en el chalet de Somosaguas el día anterior a su muerte, estaba casada con Rafael Escobedo.

Miriam y Rafi, como se le llamaba familiarmente, habían contraído matrimonio ante más de mil invitados el 25 de junio de 1978. El marqués había amenazado a su hija con desheredarla si se casaba con aquel sujeto al que no apreciaba en modo alguno.

Pese a desobedecer la orden paterna, las relaciones padre e hija no fueron a mayores puesto que el matrimonio pronto hizo aguas. Y en el mes de marzo de 1980, a menos de dos años de la boda y cuatro meses antes del doble crimen, la pareja se separó.

Al parecer, Rafi era un pájaro de cuidado que, dada la fortuna de su suegro, no quería dar un palo al agua. Le gustaban las juergas, las copas, las drogas y... la revista *Interviú* publicó por aquel entonces con todo lujo de detalles que Rafi, junto a su cuñado Juan, frecuentaba ambientes homosexuales.

Por su parte, Miriam había encontrado consuelo afectivo muy pronto en la persona de Richard Dennis Rew, el americano, un individuo con gran facilidad para vender todo tipo de objetos, ex profesor de Literatura en una universidad norteamericana, que tenía un hijo y grandes planes para sacar provecho de los negocios de Miriam, la multinacional de cosméticos Golden. Los marqueses de Urquijo desconocían esa relación sentimental de su hija.

Para colmo, se corrió la voz de que tanto Juan como Miriam había comentado en multitud de ocasiones, con un sinfín de personas como testigos, la tacañería de sus padres, sus discusiones a cuenta de la herencia. Así que la bola empezó a agrandarse y los sospechosos de aquel crimen empezaron a ser legión. Incluso a los propios hijos de los marqueses se les situaba entre ellos o, al menos, lo pensaba una gran parte de los periodistas encargados de seguir el asunto para emisoras y diarios, la opinión pública y algún que otro policía muy próximo al

caso.

Aquella terrible noche del 31 de julio de 1980, alguien rompió la puerta de cristal que daba al exterior con el suficiente cuidado para no hacer el más mínimo ruido. El intruso entró en el lujoso chalet de Somosaguas por la puerta trasera, la que daba a la piscina. Con paso firme atravesó las diversas estancias que daban acceso al salón. Sin duda, el criminal conocía la casa como si fuera suya. El ladrido lejano de un perro se escucha con nitidez; el silencio es sepulcral. Todos duermen.

Rápidamente, llega hasta la escalera que conduce a los dormitorios de la primera planta. En la oscuridad, y ayudado por una pequeña linterna, sus movimientos felinos sortean muebles, cortinas, puertas. Ya en el pasillo de los dormitorios, se detiene en seco ante la quinta puerta, la del marqués. Él duerme solo. Aunque la situación no fuese del dominio público, la vida matrimonial entre Manuel de la Sierra y su esposa, Lourdes Urquijo, hacía tiempo que estaba rota.

El homicida lleva la pistola en su mano derecha, cubierta por un guante para no dejar huellas. Está a punto de apretar el gatillo. Un leve movimiento de Manuel de la Sierra, que permanece dormido, y el asesino le sujeta por el cuello y dispara a quemarropa. La bala entra por la nuca y le mata en el acto.

De pronto, una voz tenue llega desde la habitación de al lado. La marquesa ha debido despertarse y está llamando a su marido. El criminal, nervioso, deja escapar un tiro de su pistola con silenciador que se estampa en el espejo de un armario. La marquesa se incorpora y grita más fuerte. No hay otro remedio, es preciso matarla. Antes de que pueda volver a hablar, Lourdes Urquijo, llamada familiarmente Marieta, recibe un tiro en la boca y otro en el cuello. La marquesa cae entre las blancas sábanas en un río de sangre.

Tras los interrogatorios realizados a las personas más estrechamente relacionadas con los marqueses asesinados, la Policía se encontró con varias circunstancias extrañas:

En primer lugar, Rafael Escobedo declaró que la noche del crimen, tras frecuentar diversos pubs con sus amigos Javier Anastasio y Juan José Hernández, se marchó a su casa. Por la mañana, Rafi se levantó pronto para ir a la oficina del paro sita en la madrileña calle del General Pardiñas. Del resto de sus actividades en ese día no se sabe casi nada. El propio Rafi sólo respondió

vaguedades en los interrogatorios; tal vez porque no podía demostrar nada o porque su estado en aquel día era el acostumbrado a su habitual consumo de alcohol y drogas. Esto, naturalmente, tampoco le beneficiaría. Tanto la falta de una coartada como la posibilidad de que estuviese drogado hablaban de su posible implicación.

Por otro lado, esa misma noche el mayordomo, Vicente Díaz Romero, un hombre muy amanerado, pidió permiso a los señores para ir a Talavera en aquel preciso momento por una cuestión personal. Obtuvo el permiso, razón por la cual no estaba en la casa cuando se descubrieron los asesinatos.

El administrador de los marqueses, Diego Martínez Herrera, que despreciaba abiertamente a Rafael Escobedo, declaró y se confirmó que ese mismo día, cuando terminó su trabajo en el chalet, se marchó a Sotogrande.

Además está el sospechoso estado en que fueron entregados los cuerpos para la autopsia. Cuando a las 11,30 de la mañana del día 1 de agosto, el juez llegó al chalet de Somosaguas, los cadáveres yacían cada uno en su dormitorio. Ni la cocinera, Florentina, ni el chófer, Antonio, los habían tocado. Sin embargo, una vez trasladados los cuerpos al Instituto Anatómico Forense, se pudo comprobar que alguien los había lavado cuidadosamente, por lo que habían desaparecido todo tipo de huellas.

Por último, los inspectores Romero y Cordero, encargados del caso, que dieron prioridad a la búsqueda del arma del crimen; se encontraron, “casualmente”, con que el padre de Rafi, Miguel Escobedo, abogado, tenía registrada una pistola Star F de calibre 22, justo el arma con la que fueron asesinados los marqueses de Urquijo.

Los interrogantes sin respuesta se sucedían. Mientras tanto, transcurridos tres meses de los asesinatos, Rafael Escobedo, el yerno del matrimonio, acabó siendo detenido. No tenía una coartada clara, su padre no encontraba la pistola y además tenía fama de mentiroso y de rodearse de amistades muy desaconsejables.

Rafael Escobedo, Rafi para los amigos, se encontraba detenido en los calabozos de la antigua Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol de Madrid. Allí, fue sometido a múltiples interrogatorios y, según declaró, objeto malos tratos. Escobedo se autoinculpó e incluso llegó a escribir en una hoja de papel, el

9 de abril de 1981: “Soy responsable de la muerte de mis suegros”, y estampó su rúbrica. Todo era muy extraño.

El abogado de Rafi, José María Stampa Braun, le acompañó a una nueva declaración, esta vez en el juzgado, donde se ratificó en su declaración anterior: había cometido el crimen él solo y no sabía donde se encontraba el arma homicida que, como ya dijimos, era casualmente del mismo calibre, el 22, que una Star F que poseía su padre, con licencia de armas, y que no se halló en el domicilio de su progenitor. Precisamente, en la finca de Montalvillo (Cuenca), propiedad de Miguel Escobedo, se recogieron 220 casquillos de dicha munición.

La opinión pública estaba dividida, nadie creía que Rafi hubiera cometido el crimen en solitario e incluso se dudaba de su autoría. Y existían algo más que rumores de que los hijos de los marqueses estaban en el asunto.

Así las cosas, varias publicaciones comenzaron a sacar artículos en los que se implicaba en la muerte de los marqueses a su hijo, Juan de la Sierra, al administrador, Diego Martínez Herrera y al padre de Rafael, Miguel Escobedo. Según estas publicaciones, Rafael Escobedo, su padre y Mauricio López Robert, un conocido fullero, habrían participado los tres en la muerte de los marqueses la noche del 31 de julio al 1 de agosto de 1980. Afuera de la casa, les esperarían en un coche Diego Martínez, el administrador, y Javier Anastasio, un amigo de Rafi.

Juan de la Sierra, siempre según la mismas publicaciones, estaría enterado de lo que se fraguaba en torno a las personas de sus padres. (Al parecer, se confirmó una llamada el mismo 31 de julio de Rafi a su cuñado Juan, que estaba en Londres haciendo un cursillo de banca). Nadie desconocía la gran amistad que existía entre Juan y Rafi, quienes frecuentaban ambientes homosexuales; una clase de hábitos que habrían provocado la ruptura de su matrimonio con Miriam.

Por otro lado, nadie era ajeno a que había sido plenamente probado en los interrogatorios que los hijos de los marqueses de Urquijo, Juan y Miriam, no tenían buenas relaciones con sus padres. Fundamentalmente, por la tacañería paterna y su carácter severo. Y así lo habían manifestado los hermanos en más de una ocasión ante diversos testigos. La muerte de sus progenitores era la solución perfecta para terminar con esa desagradable situación y además suponía disfrutar directamente de unos ingresos que siempre le habían sido escatimados. Juan de la Sierra vivía en Londres, con el dinero más que justo; pero ahora había

regresado a España donde le aguardaba una inmensa fortuna a repartir con su hermana. Y lo cierto es que esta última no se esforzó mucho en disimularlo: Lo primero que hizo Miriam con su herencia fue regalar a su amante americano, Richard Dennis, alias Dick, un impresionante Porsche, y a continuación, se regaló a si misma un fastuoso chalet en La Moraleja que pagó al contado, naturalmente.

La vista oral del juicio por la muerte de los marqueses de Urquijo había quedado fijada para el 21 de junio de 1983. Rafael Escobedo era el único encausado. Tras dos años y dos meses de prisión preventiva en la séptima galería de la cárcel de Carabanchel, su estado físico se había deteriorado. La extirpación de un tumor benigno, una tremenda y larga depresión, y los problemas dentales le habían transformado en un anciano prematuro.

Rafael Escobedo entró en la Sala Tercera de la Audiencia Provincial de Madrid, en la calle Marqués de la Ensenada, con las manos esposadas a la espalda, flanqueado por dos guardias civiles. Un numeroso grupo de personas había aguardado estoicamente varias horas en interminable fila, para tener la oportunidad de entrar en la sala del juicio y ver en vivo y en directo al único encausado por el asesinato de los marqueses de Urquijo, sus suegros.

La vista había levantado tremenda expectación. Las constantes apariciones en televisión de amigos y familiares de Escobedo, de empleados y personal de servicio de los marqueses que, durante más de un año, intervinieron en debates y toda clase de programas de radio y televisión, desataron infinidad de rumores porque el asunto no estaba claro. Y nunca llegó a estar claro.

Pero la suerte de Rafi estaba echada. Pese a que no se aclaró debidamente el asunto de los casquillos de bala encontrados en la finca de su padre, del calibre 22, el mismo con el que asesinaron a los marqueses; pese a que Vicente Díaz Romero, el mayordomo, declaró en el juicio, así como en diversos programas de televisión a los que acudió entusiasmado por lo que cobraba, que él tenía conocimiento de la movida, que “en el caso Urquijo había mucho camuflaje”, que Rafi “callaba y se hacía culpable por alguna razón” y que la “muerte de los marqueses fue por dinero”, Rafael Escobedo Alday fue condenado a veintiséis años, ocho meses y un día por cada uno de los delitos de asesinato, con las agravantes de premeditación y nocturnidad.

El 7 de julio de 1983, una vez conocida la sentencia de 53 años de prisión, José

María Stampa Braun, abogado de Rafael Escobedo, habló. Habló largo y tendido en varias entrevistas insistiendo en que Rafael Escobedo no era el autor material de los hechos, sin negar que pudiera estar implicado, pero volviendo a recalcar que no era el autor principal. Además, estaba la pérdida por la policía de los casquillos, fundamental para relacionarlos con los encontrados en la finca del padre de Rafi. Por último, de forma realmente escandalosa, también se había desaparecido la declaración autógrafa que Escobedo firmó ante la Policía como responsable de los hechos.

¿Cómo se podía juzgar a alguien existiendo tantas negligencias?, clamaba el abogado, sin pruebas balísticas ni grafológicas, todo lo que estaba empeñado en solicitar si prosperaba el recurso y se anulaba la sentencia.

Mientras, Rafael Escobedo se angustiaba en la prisión de Carabanchel, aguardando por el resultado del recurso presentado por su abogado José María Stampa Braun, la prensa se apresuraba a publicar “entrevistas exclusivas” y “nuevas revelaciones” del asesinato de los marqueses de Urquijo y la televisión entrevistaba a personajes vinculados a la familia Urquijo, de muy dudoso proceder.

Vicente Díaz Romero, el mayordomo de los marqueses, fue uno de los que se lanzó en picado a los medios de comunicación que, a su vez, veían aumentar sus ventas con sus misteriosas y polémicas declaraciones en las que decía saber que Diego Martínez Herrera, el administrador de los marqueses, había sacado un día una pistola y le había amenazado a Rafi diciéndole: “Si te veo de nuevo por aquí, te pego un tiro”. O bien, insistía en el “odio filial” que Miriam y Juan sentían por sus padres porque vivían “garrafal, porque unos hijos de unos marqueses iban con los zapatos pisando el suelo, y sin un duro, con trajes arreglados y sin poder bajar a las fiestas que se daban en casa”. Otra de las confesiones del mayordomo, enigmáticamente aludía a su abandono voluntario del puesto de trabajo como mayordomo por temor a “posibles represalias de posibles implicados en el asesinato que podían estar dentro de la casa”.

Javier Anastasio y Mauricio López Robert, amigos de Rafael Escobedo, tampoco dejaron de aprovechar la oportunidad que se les brindaba de aumentar sus ingresos en los periódicos, revistas y televisiones para contar sus propias actuaciones y las de Rafi. Lo mismo hizo el administrador Diego Martínez Herrera, personaje tan controvertido como el mayordomo, que había mostrado en el juicio oral, a preguntas del abogado Stampa, una cara oculta y sospechosa,



que debía limpiar con prontitud. En la Audiencia salieron a relucir causalidades demasiado casuales. Y el único acusado, el único encarcelado, Rafi Escobedo, permanecía obstinadamente en silencio.

Increíblemente, el recurso de casación interpuesto por el abogado defensor no fue admitido. Rafael Escobedo Alday quedaba, pues, condenado a 53 años de prisión, al pago de las costas y a la indemnización de veinte millones de pesetas a favor de los hijos de los fallecidos.

En su celda de la prisión de Carabanchel, Rafi Escobedo daba vueltas al asunto. Su estado de ánimo estaba bajo mínimos. Cincuenta y tres años allí metido, mientras Miriam, Javier Anastasio, Juan, Mauricio López Robert..., todos estaban en libertad. Todos menos él. Y disfrutando plenamente de la fortuna de los marqueses.

Juan de la Sierra, su íntimo amigo, una vez que heredó la gran fortuna a la muerte de sus padres y el título de sexto marqués de Urquijo, no dio señales de vida. Ni tan siquiera le enviaba recuerdos con los familiares que iban a visitarle a la prisión. Estaba más ocupado en comprarse el deportivo que tanto ansiaba y la BMW de 750 cc y, aún más, utilizaba el Mercedes de su padre que en vida le había negado tantas veces..

¿Y qué decir del administrador, Diego Martínez Herrera? Seguía en su puesto de trabajo como si nada hubiera pasado, continuaba administrando los bienes de los Urquijo, ahora en manos de los hijos, Miriam y Juan. ¿Tal vez por los favores que les había hecho en vida de los marqueses? ¿Quizás a cambio de su silencio?

¿Y sus amigos, Javier Anastasio, José Juan Hernández Valverde y Mauricio López Robert? Todos porque estaban libres. Y eso que los dos primeros habían estado con él la noche de autos. Incluso Javier Anastasio había reconocido en el juicio que conducía el coche aquella madrugada. Pero no hubo cargos contra nadie.

¿Y Miriam? Por fin podría respirar tranquila. Se librado de sus padres y de su marido al mismo tiempo. En el fondo siempre le había despreciado; únicamente se casó con él para escapar de la tutela de los marqueses. Luego, la relación con el americano, que nunca le había ocultado. Ahora podrían vivir los dos a lo grande. Estos y otros pensamientos debían de llenar la cabeza de Rafi que veía como se le abría un desesperante futuro de cincuenta años entre rejas, sin haber

denunciado jamás a las personas que presumiblemente le habían acompañado al chalet de los marqueses de Urquijo la noche de su asesinato y que le habían dejado en la estacada.

Habían transcurrido cuatro años, Rafi sólo tenía una esperanza: conseguir el tercer grado, es decir, obtener permiso de salida para trabajar fuera del penal del Dueso (Cantabria) regresando todas las noches para dormir.

El 1 de mayo de 1988, Rafi recibió la carta de empleo para trabajar en la empresa de uno de sus hermanos. Ese documento era requisito indispensable para tramitar la solicitud del tercer grado a Madrid. Su alegría fue incontenible. Pero un día después, tan sólo un día después, la alegría se convirtió en llanto pues el juez de vigilancia penitenciaria, Goróstegui, le denegó el permiso de salida, el codiciado tercer grado.

En una carta con fecha 7 de abril de aquel mismo año, Rafi se había sincerado con su íntimo amigo el periodista Matías Antolín: “si continúan en la misma línea que hasta aquí, puteándome tan vilmente, no lo aguantaré. Me fugo o me muero”.

Tras recibir la negativa al tercer grado, urdió un plan de fuga. Pero fracasó a causa de la falta de apoyo económico de su familia, especialmente su madre, Ofelia Alday, con quien hablaba por teléfono una vez al mes. Nunca había ido a visitar a su hijo a la cárcel. Y nunca fue.

“Soy de los que pienso que hasta el rabo todo es toro. Yo soy quien decidirá el día de mi muerte... Tengo que arreglar algún asunto antes de fundirme con el Universo y volver a la Eternidad”, había escrito Rafi el 22 de diciembre de 1987, en plena huelga de hambre. Y así ocurrió.

Rafael Escobedo Alday, como se sabe, cumplía condena por el asesinato, nunca aclarado suficientemente y con muchos puntos oscuros, de sus suegros los marqueses de Urquijo. Todos los miembros de su familia, padres y hermanos, le había abandonado, no recibía visitas ni cartas. “Me siento solo. Ninguna de las personas de las que estaban al principio de todo esto, han resistido hasta hoy. Ninguna. Ni siquiera mis padres. Mis hermanos me dejaron desde el primer día en que me encarcelaron” escribía el 19 de julio de 1987.

En la más profunda soledad y desamparo, sin el mínimo afecto de los suyos, el 27 de julio de 1988, según la versión oficial, Rafael Escobedo aparentemente

anudó las sábanas de la cama a lo barrotes de su celda en el penal de El Dueso y murió ahorcado. Tenía 34 años.

Pero la historia no acaba aquí. Queda además el testimonio de uno de los forenses más prestigiosos de este país, José Antonio García-Andrade, como avalan sus más de 4000 autopsias realizadas. Según sus conclusiones, Rafael Escobedo Alday no se ahorcó él mismo; estaba ya muerto cuando alguien lo colgó. El forense encontró cianuro en los pulmones del fallecido, lo que le hace deducir que probablemente alguien le engañó y le dio a esnifar



cianuro como si fuese cocaína, droga a la que era muy aficionado Rafi Escobedo.

A la pregunta de por qué no se investigó esa muerte, la respuesta del forense sería

de lo más expresiva: “Hay mafias muy poderosas”.



*Rafi Escobedo, el único procesado y Miriam, que actualmente vive como una próspera hostelera.*

## **JOHN WAYNE GACY: la diabólica sonrisa del payaso**

No es una sorpresa que John Wayne Gacy, Jr. fuera admirado por quienes lo conocieron. Un hombre de negocios que ocupaba su tiempo en su compañía de construcción PMD, organizaba fiestas en su barrio para sus amigos y vecinos, disfrazado como payaso divertía a los niños en los hospitales y encabezaba organizaciones como Jaycees cuyo fin era lograr recursos para la comunidad, no podía ser considerado de otra forma. La gente que conoció a Gacy, lo describía como un hombre generoso, amigable y buen trabajador, dedicado a su familia y comunidad.

Sus familia, de origen irlandés, estaba formada por su madre Marion Elaine Gacy, su padre John Stanley Wayne, su hermana mayor Joanne y su hermana menor Karen, John Wayne Gacy Jr. fue el segundo de los hijos. Todos fueron educados en colegios católicos en el lado norte de Chicago, donde vivían. El barrio en que Gacy creció era de clase media y por eso no era raro que los jóvenes trabajaran luego de salir de la escuela, Gacy no fue la excepción y ocupó su tiempo libre en varios empleos. Trabajaba repartiendo periódicos y en un almacén como vendedor.

Cuando Gacy tenía once años de edad, jugando en un columpio sufrió un golpe en la cabeza, el accidente le causó un coágulo de sangre en el cerebro. No obstante, el coágulo de sangre no fue descubierto hasta los dieciséis años. Desde los once a los dieciséis sufrió desmayos causados por el coágulo, estos cesaron cuando se le medicó para desleír el coágulo en el cerebro. A los diecisiete años a Gacy se le diagnostica una dolencia no especificada en el corazón, por este

motivo fue hospitalizado varias veces y la enfermedad lo acompañó durante toda su vida.

Durante su adolescencia, tuvo problemas con su padre, aunque las relaciones con su madre y hermanas eran buenas. Su padre era un alcohólico que abusaba físicamente de su esposa y que disfrutaba humillando verbalmente a su hijo John. A pesar de todo Gacy lo apreciaba mucho y trataba de ganar su aprecio y atención. Desafortunadamente, hasta que murió su padre, jamás logró ganar su aprecio, algo que lamentó toda su vida.

Después de pasar por varios colegios y nunca graduarse, viaja a las Vegas, trabajando como empleado de limpieza de una funeraria. Gacy no estaba contento con su trabajo; trataba desesperadamente de conseguir dinero para comprar una casa, pero le era imposible obtener buenos empleos por su nivel de educación. Consigue ahorrar dinero durante unos meses y regresa con su madre y hermanas que lo esperaban con los brazos abiertos.

A su vuelta de Las Vegas, en 1960, se matricula en un curso de técnicas de venta y mientras estudia perfecciona su talento de vendedor. Gacy era un vendedor nato que podía vender casi cualquier cosa. Después de graduarse es contratado por Nunn-Bush Shoe Company, al poco tiempo sobresale en su trabajo y es transferido a la sucursal de la empresa en Springfield (Illinois). Durante este tiempo Gacy tiene problemas con su salud y es hospitalizado. Su peso y su corazón, le llenaría de problemas su vida para siempre, aunque nunca paró de trabajar y de realizar todo tipo de actividades.

Todas las cosas parecían marchar bien para John Wayne Gacy, Jr. Pero por la ciudad empezaron a correr rumores acerca de las tendencias sexuales de Gacy, ya que siempre se le veía con chicos jóvenes. La gente no les daba mucho crédito, hasta que en mayo de 1968 Gacy fue acusado por el jurado del condado de Black Hawk por haber cometido sodomía con un adolescente llamado Mark Miller.

Miller contó al jurado que Gacy lo había engañado, lo había amarrado mientras lo visitaba y lo había violado de forma violenta. Gacy negó todos los cargos y aseguró que Miller había tenido relaciones sexuales voluntariamente para ganar un dinero adicional. Furioso por la delación, cuatro meses después Gacy contrata por 130 dólares a Dwight Andersson, un chico de 25 años, para que le diera una buena lección a Mark Miller. Andersson engaña a Miller para subirlo a su coche

llevándolo a un bosque donde lo deja ciego con un atomizador para luego golpearlo. Al tratar de defenderse Miller le rompe la nariz de Andersson y se escapa. Después llama a la policía y Andersson es arrestado, confesando que Gacy lo contrató para darle una paliza a Miller. Un juez ordena que Gacy se someta a una evaluación psiquiatra, quien dictamina que está mentalmente sano. No obstante, se le definió como una personalidad antisocial.

Por los hechos cometidos, el Juez condenó a Gacy a 10 años en la Prisión para hombres del Estado Iowa, la mayor pena para ese tipo de delitos. Gacy tenía 26 años. Al poco tiempo de estar en prisión, su esposa solicitaría el divorcio. En prisión Gacy seguía todas las reglas y evitaba todo tipo de problemas, por lo que fue declarado prisionero modelo, consiguiendo una reducción en su condena por buen comportamiento. El 18 de junio de 1970 consigue la libertad anticipada y viaja a Chicago.

Ya en Chicago, se entera de la muerte de su padre mientras se encontraba en prisión y por este motivo sufre profundas depresiones. Nunca pudo llevarse bien con su padre, un hombre a quien apreciaba mucho a pesar de su comportamiento abusivo. Su madre le convence para que trabaje como chef en un restaurante de Chicago, empleo que disfruta y trabaja con entusiasmo. Luego de vivir cuatro meses con su madre, con la ayuda de su familia compra una casa en las afueras de Chicago. Pronto hace amigos entre sus nuevos vecinos, en especial con Edward y Lillie Grexa, quienes vivían hace muchos años en el barrio, y en pocos meses realizaron varias actividades para el bienestar de su comunidad. Los Grexa no tenían idea del pasado criminal de Gacy.

Gacy había dañado su libertad condicional cometiendo delitos de nuevo. Había forzado a un joven en la terminal de autobuses a tener relaciones sexuales, pero quedó libre de nuevo porque el ofendido no presentó los cargos ante la justicia.

El 1 Junio de 1972 Gacy se casaba con Carole Hoff, recién divorciada y madre de dos hijas y que cuando inició su romance con Gacy se encontraba en un estado emocional vulnerable. Ella se sintió atraída por su encanto y generosidad y creía que sería un buen padrastro para sus hijas. Carole sabía de su temporada en prisión pero estaba convencida de que había cambiado. Finalmente Carole y sus hijas se mudaban a la casa de Gacy.

La pareja mantenía en secreto su parentesco con sus vecinos y los Grexa siempre iban a la casa de Gacy para realizar fiestas y asados. Estaban encantados con el

trato de Gacy, pero les extrañaba el repelente olor que se sentía por toda la casa. Lillie Grexa pensaba que era una rata que debía haber muerto debajo del entarimado. No obstante, Gacy culpaba del hedor horrendo a la humedad que había debajo de la construcción. La verdadera causa del mal olor se descubriría varios años después.

Las protestas de los vecinos aumentaban por el extraño olor que salía de la casa de Gacy, y este para aplacarlas organizó dos inolvidables asados en los que invitó a todos sus vecinos para dar por cerrado el tema, prometiéndoles hacer las reparaciones necesarias para solucionarlo.

En 1974, decide montar un negocio llamado “Painting, Decorating and Maintenance” o PDM y contrata a jóvenes para trabajar con él. Decía a sus amigos que contrataba a jóvenes para mantener el precio barato, pero ese no era el motivo, seducía a sus jóvenes empleados. Su tendencia homosexual y sus ganas de hacer daño a los que estaban a su alrededor siempre estuvieron presentes. En 1975 Carole y Gacy toman rumbos por separado. Su vida sexual se hace insoportable. Su estado de animo cambiaba en el momento menos pensado, padecía insomnio por sus problemas personales.

Gacy permanecía en el garaje de su casa durante las tardes vigilando que nadie lo mirara. Esta actitud despertó las sospechas de Carole. Gacy no mostraba interés sexual en su esposa y la lastimaba mucho. Pero además Carole empieza a encontrar revistas en su casa de hombres y niños desnudos que Gacy leía en las noches. Por este hecho su esposa se entera de su homosexualidad y se divorcia el 2 de marzo de 1976.

Con graves problemas en su vida, Gacy trata de olvidar su pasado y hacer realidad su sueño que era entrar en el mundo de la política. Fue una larga espera hasta que Robert F. Matwick, miembro del Comité Democrático de Norwood Park, lo emplea para realizar el aseo de las instalaciones del comité. Luego, impresiona a Matwick vestido de “Pogo el Payaso” con el cual visitaba a niños enfermos en los hospitales. Ignorando su pasado y por su dedicación a la Comunidad, Matwick nombra a Gacy como encargado del alumbrado de la calle. En 1975 Gacy se convierte en ayudante de Tesorería, pero su carrera política empieza a enturbiarse cuando reaparecen los rumores sobre su homosexualidad. Uno de esos rumores había surgido cuando trabajaba en el aseo del Comité Democrático: Tony Antonucci, un adolescente de 16 años que trabajaba con Gacy afirmaba que le había hecho propuestas sexuales amenazándolo con una

silla. Gacy se defendió diciendo que era una broma. Luego de un tiempo Gacy volvió a buscar a Antonucci, forcejeando le colocó esposas y lo desnudó; por suerte, las esposas le quedaban flojas en las muñecas y luego de un gran esfuerzo Tony consiguió liberarse. Gacy, asustado por que el muchacho lo denuncie, lo deja libre y le promete que jamás lo volvería atacarlo sexualmente.

Las víctimas empiezan a caer

Johnny Butkovich era un joven de 17 años de edad aficionado a los coches, su gran orgullo era un Dodge 1968, gustaba mucho de las carreras y sabía que para mantener su afición necesitaba conseguir un trabajo. Johnny trabaja para Gacy en PDM Contractors; los dos hicieron buena amistad debido a que Johnny era buen trabajador, no obstante su amistad se fue a pique debido a que Gacy no le pagaba sus salarios tan a menudo como al resto de sus trabajadores. Indignado porque Gacy no le quería pagar, Johnny se fue a la casa de su patrón con dos amigos a cobrar su deuda, pero Gacy se enfureció y se negó a pagarle. Entonces Johnny lo amenazó con denunciarlo a las autoridades. La discusión se alargaba y parecía no tener fin. Johnny pasaba revista a todas las actividades que había realizado y Gacy le rebatía una a una. Cansados de esperar, sus amigos se marchan y dejan a Johnny en la casa de Gacy arreglando el problema. Jamás volvieron a verlo vivo.

Michael Bonnin, también de 17 años, no fue un caso diferente al de Johnny, Michael trabaja en madera y carpintería y fue contratado para varios trabajos durante algunos meses. Aunque jamás tenía un empleo fijo, su padrastro y su hermano se preocuparon por su ausencia prolongada y denunciaron su desaparición en junio de 1976.

Billy Carroll Jr. era de esa clase de jóvenes que siempre están metidos en problemas. A la edad de 9 años estuvo recluido en un reformatorio por robar una billetera y a los 11 años de edad fue capturado con un fusil. Billy fue un niño problemático que creció en las calles de Uptown, Chicago. A los 16 años, Billy ganaba dinero organizando reuniones entre adolescentes homosexuales y adultos. Aunque era muy diferente a Michael Bonnin y Johnny Butkovich, tenía algo en común con ellos, conocía a John Wayne Gacy. A partir del 13 de junio de 1976 no se le volvería a ver.

Gregory Godzik amaba su trabajo en PDM Contractors, realizaba cualquier trabajo que su jefe le ordenara, el dinero que ganaba le permitía comprar



repuestos para su coche Pontiac 1966. El 12 de diciembre de 1976, Gregory deja escrito en su diario que esa misma noche tiene una cita con una amiga. Al salir del trabajo conduce hacia su casa pero no llega nunca. La chica creyendo que la había plantado no comenta nada en un principio. Al día siguiente, la policía encuentra su automóvil, pero Gregory ha desaparecido. Tenía 17 años de edad.

El 20 de Enero de 1977, John Szyc de 19 años también desaparece de forma similar, Él conducía su auto Plymouth Satellite 1971. La ultima vez que se le vio con vida fue cuando se escapaba de una gasolinera sin pagar la cuenta.

Gacy, “El Degollador de Jóvenes”, afirmó que conocía a Gregory Godzik y Johnny Butkovich, pero que nunca habían trabajado para PDM Contractors.

Robert Gilroy era un muchacho de 18 años aficionado a las acampadas y a los caballos. El 15 de Septiembre de 1977, planeaba con sus amigos viajar en autobús para ir a cabalgar pero nunca apareció. Su padre, que había sido sargento de policía en Chicago, inició desesperadamente su búsqueda., pero Robert nunca siguió sin aparecer. Un año más tarde, otro joven llamado Robert Piest desaparece misteriosamente de una farmacia donde le habían ofrecido un empleo. Durante la investigación , no solo se encontraría su cuerpo, sino que también aparecieron los de Butkovich, Bonnin, Carroll, Szyc, Gilroy y 27 jóvenes más igualmente desaparecidos. Este descubrimiento causaría una gran consternación en Chicago y conmocionó al mundo.

Después de la desaparición del muchacho y sabiendo el nombre de la persona que ofreció el trabajo a Piest, el investigador de la policía Lieutenant Joseph Kozenczak se presentó en la casa de Gacy para interrogarlo sobre el joven desaparecido. Gacy se disculpa por no poder atenderlo debido a que recientemente había muerto un familiar y tenía que atender algunas llamadas telefónicas. Horas más tarde Gacy se presentaría en la comisaría para responder al interrogatorio y afirma que no sabe nada sobre los jóvenes desaparecidos.

Kozenczak decide ir a investigar a la casa de Gacy al día siguiente y lo sorprende en plenas relaciones sexuales con un adolescente. Al momento solicitó una orden para investigar la casa de Gacy esperando encontrar a Robert Piest. El 13 de diciembre de 1978, la policía entra a la casa de Summerdale Avenue. Durante la investigación Gacy no se encontraba en casa y entre las evidencias había 2 licencias de conducción, varios anillos, incluyendo uno de graduación de Maine West High School de 1975 con las iniciales J.U.N.S, una caja con

cigarrillos de marihuana, 7 películas porno fabricadas en Suecia, píldoras, un cuchillo, sabanas manchadas, fotografías a color de farmacias, una libreta de direcciones, una balanza, libros sobre pedofilia y homosexualismo, esposas con cerradura de clave, una pistola italiana 6 mm. y cuerda de nylon. Tres automóviles que pertenecían a Gacy también se confiscaron, incluyendo un camión Chevrolet 1978 con el nombre de “PDM Contractors” y un Delta Oldsmobile 88, en cuyo maletero se encontraron cabellos de Piest.

La policía empezó a escarbar en la casa de Gacy y lo primero que llama la atención de los investigadores es el mal olor, que creían que se debía a aguas residuales. La tierra fue regada con cal pero el olor seguía intacto. En su primera búsqueda la policía no halló nada en sus terrenos. Gacy fue llamado otra vez a comisaría y le mostraron los artículos confiscados. Gacy enfurecido llama a su abogado Miranda, que evita la detención de por falta de evidencias y la policía no puede hacer el interrogatorio sobre el joven Piest.

Gacy fue puesto en vigilancia las 24 horas para lograr evidencias. Al siguiente día la policía fue a la casa de Gacy, algunos amigos son llamados a la comisaría para un interrogatorio. Gacy de nuevo evade el interrogatorio, sus amigos no creen que Gacy sea el culpable del asesinato del Robert Piest. Frustrada la policía por la falta de evidencias de Gacy con la muerte de Piest, deciden arrestarlo por la posesión de marihuana y valium. Antes de ser arrestado Gacy confiesa a un amigo y compañero de trabajo que había degollado al joven porque lo había tratado de chantajear.

Al mismo tiempo, sale a la luz el caso Ringall, uno de los pocos sobrevivientes de Gacy, que estaba dispuesto a descubrir a su secuestrador y violador. Ringall tras horas de espera e investigación con la policía, ve un auto familiar, era el de Gacy. Gacy acorralado, confiesa que él había degollado a una persona en defensa propia y que su cuerpo estaba enterrado debajo del garaje; pero la policía empezó a buscar por toda la casa. A los pocos minutos encuentran un montículo sospechoso en donde había los restos de un cuerpo. Más tarde aparece el Dr. Robert Stein, medico forense, que reconoce de inmediato el olor distintivo de los cadáveres. Stein organiza la búsqueda de cadáveres por áreas de terrenos, como si fuera un yacimiento arqueológico. Sabía que el trabajo se debía hacer con cuidado para no dañar los cuerpos en descomposición.

Aparecen las evidencias

El Viernes, 22 de diciembre de 1978, Gacy confiesa que por lo menos había

degollado a por lo menos 30 adolescentes y que estaban enterrados bajo su casa. Su primer asesinato había sucedido en enero de 1972 y el segundo en Enero de 1974, un año y medio después de su matrimonio.

Confesó, que había violado a sus víctimas, y que para evitar sus gritos les tapaba la boca con sus medias o sus prendas íntimas, luego los ahorcaba con una cuerda o los degollaba y finalmente les corta el cabello. Gacy admitió que en varias ocasiones tuvo los cadáveres varios días debajo de su cama o en el ático mientras preparaba el lugar para enterrarlos.

El primer día de la búsqueda, la policía encontró dos cadáveres. Uno pertenecía a John Butkovich quién fue enterrado bajo el garaje, el otro cuerpo estaba sentado. Con el pasar de los días se fueron encontrando más cadáveres, Gacy confesó que a veces mataba más de una persona por día y los enterraba así para poder tener espacio.

Para el 28 de Diciembre, la policía ya había encontrado 27 cadáveres. Mientras buscaban apareció otro cadáver en Des Plaines River, era el de Frank Wayne “Dale” Landingin, también víctima de Gacy. En el mismo lugar aparece el cadáver de James “Mojo” Mazzara, atado y con su ropa interior en la boca, la cual le causó asfixia según el parte médico. A finales de Febrero, la policía suspende la búsqueda en la casa de Gacy por causa del invierno, pero faltaban más cuerpos por descubrir.

Mientras los trabajadores rompían el cemento de la casa, hicieron un terrible descubrimiento, encontraron a un hombre bien conservado en medio del tabique de la pared; Llevaba pantalones vaqueros y un anillo de boda. Gacy no sólo había matado a jóvenes, sino también a hombres casados.

El cadáver 31 relacionado con el caso Gacy fue encontrado en el Río Illinois, lo único que encontró la policía para saber su identidad fue un tatuaje en el brazo “Tim Lee”. Un amigo de la víctima reconoció el cadáver, su verdadero nombre era Timothy O’Rourke, aficionado a las artes marciales; su tatuaje era la unión de su nombre y el apellido de Bruce Lee. Tal vez por el tatuaje Gacy lo confundió con un homosexual en uno de los bares de New Town.

Entre 32 cadáveres que se encontraron en la investigación en casa de Gacy no estaba el de Piest. Finalmente en abril de 1979, el cadáver de Piest fue descubierto en el Río Illinois, su cuerpo había sido escondido en alguna parte del

río, pero los fuertes vientos lo llevaron a la represa Dresden. La autopsia reveló que las toallas de papel que tenía en su garganta le provocaron la muerte.

### El juicio

El Miércoles, 6 de Febrero de 1980, se iniciaba el juicio en el Cook County Criminal Courts Building en Chicago, Illinois. El jurado estaba formado por cinco mujeres y siete hombres. El fiscal Bob Egan, empieza a hablar de la vida de Piest, su horrible muerte y como Gacy es responsable de más de 32 muertos. Las confesiones de Gacy causan horror en todo el tribunal y trascienden a la prensa mundial. Su defensor, Robert Motta, reclama que las acciones son irracionales e impulsivas debido a la locura de su. Si estaba loco, Gacy debió haber estado en algún centro de salud mental, según Motta esto hubiera sido lo mejor para su cliente.

Los familiares de las víctimas, amigos y personas que habían trabajado con Gacy fueron llamados a declarar y narraron los constantes ataques sexuales de que fueron víctimas en su trabajo. Durante semanas declararon mas de 70 amigos y vecinos de Gacy. Los psicólogos demostraron que durante la matanza se encontraba plenamente consciente de sus actos. Finalmente fue sentenciado a muerte mediante una inyección letal, la policía nunca supo si encontró todos los cadáveres de las víctimas de Gacy.



*John Wayne Gacy.*



*Jhon Wayne Gazy vestido de payaso.*

## **JEFFREY DAHMER: El carnicero de Milwaukee**

Nació en Milwaukee el 21 de mayo de 1960, hijo de Lionel y Joyce Dahmer. Fue un niño al que sus padres amaban y trataban de proporcionarle todo lo posible. Su padre era químico, y por su trabajo tenían que mudarse con frecuencia. Todo parecía normal en la vida de Jeffrey. Tenía un hermano 6 años menor que él llamado David.

Al pasar el tiempo, Jeffrey Dahmer pasó de ser un niño normal, a un niño introvertido y con dificultades para relacionarse con las demás personas. Desde niño, recolectaba animales muertos y algunos los mantenía como colección. A pesar de lo que parezca, Dahmer no era cruel con los animales, de hecho, tuvo varios perros y gatos de niño; desde un principio lo que atraía a Dahmer eran las cosas muertas.

Dahmer tenía fantasías acerca de desmembrar hombres y practicar la necrofilia desde los 14 años; pero no hizo nada hasta que se graduó en junio de 1978. Él y su amigo Steven Hicks mantenían relaciones sexuales, pero cuando Hicks trató de irse, Jeffrey lo golpeó en la cabeza y lo mató. Dahmer necesitaba deshacerse del cuerpo, así que lo desmembró, lo puso en una bolsa de plástico y lo enterró. Ese año entró a la universidad a estudiar química, pero lo expulsaron; así que terminó por meterse en el Ejército, pero lo dejó a finales de 1978.

De nuevo fue arrestado en octubre de 1981 por faltas a la moral y un tiempo después se fue a vivir con su abuela a Wisconsin. Lo volvieron a arrestar en septiembre de 1986 por el mismo delito.

Su segunda víctima fue Steven Toumi a quien mató en un hotel en septiembre de 1987; los dos habían estado bebiendo en un bar de homosexuales. Dahmer no

sabía que lo había matado, pero cuando se despertó Toumi estaba muerto y Dahmer tenía sangre en la boca. Consiguió una maleta grande, lo metió ahí, se lo llevó a casa de su abuela, donde tuvo sexo con el cuerpo, lo desmembró y lo tiró a la basura.

Meses después, cometió su tercer asesinato, un niño de 14 años llamado Jamie Doxtator , quien esperaba afuera de bares homosexuales para prostituirse. Dahmer le pagó 50 dólares para que posara para unas fotografías. Ya en casa de la abuela de Dahmer lo drogó y lo estranguló, y practicó la necrofilia y después lo desmembró. A veces guardaba partes del cuerpo de sus víctimas como recuerdo. Lo mismo hizo con Richard Guerrero, en marzo de 1988.

La abuela de Dahmer no sabía nada de los asesinatos, pero no le agradaba la conducta de Dahmer con sus amigos, así que lo echó y Dahmer se fue a vivir a un apartamento en Milwaukee.

En Septiembre 25 de 1988 le pagó a un niño por posar en fotografías, lo drogó, pero no lo mató ni lo golpeó; pero hubo una pequeña coincidencia: Este niño era hermano de una de sus futuras víctimas. Los padres del niño denunciaron a Dahmer, quien fue arrestado por explotación sexual de menor en segundo grado. Mientras esperaba la sentencia volvió a casa de su abuela.

Conoció a Anthony Sears en un bar gay, y fue su siguiente víctima, haciéndole lo que le había hecho a los demás.

La sentencia que le dictaron fue que lo revisaran 3 psicólogos, y concluyeron que era manipulador y evasivo; le recomendaron hospitalización y tratamiento intensivo. Salió en mayo de 1990 y se mudó a un apartamento.

Durante los siguientes 15 meses, Dahmer siguió asesinando hombres, hasta llegar a un total de 12. Los asesinatos de Dahmer se aceleraron de mayo a julio de 1991. La mayoría eran negros; un blanco; un asiático y un hispano. El más joven fue de 14 años y el mayor de 31. La mayoría, pero no todos, eran homosexuales o bisexuales. Varios de ellos tenían antecedentes penales.

Su modus operandi era el mismo: invitaba a hombres para ver películas o para posar para fotografías. Los sedaba con sus propios medicamentos y los embriagaba; una vez drogados, los estrangulaba con las manos o con una tira de piel. Frecuentemente practicaba la necrofilia con sus víctimas. Antes de limpiar Dahmer tomaba fotografías de los cuerpos y entonces les abría el torso. Finalmente descuartizaba al hombre fotografiando cada paso del proceso. A veces guardaba algunas partes del cuerpo.

Para deshacerse de lo que restaba de los cuerpos, experimentaba con ácidos que ayudaran a desintegrar el cuerpo para poder tirarlo por el baño.

Mucha veces Dahmer practicó el canibalismo, pues creía que sus víctimas volverían a la vida en él.

El 22 de julio de 1991 dos policías de Milwaukee detuvieron a Tracy Edwards por actitud sospechosa. Edwards les dijo que un hombre (Dahmer) había tratado de esposarlo amenazándolo con un cuchillo. Los oficiales pensaron que se trataba de un encuentro homosexual, pero decidieron ir a casa de Dahmer. El mismo abrió la puerta, muy calmado. Dahmer ofreció a Edwards ir a su cuarto por las llaves de las esposas, pero Edwards recordó que ahí estaba el cuchillo con el que lo había amenazado. Un oficial decidió ir él mismo; al llegar al cuarto vio las fotografías que Dahmer había tomado de sus víctimas anteriores; le gritó a su compañero que lo esposara, y éste, después de un forcejeo, logró hacerlo. El primer oficial fue al refrigerador donde vio una cabeza pero no alcanzó a ver las otras tres cabezas que había ahí. En el baño encontraron varias manos en descomposición.

Dahmer fue condenado a 957 años en prisión. Y al dictarle la sentencia estas fueron sus palabras: “Su señoría; ya se acabó. Éste nunca ha sido un caso sobre mi liberación. Nunca quise la libertad. Francamente deseo la muerte para mí. Éste es un caso para decirle al mundo lo que hice, pero no por razones de odio. No odié a nadie. Sé que estaba enfermo o poseído o ambas cosas. Ahora creo que estoy enfermo. Los doctores me han hablado de mi enfermedad y ahora estoy en paz. Sé cuánto dolor he causado. Gracias a Dios, no habrá más dolor que pueda causar. Yo creo que sólo el señor Jesucristo puede salvarme de mis pecados. No pido que se me perdone”.

El 28 de noviembre de 1994, Dahmer fue asesinado por Christopher Scarver, otro



asesino, con el que Dahmer estaba trabajando en la prisión.



*Jeffrey Dahmer en varios momentos de su procesamiento.*

## **TED BUNDY: el mordisco del gentleman**

Apuesto, encantador, inteligente y seguro de sí mismo, tales eran las características de Ted Bundy, considerado un verdadero “artista” dentro de la comunidad de asesinos en serie de Estados Unidos.

Ted nació con la sensación continua de rechazo por parte de su joven madre que se quedó embarazada sin estar casada. Nació en 1946 y tuvo que soportar que su propia madre lo hiciese pasar por su hermano para disimular. Terminó criándose en casa de su abuelo, un maltratador, que pegaba a su abuela.

Retraído, tímido, fue creciendo entre una tendencia al aislamiento y un terrible fervor por mutilar animales. Creció, se hizo se convirtió en un joven atractivo, estudió Derecho y participó en campañas políticas. Nada hacía sospechar que ya estaba harto de su incompatibilidad con el mundo y que en 1974 cometió su primer asesinato. Fue en Washington y acabó con la vida de una mujer golpeándola con una barra de hierro. Un mes después mataría a una chica en una habitación del campus universitario donde estudiaba ella (no limpia la sangre pero se lleva el cuerpo).

Bundy perseguía a las chicas, las atacaba preferiblemente en sus propias casas o las engañaba, bajo el pretexto de que tenía el brazo herido, consiguiendo que entraran a su automóvil. Una vez allí, las conducía a lugares remotos, donde abusaba sexualmente de ellas, las mordía y las golpeaba hasta morir.

Mientras asesinaba chicas, salía con otras, y éstas sólo tenían palabras amables para con él: “romántico” era una de ellas. Con esta premisa se acercaba sin problema a las mujeres y comenzó a atacar a cualquier hora del día o de la noche. Desde 1974 hasta 1978, aterrorizó a jóvenes muchachas en los campus universitarios de Washington, Oregon, Utah, Idaho, Colorado y Florida.



El 16 de agosto de 1974 una mujer de Utah le identifica como el hombre que trató de secuestrarla y es condenado a cumplir una condena en una cárcel de Colorado, sin embargo se escapa y se pasa los dos siguientes meses buscando más víctimas. Entre ellas una cría de 12 años.

En Florida le vuelven a detener pero había conseguido seguidores que le apoyaban y encima era abogado. Por suerte un odontólogo forense aportó la prueba que le delataría para siempre: sus dientes coincidían con los bocados que daba a sus víctimas. Fue condenado al pasillo de la muerte por catorce homicidios en primer grado.

Bundy dijo haber asesinado a veinte mujeres, aunque se le acusó de catorce. Las chicas que elegía solían tener cierto parecido físico a una ex novia de pelo oscuro y largo; pero Bundy aseguró que cuando las mataba toda su ira iba contra su propia madre.

Se le hicieron muchos tests psiquiátricos que dieron como resultado una esquizofrenia. El 24 de enero de 1989 Bundy fue ejecutado en la silla eléctrica, y en las ciudades de Jacksonville y Tallahassee (de dónde eran algunas de sus víctimas) los vecinos hicieron un gesto de repulsa contra el psicópata encendiendo velas y mecheros.



*Ted Bundy tras haber sido apresado.*

## **HENRY LEE LUCAS y OTIS TOOLE: Los amantes del horror**

Henry Lee Lucas era un sádico bisexual que asesinó a once personas incluyendo a su propia madre, Viola Lucas, que le parió sin querer tenerlo y le crió a palizas. Siendo un niño tuvo que contemplar como su madre se prostituía, pero quizás lo que más daño le hacía era ver cómo su madre golpeaba a su padre, Anderson

Lucas, un alcohólico al que le faltaban las piernas. Aquel infierno llevaba aderezado otro suplicio, el soportar que le vistieran como si fuera una niña. Desnutrido y jamás educado, nunca desarrolló una habilidad para darle valor a la vida. Sus primeras experiencias sexuales fue con animales, violaba ovejas y perros, y desde el primer momento relacionó el sexo con la muerte: cuando eyaculaba le rajaba el cuello al animal.

En 1950 los padres tuvieron una discusión que terminó con la marcha del marido. Pero al día siguiente lo encontraron muerto y congelado en el bosque. Henry Lee no quiso quedarse a vivir solo con su madre y se marchó también pero como era joven y no sabía hacer nada se dedicó a robar, lo que le llevó a reformatorios y a la penitenciaría.

En la cárcel tuvo sus primeras experiencias sexuales con hombres y cuando salió de allí, por el 59, volvió a casa de su madre; pero para asesinarla y luego hacer el amor a su cadáver. Henry se estaba vengando a su manera. Por supuesto le detuvieron y le sentenciaron a prisión y cinco años de reclusión en un centro psiquiátrico. Allí se le diagnosticó como suicida y psicópata sádico y se le atribuyeron diversas desviaciones sexuales.

En 1970 y sin estar curado abandonó la cárcel y se marchó a vivir con su hermana Opal y con el marido de ésta, que ya le creían rehabilitado hasta que poco tiempo después les mató al perro. La siguiente reincorporación al mundo real fue diferente. Henry tenía ganas de formar una familia: una mujercita que cuidase de él y unas preciosas hijas que le mostrasen su afecto, a poder ser de la forma más explícita. Cómo no podía esperar a crearla y engendrar las hijas y todo eso, fué directamente a por una familia ya formada, y en 1977 se casó con la amiga de una hermana que tenía dos hijas (Cindy de 8 años y Kathy de 9). El panorama era perfecto; mientras su mujer salía a trabajar Henry se quedaba en casa todo el día “cuidando” de las niñas. Su idea era fornicar con ellas todo el día, pero la menor tenía mal carácter y se tuvo que conformar con hacerlo sólo con la mayor, eso sí obligaba a Cindy a mirar cada vez que lo hacía con su hermana. Aprovechó al máximo esta situación, pero acabó aburriéndose de la rutina sexual por lo que acabó largándose por las buenas sin dar ninguna explicación. Un día, ¡toda una bendición para las niñas!, abandonó a la familia y se largó a recorrer el país.

Estuvo asesinando en solitario hasta que en Miami conoció al que se convertiría en su amante y consejero: Otis Toole, un psicópata apodado “el caníbal de

Jacksonville”.

Otis Toole había vivido una infancia lúgubre y llena de abusos marcada por una abuela satanista y una hermana que le sometió a todo tipo de perversiones sexuales desde que Otis tenía seis años. A los 7 años ya se vestía de niña, era algo retrasado. Se libró de su hermana cuando a ésta la metieron en un reformatorio pero se hizo amante de un vecino.

A Otis le fascinaba el fuego y se masturbaba después de prender fuego a una casa. Se convirtió en un adicto sin recuperación a las drogas y el alcohol antes de cumplir los diez años. Con 13 años se ofrecía gratis para hacer felaciones a los borrachos, con 14 años cometió su primer asesinato y cuando tenía 25 ya había cumplido trece condenas. Una de las ocasiones en que fue pillado y detenido fue intentando ligar a homosexuales. Entre el grupo había un policía y éste terminó llevándoselo a la comisaría.

Cuando Toole se enamoró de Henry Lee Lucas desconocía que ambos tenían la misma perversión necrófila. A Otis le faltaba la inteligencia que tenía Henry Lee, y a éste le faltaba la fuerza bruta de Otis. Ambos descuidaban su higiene, pero eran simpáticos y sabían congeniar con las personas, por lo que cuando se ganaban la confianza de alguien le mostraban el otro lado de su oscura personalidad matándole, violándole y descuartizándole.

Juntos se dedicaron a asesinar y descuartizar por la autopista I-35 repartiendo luego los trozos por todo el país, lo que hizo que la policía tuviera problemas para encontrar pistas. Henry violaba y asesinaba preferentemente mujeres con cuchillo y Otis se dedicaba a los hombres y les disparaba. Pero esta febril actividad no le hacía olvidar a Otis su piromanía y juntos quemaron vivo a un anciano en su casa.

Una sobrina quinceañera de Otis, Becky Powell, que parecía tener diez años aunque estaba a punto de cumplir los dieciséis. Becky se unió a la pareja en sus andanzas. Llamaba a las puertas de las casas y cuando se abrían las puertas entraban de golpe. Se hizo novia de Henry y los problemas con Otis comenzaron, porque Henry, que quería comportarse como una persona normal y dejó de asesinar para dedicarse a su novia. Durante un tiempo incluso se dedicaron a cuidar de una anciana, Kate Rich, pero Henry no aguantó mucho tiempo y se largaron a la carretera. Tras vivir en otro pueblo la joven pidió a Henry que la llevara a ver a su familia a Florida. Esto no gustó a Henry pero aún

así aceptó. Hicieron autostop y surgió una discusión que terminó con la jovencita asesinada con el famoso cuchillo de Henry, directo al corazón. Una vez muerta le hizo el amor. Más adelante diría que aquel fue el mejor polvo con su chica.

Acababa de cometer el mayor error de su vida y no contento con ello fue a ver a la anciana Kate, diciéndole que Becky quería verla en el camino hacia la granja. Sin ningún motivo Henry acuchilló a la anciana. El arresto ya era sólo cuestión de tiempo, ya que no era difícil relacionar lo acontecido. La policía no tardó en dar con él y tras un par de interrogatorios descubrieron que tenían ante sí probablemente al “serial killer” más sanguinario de la historia de los Estados Unidos.

Henry estaba cansado, ya no tenía ganas de seguir matando, había llegado el momento de recrearse recordando los buenos tiempos. Confesó los asesinatos de Becky y Kate Rich y docenas de asesinatos más de los que ni siquiera era sospechoso. Con Henry Lee caía también Otis, que fue detenido y hasta confesó haber compartido algunos de los crímenes de su amante. A Otis le cayó cadena perpetua y murió finalmente en la cárcel, y a Henry, pena de muerte. Esta fue rechazada finalmente en 1988 y Henry sigue viviendo en prisión con un cómputo de 11 asesinatos demostrados.

Lo que sí es seguro es que no se arrepiente de haber cometido ninguno de los 360 asesinatos que se cree que ha cometido, aunque en algunos interrogatorios asegura haber cometido unos 900.



*Henry Lee Lucas (izquierda) y Otis Toole (derecha).*



## **Anatoli Onoprienko: el mayor asesino de la Unión Soviética**

El lunes 23 de noviembre de 1998, se iniciaba en la ciudad de Zhitomir (Ucrania) el juicio de un hombre acusado de haber asesinado a 52 personas, ante la celosa mirada de un público enardecido que reclamaba la cabeza del acusado. Su calma contrastaba con la agitación de todos los presentes en la sala, en su mayoría jóvenes.

Después de confesar en una declaración, entregada a la prensa por su abogado antes de la apertura del juicio, que no se arrepentía de ninguno de los crímenes que había cometido, Anatoli Onoprienko respondía dócilmente a las preguntas del juez, reconociendo haber asesinado a 42 adultos y 10 niños entre 1989 y 1996.

La acusación había pedido la pena de muerte, cuyo mantenimiento apoyan tres de cada cuatro ucranianos, según las encuestas, pero el verdadero problema en este complicado juicio, era impedir que el público linchase al acusado. Complicado por su envergadura y duración (más de 400 testigos y por lo menos tres meses de declaraciones), por sus gastos, pero también por la tensión que se respiraba entre los familiares de las víctimas, obligados a pasar cada día por un arco detector de metales, algo no tan corriente en ese país, mientras el acusado, encerrado en una jaula metálica, estaba prudentemente separado de las iras del público.

Las autoridades le describían como el asesino más terrible de la historia en Ucrania y de la antigua Unión Soviética, mientras que las familias de las numerosas víctimas lo calificaban de “animal”, “ser monstruoso” y “bestia demoníaca”.

Los hechos se producían entre octubre de 1995 y marzo de 1996. En aquellos seis meses, la región de Zhitomir vivió aterrorizada por una serie de 43 asesinatos que Onoprienko había ido sembrando. La Nochebuena de 1995 se produjo el ataque a la aislada vivienda de la familia Zaichenko. El padre, la madre y dos niños muertos y la casa incendiada para no dejar huellas fue el precio de un absurdo botín que consistía en un par de alianzas, un crucifijo de oro con cadena y dos pares de pendientes. Seis días después, la escena se repetía con otra familia de cuatro miembros.

Víctimas de Onoprienko aparecieron también durante aquellos seis meses en las regiones de Odessa, Lvov y Dniepropetrovsk.

Estas matanzas impulsaron la investigación delictiva más grande y complicada en la historia ucraniana después de la que propició la captura del legendario Andrei Chikatilo. En esta nueva ocasión, el gobierno envió una buena parte de la Guardia Nacional con la misión de velar por la seguridad de los ciudadanos, y, por si no fuera bastante, desplegó una división militar entera para combatir al asesino; en total, más de 2000 investigadores de la policía federal y local. Los policías empezaron a buscar a un personaje itinerante y elaboraron una lista en la que figuraba un hombre que viajaba frecuentemente por el sudoeste de Ucrania para visitar a su novia.

Con la policía tras su pista, Onoprienko puso tierra de por medio en 1996 abandonando el país ilegalmente para recorrer Austria, Francia, Grecia y Alemania, en dónde estaría seis meses arrestado por robo y luego sería expulsado.

De regreso a Ucrania sumó a los nueve otros 43 asesinatos, y poco después, ante las pruebas encontradas por los agentes en los apartamentos de su novia y su hermano (una pistola robada y 122 objetos pertenecientes a las víctimas), hallaron una razón para arrestarlo. Cuando la policía le pidió los documentos en la puerta de su casa, Onoprienko no les quiso facilitar la tarea y trató de defenderse con un arma. Cuando los policías por fin lo detuvieron, Onoprienko se sentó silenciosamente cruzando los brazos y les dijo sonriendo: *“Yo hablaré con un general, pero no con ustedes”*. Aún así, no le quedó más remedio que confesar sus crímenes y dejar que éstos le arrestasen.

En su declaración al juez, aparecerían otros nueve cadáveres cosechados a partir de 1989 en compañía de un cómplice, Sergei Rogozin, quien también compadecería en el juicio.

Anatoli Onoprienko había seguido los pasos del legendario Andrei Chikatilo. Ambos mataron al mismo número de víctimas, pero eran muy diferentes. Chikatilo, ejecutado en 1994, era un maníaco sexual. Sólo mataba mujeres y niños, cuyos cuerpos violaba y mutilaba. A veces se comía las vísceras. Nada de esto aparece en el dossier de Onoprienko, un ladrón que mataba para robar, con inusitada brutalidad y ligereza, pero sin las escenas del maníaco sexual. Onoprienko superaba a Chikatilo por el corto periodo en que realizó su matanza: seis meses frente a doce años.

A la hora de ejecutar a sus víctimas, el asesino seguía un mismo ritual: Elegía casas aisladas, mataba a los hombres con un arma de fuego y a las mujeres y a los niños con un cuchillo, un hacha o un martillo. No perdonaba a nadie: Después de sus asesinatos cortaba los dedos de sus víctimas para sacarles los anillos y a veces quemaba las casas para no dejar huellas. Incluso mató a un bebé de tres meses en su cuna, asfixiándolo con una almohada.

Onoprienko era un hombre de 39 años, estatura media, aspecto de deportista, racional, educado, elocuente, dotado de una excelente memoria y desprovisto de piedad. Soltero, padre de un niño, reconoció haber tenido una infancia muy difícil: Su madre había muerto cuando él tenía 4 años y su padre y su hermano mayor lo habían abandonado en un orfanato. De adulto, para ganarse la vida, se había embarcado como marino y había sido bombero en la ciudad de Dneprorudnoye, dónde su ficha laboral le describe como un hombre “duro pero justo”. Luego había emigrado al extranjero para trabajar de obrero durante ese tiempo, pero confesó que su fuente primaria de ingresos era crimen los robos y asaltos.

El peritaje médico lo calificó como perfectamente cuerdo que asumía con plena conciencia las consecuencias de sus actos. Él mismo se definió como un “ladrón” que mataba para robar: “Mataba para eliminar a todos los testigos de mis robos”, dijo. Por este motivo podía ser condenado a la pena capital por crímenes premeditados con circunstancias agravantes. El presidente ucraniano, Leonid Kuchma, dijo que daría explicaciones al Consejo de Europa para violar en ese caso la moratoria de ejecución de la pena de muerte que su país venía manteniendo desde marzo de 1997.

Gracias al convenio con el Consejo de Europa, 81 penas de muerte dictadas últimamente en Ucrania no se han ejecutado. La declaración del presidente Kuchma anuncia que se va a hacer una excepción con Onoprienko.

En un momento determinado de la investigación, cambiando radicalmente el tono anterior de sus declaraciones, el acusado afirmó que oía una serie de voces en su cabeza de unos “dioses extraterrestres” que le habían escogido por considerarlo “de nivel superior” y le habían ordenado llevar a cabo los crímenes. También aseguró que poseía poderes hipnóticos y que podía comunicarse con los animales a través de la telepatía, además de poder detener el corazón con la mente a través de unos ejercicios de yoga.

¿Era un enfermo mental o un maníaco homicida? Lo primero suponía internarlo de por vida en un psiquiátrico penal; lo segundo, condenarlo conllevaba la pena capital. El juicio, todavía a espera de la sentencia, parece seriamente complicado.

Los psiquiatras, sin embargo, diagnosticaron que el hombre estaba perfectamente cuerdo y la mayoría de la sociedad ucraniana estaba a favor de que pagase por los homicidios. El mismo Onoprienko resumía así la filosofía de su carnicería: “Era muy sencillo, los veía de la misma forma en que una bestia contempla a los corderos”.

Otra frase no podía esperarse de quien dijo de si mismo: “No hay mejor asesino en el mundo que yo. No me arrepiento de nada, y, si pudiera, sin duda volvería a hacerlo”.

## **¿Quién eliminó a Lady Di?**

La muerte de la princesa Diana de Gales, más conocida en todo el mundo como Lady Di, supuso una enorme conmoción para el pueblo británico. Incluso algún estudio periodístico, inflamado por un mal digerido glamour, se ha atrevido recientemente a afirmar que su repercusión fue mayor para los ingleses que la ¡mismísima! Segunda Guerra Mundial.

Dejando a un lado deducciones tan impresentables de los adeptos a la fiebre mediática (los mismos que califican a los atentados de las Torres Gemelas como la mayor masacre de la historia, olvidándose, ¡qué raro!, de Hiroshima y Nagasaki), lo cierto es que la repentina muerte de la princesa tuvo una trascendencia mundial y la noticia fue seguida por las televisiones de todo el orbe. Sobre todo, cuando la gente empezó a darse cuenta de que las circunstancias de su muerte no estaban del todo claras.

Contrariando la versión oficial de los hechos, Mohamed Al-Fayed, padre del



prometido de Diana, (al que no le ha sido concedida la nacionalidad inglesa aunque lleva muchos años viviendo en Inglaterra y es propietario de los emblemáticos almacenes Harrod's), sigue manteniendo sus firmes presunciones de que la muerte de su hijo Dodi y la princesa Diana ha sido el resultado de algo mucho más siniestro que un simple accidente.

A finales de 1998 la investigación francesa sobre la singular muerte de la princesa de Gales en el accidente automovilístico en el túnel del puente del l'Alma en París parecía convalidar el veredicto instalado oportunamente en los medios acerca de la exclusiva responsabilidad del chofer del Dodi AlFayed en la tragedia.

Algunas concesiones menores llevaron a admitir a la policía, un año después, que la velocidad del vehículo al impactar con la columna no era superior a 96 km/h en vez de los casi 200 que le atribuyó la campaña de desinformación que siguió al suceso. En cuanto al hombre que conducía el Fiat Uno y que se vio implicado en el accidente, si es que no lo provocó, probablemente jamás será hallado.

Si bien a muchos británicos les pareció absurdo, en Egipto la teoría de una conspiración se tomó en serio. Millones de egipcios y un gran número de árabes, entre los que se encontraba la denuncia directa del presidente libio Muammar Al-Gadaffi, pensaron que Diana y Dodi habían sido asesinados porque el matrimonio con un musulmán habría puesto en peligro importantes intereses británicos.

No obstante, los expertos siguen afirmando que la boda de Diana y Dodi no suponía un reto a la Corona, porque, en teoría, la princesa ya no era miembro de la familia real. Es posible que continuara viviendo en el palacio Kensington, que tuviera más popularidad que Carlos o que participara en actos benéficos de organizaciones británicas pero, al divorciarse del futuro rey, le retiraron el título real y dejó de tener las funciones correspondientes.

Otra cosa muy distinta es, en cambio, el destino de su hijo Guillermo, de 15 años, segundo en la línea de sucesión al trono y que sí era motivo de debate. El pronóstico era que no sólo Diana iba a convertirse al Islam, sino que Guillermo también lo haría y quedaría fuera de la línea de sucesión. Su hermano Enrique sería coronado (a menos que también se convirtiera). Más grave sería que Guillermo se convirtiera al Islam después de ser coronado, o que lo hiciera en

secreto y lo anunciara después de ascender al trono. En ese caso, se desataría una enorme crisis constitucional. El perdedor sería la institución: la familia real, la corte y la servidumbre.

De aquí que la casa de Windsor, según las teorías de la conspiración, decidiera deshacerse de Dodi y Diana porque ese matrimonio podía ser la causa de la destrucción de la Corona.

El 31 de agosto de 1997, el Mercedes Benz en el que viajaban Lady Di y su novio Dodi, se estrelló contra un túnel del río Sena, en París, cuando era perseguido por varios paparazzis. Al cabo de una semana del accidente, se habían identificado cuatro conspiraciones en El Cairo: 1) Gran Bretaña había asesinado a la pareja para salvar a la monarquía del Islam; 2) Gran Bretaña había asesinado a la pareja por racismo; 3) se hizo para evitar el escándalo del embarazo de Diana y 4) Israel, a través de sus agentes del Mosad, asesinó a la pareja para impedir que Diana se convirtiera en adalid de la causa árabe.

Tras su muerte, la mujer más fotografiada del mundo adquirió un superlativo muy acorde con el fin de milenio: Reina de Internet. La noticia de su muerte irrumpió en la Red a las 6.40.59 del 31 de agosto, en un despacho de Reuter titulado: “La princesa Diana muere en un accidente de tráfico en París”. Trece minutos más tarde, se organizaba el primer debate en la red, titulado “El primer sitio sobre la conspiración contra Diana”. A los 100 días del accidente, si se realizaba una búsqueda en Internet con las palabras clave “Conspiración y Diana”, surgían más de 31.000 entradas.

Las investigaciones policiales indicaban que Diana y Dodi, acosados por la desmesurada presión de los paparazzi de la prensa del corazón, se habían visto obligados a ordenarle al chofer que acelerara, lo que había provocado el accidente.

Los paparazzi quedaron expuestos en el ojo de la tormenta, el hecho tuvo profundas connotaciones e instauró el debate sobre los límites de la prensa y el derecho a la intimidad de las personas, dada la celebridad de una de las víctimas y la circunstancia de que estaba siendo acosada por “paparazzi”.

La culpabilidad o inocencia sobre quienes eran sospechosos de haber causado la muerte de la princesa Diana, de negarle asistencia o de entorpecer la tarea de la policía y de los equipos de rescate, aprovechando para sacarle, supuestamente,

fotos mientras agonizaba, debía ser determinada por la justicia francesa.

Los paparazzi detenidos, declararon en el juicio que un misterioso fotógrafo inglés había respondido con evasivas cuando le preguntaron para qué medio trabajaba y daba la casualidad que poseía un coche Fiat Uno como el que chocó con el mercedes y que nunca ha sido hallado. Los fotógrafos y el motociclista que perseguían el Mercedes Benz fueron sobreseídos definitivamente por el Tribunal de Casación, la más alta instancia judicial francesa.

Se hablo entonces de que un agente del M16 (servicio secreto británico) se había hecho pasar por paparazzi y fue él quien hizo una maniobra extraña para desplazar al Mercedes o también que había reventado a tiros los neumáticos. Igualmente se decía que el guardaespaldas ReesJones era un agente del M16 que, tras ejecutar su misión, había logrado sobrevivir gracias a un equipo especial de protección. De acuerdo con otras teorías, una bomba había hecho estallar el coche (sin embargo, no se hallaron restos de explosivos); un fabricante de coches fue artífice del accidente para perjudicar la imagen de Mercedes; Hollywood encargó el crimen de la pareja para filmar la historia del siglo; y ya, dentro del humor más negro, que el espíritu de Gianni Versace había regresado a la tierra para llevarse al cielo a su mejor clienta.

No obstante, no sólo los egipcios indignados y los perturbados de Internet planteaban dudas sobre el accidente; sino que algunas personas cercanas al personal de las investigaciones allegadas a Mohammed Al Fayed le habían advertido que una serie de cuestiones sin aclarar contradecían la versión que la pareja falleció en un accidente de tráfico normal y corriente. Señalaban que no se acordonó adecuadamente el lugar del siniestro, que el Mercedes fue retirado “con una prisa ofensiva”, y que en un principio la policía francesa ignoraba que se había producido una colisión con otro coche, el misterioso Fiat Uno, o simplemente mentía al respecto. Insistían, aunque sin mostrar pruebas concretas de sus afirmaciones, que la autopsia de Henri Paul había sido alterada de forma chapucera para concluir fácilmente que conducía en estado de ebriedad.

Y lo cierto es que algo de razón tenían. Entre las graves cuestiones sin aclarar estaba el hecho de que el personal sanitario tardase más de dos horas en trasladar a la princesa al hospital; o el por qué las autoridades francesas se habían negado a facilitar las grabaciones de las cámaras de vigilancia del Ministerio de Justicia (contiguo al Ritz). Agregaban que los investigadores están examinando fotos ampliadas de las cámaras de seguridad del Ritz para identificar a varios

sospechosos que formaban parte del grupo agolpado frente al hotel poco antes de la salida de Dodi y Diana, ya que, según parece, no todos eran fotógrafos ni turistas.

Estimulado por estas informaciones, Mohammed Al Fayed decidió recopilar información de fuentes más independientes, ordenando su propia investigación. En Londres puso a cargo de la investigación a John MacNamara, jefe de seguridad de sus almacenes Harrod's, y en Francia a Pierre Ottavioli, director de una empresa de seguridad. Ambos tenían a un inspector asignado por Scotland Yard, Jeffrey Rees, para que hiciese de enlace oficial entre ellos y los investigadores franceses.

Sin embargo, Rees era más bien una formalidad, para complacer al empresario egipcio que había perdido a su hijo, que un enlace realmente efectivo. Ni el inspector del Scotland Yard ni los investigadores de Al Fayed tenían derecho a interrogar a testigos en Francia. Tampoco tenían acceso directo al expediente de la investigación oficial. Lo único que recibían eran informes periódicos a través de sus abogados franceses y de un letrado británico, Hodge Malek, quien redactaba informes en inglés sobre el desarrollo de la investigación oficial francesa. Ni siquiera pudieron interrogar a los empleados del Ritz.

Basándose en las pruebas disponibles, la presencia de los paparazzi que perseguían al Mercedes, el exceso de velocidad, el alcohol y los medicamentos que se detectaron en la sangre de Henri Paul, todo indicaba que Diana y Dodi habían fallecido en un trágico accidente.

EL conductor, Henri Paul, se encontraba en la situación idónea para provocar un accidente. Había pertenecido al Ejército y mantenía vínculos con los servicios secretos franceses; como jefe de seguridad del Ritz, seguramente estaba en contacto con otros servicios secretos por las visitas de dignatarios extranjeros al hotel. Sin embargo, causar el accidente voluntariamente era una misión suicida. Incluso en su caso, un hombre soltero, con problemas sentimentales, que recibía tratamiento por depresión y estaba sometido a un gran estrés en el trabajo, resulta difícil aceptar la hipótesis, si bien es posible, al menos en teoría.

Cabe la posibilidad de que sufriera un malestar repentino que le hiciera perder el control del coche. Aparte del alcohol que había consumido y de los medicamentos que tomaba, en la autopsia no se hallaron rastros de otros fármacos o drogas. No obstante, se descubrió algo inquietante, todavía sin

explicar: un nivel excesivamente alto de monóxido de carbono en la sangre que, en grandes cantidades puede ser letal; una dosis pequeña causa somnolencia y pérdida de conciencia.

Una posibilidad más creíble es que el accidente fuese planeado por una persona que no viajaba en el coche. Un posible sospechoso sería el conductor del Fiat Uno. Según parece, en el momento del impacto, el Fiat se desplazaba hacia el centro de la carretera, bloqueando parcialmente al Mercedes. No cabe duda de que se produjo un choque lateral entre ambos vehículos a la entrada del túnel. Sin embargo, tal como ha demostrado el informe de Jean Pietri, ingeniero experto en automóviles, los sucesos críticos ocurrieron una vez que Henri Paul recobró el control del coche, tal como parece que llegó a hacer. En este instante Paul giró de golpe el volante a la izquierda y frenó bruscamente, lo que hizo que el coche derrapara y chocara contra el pilar del puente.

Sin embargo, varios testigos afirman haber visto una misteriosa motocicleta detrás del Mercedes. Y están las fotografías tomadas por las cámaras del Ritz donde aparecen personas que salen detrás de la pareja sin portar ninguna clase de cámaras que los identifiquen como fotógrafos. Todo demasiado sospechoso.

Existen pruebas de que se produjo un segundo choque entre ambos vehículos. En las fotos se percibe una línea horizontal en el Mercedes formada por seis arañazos blanquecinos, que comienzan justo detrás de la puerta trasera derecha; más abajo hay otra línea horizontal también blanquecina de unos 20 centímetros. Pietri supone que los arañazos fueron producidos por el espejo retrovisor izquierdo del Fiat Uno, que levantó la pintura del Mercedes y dejó al descubierto la capa blanca de imprimación. Parece posible que las marcas punteadas, situadas a unos 90 centímetros del suelo, fueran causadas por el espejo retrovisor izquierdo del Fiat, cuyo centro, se eleva a esa misma distancia.

Todo eso está muy bien, pero nada descarta que los arañazos blancos también pueden ser de la pintura del Fiat. Según Fiat Auto Francia, se vendieron en Francia dos modelos del coche con retrovisor de metal opcional, pintado del mismo color que el vehículo: el Estivale (sólo comercializado en Francia) y el Turbo I.E., curiosamente el único Fiat Uno con más aceleración que un Mercedes S-280.

¿Se desplazó el Fiat Uno al carril de la izquierda después del primer impacto?  
¿Estaba al lado o por delante del Mercedes cuando se produjo el impacto final?

La respuesta puede encontrarse en el testimonio de un testigo de accidente que viajaba por el túnel del Alma. En el interrogatorio del 12 de septiembre, contó al juez francés Stephan, responsable del caso, lo siguiente: “El Mercedes, en mi opinión, no llegó nunca a adelantar al coche pequeño. Debo aclarar que, para mí, el coche pequeño también transitaba por el carril de la izquierda, y cuando el Mercedes intentó hacer un adelantamiento también por la izquierda, golpeó contra algo en ese momento (el pilar número 13), y a continuación embistió el muro de la derecha. Al ocurrir esto el coche pequeño aceleró. No sé qué fue de él después”.

¿Y qué hay del misterioso motociclista que varios testigos vieron justo detrás del Mercedes? Estos testigos afirman haber visto una motocicleta de gran cilindrada reducir la velocidad y pasar al lado del coche instantes después del accidente.

No hay que olvidar que, según algunos testigos, una o dos motocicletas perseguían al Mercedes antes de que llegara al túnel. Un testigo afirmó haber visto a un motociclista a unos 30 metros detrás del Mercedes en el momento que el coche entraba en el túnel. Momentos antes, el taxi en el que viajaba Brian Anderson, empresario californiano, fue adelantado por el Mercedes y dos motocicletas que lo perseguían de cerca. Según parece, una se proponía “colocarse en frente del coche”, declaró. “Me dio la impresión de que conducía peligrosamente”.

No cabe duda de que había una motocicleta muy cerca del Mercedes, y no parece que fuera conducida por un fotógrafo. Supongamos que este motorista estuviese compinchado con el conductor del Fiat Uno. Quizá su función era perseguir de forma agresiva al Mercedes desde la Plaza Concorde, obligándole a aumentar la velocidad mientras se acercaba al túnel.

Si la misión del misterioso motociclista era efectivamente ésta, la presencia de un gran número de fotógrafos que también viajaban en motocicletas tras el Mercedes habría sido la tapadera ideal. De haberse tratado de agentes secretos se habrían cerciorado de contar con esta tapadera con sólo haber informado a las agencias de fotos sobre la llegada a París de Diana y Dodi. De hecho, fueron puestas sobre aviso, algunas de ellas desde Londres.

Es muy posible que esa noche hubiese agentes secretos entre los paparazzi que se encontraban frente al Ritz. Los abogados de Al Fayed presentaron 13 fotos al juez Stephan, tomadas de las cámaras de seguridad del Ritz, en las que aparecen

varios individuos no identificados entre la muchedumbre. No llevan cámaras ni visten como turistas; da la impresión de que examinan la zona, ya que miran en todas direcciones. Los investigadores también andan tras la pista de un fotógrafo inglés que merodeaba en los alrededores del Ritz. Los paparazzi franceses afirman que les respondió con evasivas cuando le preguntaron para qué medio trabajaba.

¿Acaso este misterioso fotógrafo inglés, se montó apresuradamente en su motocicleta y salió tras el Mercedes? Tal vez. Si fuera un agente secreto, habría sabido que saldrían por la puerta trasera: Dodi le comentó el plan a su padre poco antes de salir del hotel; si damos por sentado que el teléfono estaba pinchado, el servicio secreto en cuestión habría puesto al corriente a sus agentes apostados frente al hotel. Por tanto, el motorista pudo haber esperado en la parte trasera o en algún punto de la ruta que iban a seguir.

Pero misteriosamente cualquier prueba que pueda corroborar esta teoría se la ha tragado la tierra. El Fiat no ha sido hallado. La policía francesa mantiene un férreo control sobre ciertas pruebas forenses y nunca ha permitido una segunda verificación. Por otro lado, no se entiende la hostilidad, anterior al accidente, de la Casa Real y el Gobierno hacia el empresario egipcio, propietario de los almacenes más emblemáticos de Londres, ni tampoco la absoluta frialdad con la que fue tratado en los primeros momentos por quienes también habían perdido a un familiar en un accidente que “no fue culpa de nadie”.

## **Psicópatas a su pesar**

Como indicamos en la introducción de este libro, el mayor misterio de todos los casos de asesinato quizá sea el de los psicópatas, personas que sin motivo aparente matan una y otra vez.

La psiquiatría ha buscado los motivos y a la vez descubrir el mecanismo de actuación de estos individuos

Igual que en 1976 David Berkowitz, conocido como “el hijo de sam”, escribía cartas a la policía para decir “volveré” o “no puedo dejar de matar”. Igual que William Heirens, en 1945 escribió con lápiz de labios en el espejo de uno de los lugares del crimen “por el amor de dios, detenedme antes de que siga matando”. Los asesinos no se preocupan por ocultar o hacer desaparecer el cuerpo y se llevan trofeos de su hazaña para mantener viva la excitación.

Son los que vuelven al lugar del crimen para controlar de cerca los progresos de la investigación. Son aquellos a quienes la psicosis “ha desbordado”, aquellos cuya barrera psicopática ha cedido y toda su vida se ha desorganizado.

Fueron taciturnos de pequeños y aún lo son de mayores, no eligen a las víctimas de manera lógica, no ponen ningún cuidado a la hora de cometer sus crímenes y no esconden el cadáver. Sus delitos carecen de móvil y son cometidos contra personas desconocidas y elegidas al azar.

La indignación provocada por sus actos agresivos despierta con frecuencia instintos equivalentes que llevan a muchos ciudadanos a exigir la pena de muerte, a que les hagan lo mismo que ellos hicieron, a que les sea aplicado el ojo por ojo.

Los criminólogos están de acuerdo desde hace mucho tiempo en que la pena de muerte nunca ha disuadido a los criminales violentos. Si podemos asegurar que no se permitirá que tales monstruos cumplan unos años de encarcelamiento y luego vuelvan a nuestra sociedad, si somos capaces de ponernos de acuerdo para mantenerlos bajo custodia el resto de su vida, entonces habremos hecho progresos. Es más útil mantenerlos vivos para poder estudiarlos y salir al paso de otros que pudieran ser como ellos. Más útil y más humano.

Desde el punto de vista criminológico, cuando un asesino reincide en sus crímenes como mínimo en tres ocasiones y con un cierto intervalo de tiempo entre cada uno, es conocido como asesino en serie. A diferencia del asesino en masa, que mata a varias personas de una sola vez y sin preocuparse por la identidad de éstas, el asesino en serie elige cuidadosamente a sus víctimas seleccionando la mayoría de las veces a personas del mismo tipo y características. Los psicólogos encargados de analizar los perfiles de los asesinos en serie, los definen en general como hombres jóvenes, de raza blanca, que atacan preferentemente a las mujeres, y que su primer crimen lo han cometido antes de los 30 años.

Algunos han sufrido una infancia traumática debida a malos tratos físicos o psíquicos, por lo que han tendido a aislarse de la sociedad y tratan de vengarse de ella. Estas frustraciones lo introducen en un mundo imaginario, mejor que el real a fin de cuentas, en el que él es el amo y revive los abusos sufridos identificándose esta vez con el agresor. Por esta razón, su forma de matar suele ser de contacto directo con la víctima: utiliza cuchillo, estrangula o golpea, casi



nunca usa arma de fuego. Sus crímenes son como una especie de rituales en los que se estimula mezclando las fantasías personales con la muerte.

Entre los asesinos en serie se pueden distinguir dos tipos: los paranoides psicóticos y los psicópatas. El primero tiene una personalidad completamente asocial, inmadura y actúa por esquizofrenia, es decir, oye voces o tiene alucinaciones que lo inducen al asesinato. No es consciente de sus actos. El psicópata, es el más peligroso por su capacidad de fingir emociones que nunca siente, logrando engañar a las víctimas. Busca constantemente su propio placer, es solitario, muy sociable y de aspecto encantador. Cree que todo le está permitido y se excita con el riesgo y lo prohibido. Cuando mata, tiene como objetivo final el humillar a la víctima para recobrar la autoridad y realzar su autoestima. Para él, el crimen es secundario, lo que en realidad le interesa es el deseo de dominar, de sentirse superior.

Por su forma de actuar, se dividen a su vez en asesinos organizados, aquellos más astutos que preparan los crímenes minuciosamente sin dejar pistas que los puedan identificar, y los desorganizados, los que debido a su poca experiencia o por inconsciencia, actúan sin preocuparse lo más mínimo de los errores cometidos. Una vez capturados, los asesinos en serie suelen confesar sus crímenes, a veces atribuyéndose más víctimas que las que en realidad han asesinado, todo esto por su terrible afán de protagonismo y celebridad.

Las mujeres representan tan solo el 11% de los asesinos en serie. Por lo general son mucho menos violentas que los asesinos masculinos y raramente cometen un homicidio de carácter sexual. Cuando matan, no suelen utilizar armas de fuego y raramente usan armas blancas, sino que tienen preferencia por métodos más discretos y sencillos, como puede ser el veneno. Ellas son metódicas y muy cuidadosas. Planean el crimen meticulosamente y de una manera tan sutil, que causa verdaderos quebraderos de cabeza a los investigadores que tratan de darles alcance. De hecho suele pasar mucho tiempo antes de que la policía logre identificar y localizar a una mujer asesina. Han sido muchas veces ignoradas por la prensa y los medios en general, creyendo que una mujer que asesinaba varias veces y sin motivo aparente, no podía ser más que un caso común de esquizofrenia o algún tipo de demencia. Posteriormente se llevaría a cabo algún que otro estudio sobre el perfil psicológico de la mujer asesina en serie, y se descubriría que tras esos rostros frágiles que inspiran ternura unas veces, y otras compasión, se ocultan verdaderas mentes psicopáticas y criminales.

Pero respecto a las causas, las verdaderas causas, dejando a un lado las disquisiciones psicológicas y demás estudios de comportamiento, puede, creemos firmemente, expresarse en una frase que compendia y resume las declaraciones de muchos de estos asesinos: “MATAN PORQUE LES GUSTA HACERLO”.

